

LA ESPAÑA MODERNA







AÑO 23.

NUM. 272.

LA  
ESPAÑA MODERNA

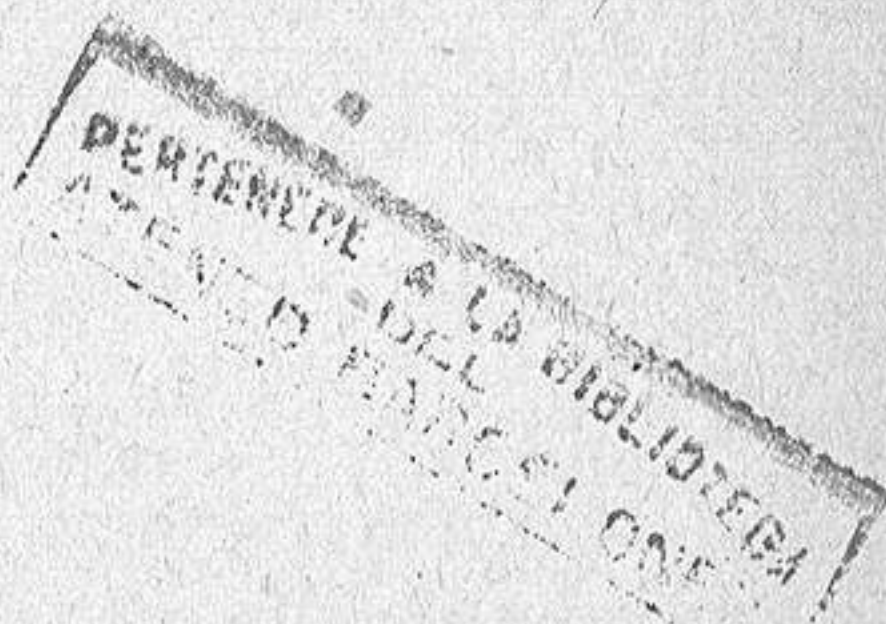
Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID





*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.



## MOROS Y MORISCOS EN EL SIGLO XVI

---

PERTENECER A LA BIBLIOTECA  
ATENEU DE BARCELONA

Natural y justo es el entusiasmo que siento por mi Lorca, con la que no hallo otra ciudad alguna de nuestra patria que pueda asemejársele, en su historia del siglo xv; por aquellos cumplidos y esforzados caballeros, que en el pelear con los moros granadinos hallaban el descanso á las faenas de sus campos.

Así es que, separándonos del común sentir de los historiadores, y dejándonos tal vez llevar de cariñoso respeto hacia nuestros antepasados y de un sincero amor al pueblo mahometano, no atribuimos aquella lucha titánica, que tuvo su principio en 1493 y no acabó hasta 1630, después que uno de los contendientes había sido expulsado de la tierra, no la atribuimos, repito, á la intolerancia religiosa, ni á la tiranía de los monarcas, ni á las vejaciones de gentes constituídas en justicia, pues no hallamos tal en la historia, y si tal sucediera, no sería honroso para nuestros abuelos y fuera mengua para los moros.

La mayor parte de los historiadores atribuyen aquella lucha cruel, en que se vertió tanta sangre de moros y cristianos, á la falta de buena fe de los señores Reyes Católicos, que, sin guardar los pactos hechos con Boabdil y el Zagal, se obstinaron temerariamente en despojar á los vencidos de sus trajes, sus costumbres y su religión, tomando así como causa lo que



sólo fué una pena. Según dichos historiadores, sin la intolerancia de los reyes y sin las vejaciones de los clérigos, jueces, alguaciles y escribanos—más supuestas que reales,—aquel pueblo que tan grande fué en la historia, y que tanto luchara por su patria y religión, hubiera ahogado en su pecho el sentimiento religioso y patriótico, y permaneciera tranquilo, sin patria y sin altar, enriqueciendo á los vencedores.

No se ocultó esto á algunos modernos historiadores, que, como si pusieran una pica en Flandes, salieron á la defensa de nuestros reyes, culpando la tendencia ó el espíritu de aquel siglo, según dicen; aseverando que, después de todo, fué la medida de la expulsión altamente política, pero fatalmente económica, pues que ocasionó la ruina material de España.

Pérez de Hita, Mármol, Hurtado de Mendoza, Bleda y todos cuantos por aquellos tiempos escribieron del asunto de los moriscos, lamentan mucho la crueldad con que eran tratados; pero nosotros creemos que estos lamentos, más eran ocasionados por la hidalguía y nobleza de sentimientos que por la injusticia de los procedimientos que lamentaban.

Asunto es éste que hace tiempo ocupa nuestra atención, estimulada por el respeto que nos merecen aquellos escritores, por el amor á nuestra patria y por la consideración que queremos guardar á los moros; pero, confesamos nuestro pecado, tal vez la pasión colocó ante nuestros ojos cristales engañosos, y no vemos en la historia del reino de Granada, durante el siglo xvi, nada que amengüe la grandeza de aquellos reyes y de aquellos vasallos que fueron tan grandes, que arrancaron á los mares un nuevo mundo...

«Porque en el antiguo mundo no cabían.»

Vemos en aquel clero, que seguía la conducta iniciada por el Cardenal Cisneros, un celo que, lejos de ser imprudente, se templaba, quizá más de lo que debiera, ante la consideración de la lucha ó de la retirada de los catequizados. Vemos en aquellas justicias la magnanimidad de todos los magistrados españoles, y la imposibilidad en que se hallaban, no ya de ve-



jar ó molestar á los moros y moriscos, sino de proceder contra ellos con alguna severidad. Y vemos por fin, en el pueblo mahometano, á un pueblo vencido y sojuzgado, amante de su patria y de su religión, que en defensa de ellas apela á todos los medios que halla á mano.

Esto y sólo esto vimos en la historia, y aunque fortalecidos con el testimonio de nuestra conciencia, pudiéramos publicarlo con la frente erguida, conocemos nuestra pequeñez y vacilamos al escribir otra cosa que lo que escribieron respetables historiadores. Si nos equivocamos al publicar lo que en este punto aprendimos, sea sólo nuestra la culpa, al no estudiar cual debíamos; si, por el contrario, llevaren estos apuntes alguna luz á la historia, devolviendo á nuestra patria y á nuestros reyes la majestad que hijos alucinados y ciegos pretendieron arrebatarles, y á los moros granadinos la grandeza que les negaron, sea de la amistad la gloria, pues que amigos verdaderos nos lo mandan.

\* \* \*

El año de 1488 llegaba ante los muros de la ciudad de Vera el rey Don Fernando V, con un ejército de 14.000 infantes y 4.000 caballos. Su alcaide y gobernador Malique Alabez hizo entrega de las llaves de la ciudad, junto á la Fuente de Pulpí, y allí rindió pleito homenaje á los señores Reyes Católicos. Ocurría esto el 10 de Junio, y no eran pasados veinte días después, cuando eran más de cuarenta los pueblos circunvecinos que se habían presentado á reconocer en Don Fernando á su nuevo señor. Quedaron todos estos pueblos en la condición de mudéjares, es decir, que conservaban su ley, su religión, su lengua y su traje, llamándose pueblos de moros, y después de moriscos. Fueron sus mezquitas convertidas en iglesias, y las tierras y censos pertenecientes á aquéllas quedaron propiedad de éstas. Los habitantes pagarían á los Reyes Cristianos los diezmos y tributos que pagaban á los reyes mo-



ros, y pertenecerían á aquéllos las fincas que á éstos pertenecían, más las de aquellos que, no aviniéndose con la dominación cristiana, se marchasen á las poblaciones ocupadas por los moros.

Los Reyes Católicos echaron los cimientos de la nueva ciudad, que estaría cercada de fuertes murallas y no contendría más de trescientas viviendas para otros tantos cristianos viejos, caballeros y peones de su ejército. Fué de este modo la ciudad de Vera como una especie de fortaleza, en cuyas casas nunca habitaron los moros, que tenían las suyas en los arrabales y en el campo; en los demás pueblos admitieron y heredaron algunos, muy pocos pobladores, y nombraron gobernadorcillos de quienes dependían los cristianos, y quienes proponían las personas que habían de ser nombradas alcaldes del común de los vecinos.

En los últimos días del año 1489 se hallaban los reyes de Castilla y Aragón frente á Baza, con un ejército de 80.000 hombres. Defendía la ciudad el príncipe Cid Hiaya, con los habitantes de ella, los soldados que mandaba aquel valiente alcaide de Zujar, llamado Hubec Abdivar, y aquellos diez mil soldados de Almería, á quienes los autores suponen los más astutos, los más activos y los más valientes de los soldados del rey Zagal. Muy pronto se habló de capitulación, y Cid Hiaya y el veterano Mohamed, en nombre de la ciudad, y el comendador mayor de León, Mosen Gutierre de Cárdenas, por los Reyes Católicos, pactaron la entrega en condiciones muy parecidas á las que los reyes de su voluntad habían impuesto á la ciudad de Vera en el año anterior. Iguales fueron las pactadas en la misma ciudad de Baza y por aquellos días, entre el citado comendador mayor de León, el veterano Mohamet y Abdala Soliman, secretario y alfaqui del rey Zagal, para la entrega de las ciudades de Almería y Guadix. De este modo quedaban reducidos á la condición de mudéjares todos los vasallos del [Zagal], de aquel valiente hermano de Muley Hazen, que á su valor y á sus hazañas debió el compartir el reino gra-



nadino con Boabdil, el hijo de su hermano, de aquel valiente, cuyos últimos días fueron tan amargos como oscuros.

El 23 de Noviembre de 1491, los reyes Fernando de Aragón, Isabel de Castilla y Boabdil firmaban las condiciones para la rendición y entrega de la ciudad y reino de Granada. Quedaban los habitantes en la condición de mudéjares, pero se respetarían su religión, sus costumbres, sus trajes y su habla; perderían sus mezquitas, que se convertirían en iglesias, pero no pagarían á los nuevos reyes más tributos que los que á sus antiguos reyes pagaban. Boabdil recibiría algunos cientos de maravedís y el señorío de las Tahas de Berja y Dalías, Marchena, Boloduy, Luchar, Andarax, Jubiles y Poqueira. El día 2 de Enero de 1492, mientras que los ejércitos cristianos se disponían para entrar en la ciudad, salía por la parte opuesta una lucida, aunque pequeña cabalgata, en que iban el joven y desgraciado Boabdil, la sultana Edixa, la que con sus intrigas había alcanzado para su hijo la mitad del reino que el Zagal usurpara; y la agraciada Moraima, la hermosa hija del valeroso Aliatar de Loja, aquella que por su belleza, por sus virtudes y sus desgracias fué objeto de la poesía popular árabe que moría y de la poesía popular cristiana que al pie de los muros de Granada tomaba nuevos bríos.

El mes de Enero de 1492 era todo el reino de Granada de los Reyes Católicos: los moros habían ya variado sus reyes, perdido sus mezquitas. Pero... ¿por qué no continuaron de esta manera? ¿Fué acaso por la imprudencia de los monarcas? ¿Quizá por la intolerancia del clero? ¿Tal vez por vejaciones que sufrían de los cristianos? La historia dice que no, al decirnos cuál fué la causa.

Si los moros continuasen sumisos y obedientes á los reyes de España; si olvidados de la patria, hollada por el enemigo, y de la religión, profanada por los *perros cristianos*, no quebrantarán los pactos de Baza y Granada, ¿hubiera continuado la agricultura en aquel estado floreciente, digno de admirarse, aunque no tanto como pretenden los escritores que con tan



poco respeto tratan á nuestros reyes y á nuestros mayores? Ciertamente que no. Todavía no había muerto el viejo Muley Hazen, y ya la guerra civil devastaba los campos de Granada y Almería con los bandos de Boabdil y de Abu-Abdalá, el Zagal. En 1488, un ejército de más de 29.000 hombres penetraba por Vera y llegaba hasta Tabernas, talándolo y arrasándolo todo. En 1489, más de 80.000 talaban los campos de Baza, atravesaban la sierra de Filabrés y el río de Almería para llegar á la ciudad de este nombre, y faldeando Sierra Nevada, llegaban hasta Guadix.

Málaga, Loja, Antequera, Coín, Ronda y otras ciudades habían sido teatro de sangrientas y empeñadas luchas entre los ejércitos cristiano y mahometano, y durante muchos meses uno y otro se encontraron frente á frente en los muros de Granada en 1491, teniendo frecuentemente lugar aquellas escaramuzas que hoy como leyendas nos refieren los romances populares. Tan combinadas batallas, el paso de tantos ejércitos por territorio granadino, la manera de ser de aquellos ejércitos y el consiguiente abandono del cultivo de los campos durante aquellos años, ¿no fueran bastante para arruinar la más floreciente agricultura? Aún hay más. Cuando el rey Don Fernando tomó la ciudad de Vera, como después cuando se apoderó de las ciudades de Baza, Almería y Guadix, fueron muchas las familias moras que, vendiendo ó abandonando sus tierras y casas, se marcharon á Granada; y cuando esta ciudad pasó á poder de los cristianos, fueron muchos los moros que siguieron el ejemplo que les dejara el anciano alcaide de Purchena, Alí Aben Fahar, trasladando al Africa su residencia. La disminución de la población fué grande, y ésta, después de los estragos de una guerra de más de diez años, no debía dejar muy pujantes la agricultura, la industria y el comercio. No se culpe de ello á los reyes de España.

Pero tampoco puede echárseles en cara la triste situación y el fin desastroso del pueblo granadino, puesto que, para evitarlo, hicieron mucho más que la razón y la justicia podía



exigir de ellos, y fueron más allá que la piedad y la prudencia podían llevarlos. Todavía no era pasado un año desde que Boabdil vivía tranquilo y resignado en la Cobda de Andarax, cuando Don Fernando y Doña Isabel le proponían vendiese sus nuevos Estados y se trasladase á Africa; y aunque Boabdil lo repugnó, su secretario Aben Cominxa abusó de su confianza, y firmó el contrato de venta en Febrero de 1493. Si Boabdil vivía resignado en sus Estados, sin cuidarse de otros asuntos que no fuesen sus cacerías y sus mujeres, ¿por qué los Reyes Católicos, que el año último le habían ofrecido aquel retiro, pretenden ahora arrojarlo de él? Aquellos nobles caballeros, ligados con íntima amistad al infortunado rey de Granada, y que llegaron á merecer toda su confianza, como D. Juan Enríquez, el de Baza, pudieran contestar á esta pregunta con aquellos razonamientos que aconsejaban á Boabdil no aceptase señorío alguno ni permaneciese en territorio del reino de Granada. En el mes de Febrero se embarcaba en Adra el rey Chico con su familia y más de mil, que quisieron seguir la suerte de su señor, y no había pasado un mes, cuando se descubría una conspiración de los moros de las Alpujarras y del río de Almería.

Entonces dió principio aquella serie de levantamientos, fracasados unos, otros aplacados, no sin dolorosos y grandes sacrificios. No falta quien quiera suponer que todos estos movimientos y conjuraciones, que sin interrupción se sucedieron hasta el año de 1502, fueron ocasionados por la severidad del Cardenal Cisneros, que pretendía fuesen bautizados por fuerza los moros de estos reinos; pero quien tal diga no está en lo cierto. El Cardenal Jiménez de Cisneros no vino á Granada hasta el año 1495, y desde 1493 venían sucediéndose las conspiraciones y levantamientos.

Es indudable que aquel gran político preveía que serían vanos todos los esfuerzos hechos hasta entonces para conseguir la unidad nacional si no se lograba establecer la unidad religiosa; opinión que no fué exclusiva de aquel grande hombre,



sino que era la dominante en aquel siglo de gloria para España, pues si tuvo algunos impugnadores, sólo fué entre aquellos que temían la pérdida de sus intereses si se llevaba á cabo. Pero no habrá quien acuse al arzobispo de Toledo de haber ejercido ni adoptado medios violentos para conseguir que los moros abrazasen la verdadera religión; es verdad que aumentó su celo por la enseñanza y predicación, ¿pero acaso no le era esto permitido? Han querido algunos demostrar las violencias que puso en juego el Cardenal, refiriendo á su manera lo ocurrido con el Zegrí Zaator, mas de tal suceso no se deduce tal. A la llegada de Cisneros á Granada comenzó á predicar, y, debido á su facundia, se hicieron muchas conversiones; llevaron esto á mal algunos moros, y uno de éstos fué dicho Zegrí, que comenzó á predicar públicamente, censurando á los conversos y animando á los demás á permanecer en su reprobada secta. El Cardenal ordenó poner en prisión al Zegrí Zaator, y mandó á su secretario para que discutiese con él y procurase atraerlo á la verdadera fe: pocos días pasados, el Zegrí Zaator recibió el santo bautismo, y dicen aparentó hipócritamente hacerse cristiano, para evitar así las prisiones y tormentos; pero esto no pasa de ser una presunción más ó menos lógica, pues el hecho es que ni en el de rebelión, que sucedió inmediatamente, ni en los que después ocurrieron, tomó parte alguna Gonzalo Fernández Zegrí (con tal nombre se había bautizado), portándose siempre como buen cristiano y español.

No ocurría así con los cristianos *nuevos* ó moros convertidos, pues el pueblo, que veía las trazas y astucias de que se valían para eludir el cumplimiento de los deberes religiosos, los llamó, con ese sentido práctico que encierra tanta filosofía, *moriscos*, porque á pesar del bautismo recibido seguían siendo muy buenos moros; y cuál fuera el sentido que el pueblo daba á esta palabra, lo comprueba otra que ha nacido de aquélla: *morisqueta*.

Lo que de cierto consta, es que no faltaba quien tuviera interés en hacer creer á los moros que les harían tornar cristia-



nos por fuerza. Así se deduce de aquella carta que en 27 de Enero de 1500 escribieron los reyes desde Sevilla á todos los moros de la Xarquía, en la que decían los monarcas: «Sepades que nos es fecha relación que *algunos* vos han dicho, que nuestra voluntad era de vos mandar tornar e haceros por fuerza cristianos; e por que nuestra voluntad nunca fué ha sido ni es que ningun moro torne cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos e prometemos por nuestra fe e palabra real que no habemos de consentir ni dar lugar á que ningun moro por fuerza torne cristiano... etc.» ¿Quiénes eran estos que engañaban á los moros? Puede suponerse; y es lo cierto, que la causa por que se preparaba aquel movimiento, que los Reyes Católicos trataban de evitar, no era el temor de que los obligasen á recibir el bautismo, pues no obstante la promesa y la palabra real, se sublevaron los moros de las Sierras y de las Alpujarras, teniendo que acudir precipitadamente los reyes con el Gran Capitán, con gran copia de soldados y derramando mucha sangre para tomar los pueblos de Guejar, Lanjarón y Dalías, en donde se habían fortificado los sublevados.

Después de esto, ¿habrá quien no considere rotos los pactos de Granada, al menos respecto de los pueblos sublevados? Y, habiéndolos vencido, ¿no pudieron los Reyes Católicos imponerles nuevas condiciones? ¿No pudieron arrojarlos del país? ¿No parecía procedente el severo castigo de los cabezas del motín?

Pues nada de esto hicieron los Reyes Católicos; perdonaron á los sublevados y continuaron siendo mudéjares. Por cierto que tan noble proceder fué muy mal correspondido, pues en el mes de Julio del mismo año alzáronse en armas los moros de la sierra de Filabrés, teniendo que venir con bastante gente D. Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, á poner en paz y sosiego á aquellos pueblos, lo que no pudo conseguir sino después de haber combatido y tomado el casti-  
llo de Velefique, en donde se habían hecho fuertes. Vencida esta otra sublevación, impone el vencedor por vez primera la





condición de que sólo permanezcan en aquellos pueblos los moros que recibieran el sacramento del bautismo.

¿Estaba en su derecho para imponer tal condición? ¿Era conveniente? ¿Tenía algo de impolítica? ¿Puede considerarse como antieconómica? De tal manera vemos clara y sencilla la contestación á estas preguntas, que no la consignamos aquí, pues basta fijarse en las preguntas para adivinar las respuestas.

Aunque así los moros lo creyeran tenían decidido sublevarse, y cuando todavía no se había aplacado la rebelión de la sierra de Filabrés, alzáronse en són de guerra los de Arahal, Sierra Bermeja y Villaluenga, en la serranía de Ronda. Imponente fué este movimiento, y de tal importancia, que á combatirlo acudieron todos aquellos caudillos que tantas pruebas de valor tenían dadas ante los muros de Granada. En la Sierra Bermeja habíase parapetado el Feherí de Ben Estepar con aquellos moros que gozaban fama de valientes y feroces, y eran apellidados los *gandules*. Comprendieron los cristianos cuán conveniente sería desalojarlos de aquellas escabrosas posiciones, y hacia ellas se dirigieron; pero como les alcanzara la noche en un barranco mal situado, determinaron detenerse, aguardando allí el día, lo que, advertido por el Feherí, dejó sus alturas, y cayendo de improviso sobre el ejército cristiano, metió en él la confusión y sembró la muerte. El sol del día 17 de Marzo de 1501 descubrió las faldas de Sierra Bermeja teñidas en sangre de cristianos, cubiertas con cadáveres de héroes y sembradas de banderas rotas, que en otro tiempo ondearon sobre los muros de las ciudades musulmanas. Allí estaban mal heridos los condes de Cifuentes y de Ureña y D. Pedro Fernández de Córdoba; allí se veía el cuerpo del hijo del conde de Ureña despedazado por los alfanjes enemigos; el de aquel don Francisco Ramírez de Madrid, que fué general de la artillería de los Reyes Católicos, desde el sitio de Vélez hasta la toma de Granada, magullado por las piedras que le arrojaron; el de D. Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, que



fué respetado por la muerte en todas las campañas que acompañó á aquellos reyes, y ahora había sido atravesado por la gumía del Feherí. Y... ¿á qué continuar? Sierra Bermeja, en una palabra, fué la tumba de los héroes que quedaban, de aquellos que coronaron su vida de gloria con la toma de Granada. ¡Bien vengaron los moros la afrenta que sus padres sufrieran!

La derrota fué tal, que asombró á los mismos moros, los cuales, arrojando las armas, acudieron á pedir perdón á los Reyes Católicos, que se habían aproximado hasta Ronda; los monarcas no quisieron que se vertiera una gota de sangre, que se impusiera castigo alguno; pero, como en Sierra Filabres había hecho el alcaide de los Donceles, mandaron desalojar la tierra á los que no quisieran ser cristianos. Una triste y dolorosa experiencia venía á demostrar con cuánta razón el nunca bien alabado Jiménez de Cisneros decía «que si los moros no eran cristianos, nunca serían españoles». Ya no había que guardar respeto á aquellos pactos, que sólo se habían hecho con los moros de la Sierra de Filabres, Guájaras, Alpujarras y Serranía de Ronda, que eran los que los habían quebrantado. La experiencia había demostrado que sin la unidad religiosa no se haría nunca la unidad nacional, y por eso el día 14 de Febrero de 1502 publicaron los Reyes Católicos desde Sevilla aquella Pragmática, mandando salir de sus reinos á todos los moros que no se prestasen á recibir el bautismo. ¿Puede censurarse por esto á dichos monarcas? No. Con más razón se les pudiera censurar por haber sido demasiado considerados con los enemigos de la religión y de la patria. Ante el desastre referido, ¿qué hubiéramos hecho nosotros, que blasonamos de más cultos y civilizados, que nuestros antepasados todos?

¿Cómo ha habido, pues, españoles que otra cosa escribieron? ¿Por qué hubo quien procuró acallar la verdad de la historia para justificar sus censuras? Es que, amén de los moros, hubo en este asunto una parte interesada: todo lo que fuera molestar á los moros, era obligarlos á abandonar la tierra, y



la falta de vasallos disminuía las rentas de los señores. Por eso, aunque en 1502 sólo quedaron en el reino de Granada aquellos que estaban dispuestos, y aun aparentaban desear recibir las aguas bautismales, que fueron como unas dos terceras partes, cuando en 1526 nombró el Emperador visitadores que averiguasen la verdad de los agravios de que los moriscos se le habían quejado; decían los visitadores «que eran los moriscos muy finos moros; que había veintisiete años que recibieron el bautismo, y no había entre todos ellos veintisiete cristianos, porque los señores habían procurado protegerlos, pero no doctrinarlos».

No es exacto que movimiento alguno de los moros y moriscos reconociese como causa los malos tratamientos que de los cristianos recibieran, pues ni moros ni moriscos fueron molestados por sus creencias religiosas, si no se sentían cristianos, no siéndolo. Ya hemos dicho, cómo los señores, según refiere Sandoval y declararon los visitadores nombrados por Carlos I, más cuidaron de proteger á sus vasallos moros que de hacer fuesen buenos cristianos; y no fué, sin embargo, esta protección bastante para evitar que se alzasen en armas siempre que de ello tenían ocasión. Las Reales cédulas de los Reyes Católicos y de Carlos I para perseguir á los salteadores, demostraron siempre que la lucha con los moriscos fué una lucha constante, con un adversario que no se presentaba si no llevaba consigo el triunfo, y que tenía su guarida segura entre los mismos moriscos que no hacían la guerra con las armas, pero sí prestando auxilio á los que las empuñaban. Sólo en 1513 se presentaron en cuadrilla numerosa, que haciendo asiento en el sitio conocido con el nombre de Soto de Roma, tuvieron en jaque largo tiempo á las tropas de Granada, imposibilitando el comercio y comunicación de la ciudad con las demás poblaciones del reino; y en 1520, cuando las Comunidades de Castilla se alzaron en armas, el tristemente célebre Mercadillo sublevó los pueblos de la Hoya de Baza y los del Marquesado del Zenete y algunos otros; y llamó á las armas á todos los demás,



siendo gran fortuna para España que no contestaran en aquella sazón.

La venida á Granada del rey Carlos I no reconoció otra causa que calmar los ánimos levantiscos de los moriscos, que se consideraban agraviados, ó al menos así lo publicaban. Presentaron sus quejas por D. Fernando Venegas, D. Miguel de Aragón y Diego López Ben Ahara, que eran también moriscos, aunque de distinción, y el Emperador nombró visitadores que examinasen la quejas presentadas, y una Junta, compuesta de los arzobispos de Sevilla y Granada, de los obispos de Osma, Guadix, Almería, Mondoñedo y Orense, y de los consejeros Fray Antonio de Guevara, D. García de Padilla, Francisco de los Cobos, los doctores Guevara y Quintana y el canónigo Pedro López.

Después de muchas reuniones, esta Junta acordó:

- 1.º Que la Inquisición que residía en Jaén se trasladase á Granada, para espantar á los conversos que de otras partes habían venido, y á los moriscos;
- 2.º Que se perdonasen todos los delitos que se habían cometido hasta aquel año de 1527 por los moriscos, pero que entendiese la Inquisición en los que después cometiesen;
- 3.º Que no hablasen algarabía y que los contratos los escribiesen en castellano;
- 4.º Que las marlotas que solían traer en vez de sayas y las halmalazas que usaban en vez de mantos, las abandonasen, y moriscos, como moriscas, vistiesen como vestían los cristianos;
- 5.º Que los sastres no cortasen ropas, ni los plateros fabricasen alhajas moriscas;
- 6.º Que al parto de morisca asistiese partera cristiana, para que no hiciesen en tales actos las ceremonias de los moros;
- 7.º Que se construyesen colegios en Granada, Guadix y Almería, para doctrinar los hijos de los moriscos, pues de éstos no había que esperar lo hicieran.

E. M.—Agosto 1911.



Tales fueron las disposiciones adoptadas por aquella Junta, tan censurada de fanática, como calificadas de tiránicas sus resoluciones; aunque una y otra cosa sin nada de razón ni de justicia. Los Reyes Católicos pudieron arrojar y arrojaron de España á los moros que se sublevaron desde 1500 á 1502, y exceptuaron de tal pena á los que quisieran ser cristianos. El Emperador Carlos V encuentra que apenas hay veintisiete que sean cristianos. ¿No pudo en justicia arrojarlos á todos de España? ¿No pudo decirles: «en tanto quedasteis aquí, en cuanto seríais cristianos; puesto que no lo habéis querido ser, dejad vuestras tierras que son mías; vuestras casas que no os pertenecen, é id fuera de España, como lo fueron vuestros hermanos, más nobles y menos embusteros que vosotros»? Esto pudo hacer, y, sin embargo, aquel rey, tan censurado por sus tiránicas disposiciones, se limitó á adoptar medidas para que se hicieran cristianos. ¿No querían serlo? Pudieron hacer lo que sus padres en 1502, cuando se negaron á recibir el bautismo.

Pero, á pesar de las disposiciones de la Junta, no obstante que la Inquisición fué trasladada, siguieron los moriscos siendo muy finos moros, bautizando tan sólo á algunos de sus hijos, vistiendo sus marlotas y halmalazás, y sobre todo, dando buena cuenta del cristiano que se atrevía á pasar de una población á otra, si no se hacía acompañar de buen número de soldados. No habían variado en nada sus usos y costumbres en 1567 cuando se publicó aquella Pragmática que reproducía todas las disposiciones acordadas por la Junta que Carlos I había nombrado en Granada, sin añadir otra cosa que la prohibición de los baños y las zambras, y que, según la mayor parte de los escritores, fué efecto del fanatismo religioso y causa de aquella general rebelión que costó tanta sangre y la expulsión de los moriscos del reino de Granada, trasladados entonces y repartidos en ambas Castillas.

Nosotros creemos que la Pragmática del 17 de Noviembre de 1566 no fué efecto del fanatismo, ni causa próxima ni remota de aquel levantamiento, que con la pragmática y sin ella



se hubiera efectuado. No es de creer que sólo por la prohibición de los baños y las zambras, moviesen los moriscos tan cruda guerra contra la religión y contra España, no habiéndola movido en 1527, cuando se publicaron las disposiciones de la Junta de Granada; y mucho menos, cuando ya la experiencia les había enseñado que cuantas disposiciones acerca de esto venían adoptándose eran letra muerta. Creemos, sí, que algunas medidas adoptadas en Granada para la aplicación de la pragmática adelantaron aquel movimiento, con grave perjuicio de los moriscos y mucha ventura de la patria, pues de otra manera aguardaran mejor ocasión, como se les presentara, poco tiempo después, en las guerras con Portugal.

No fué, pues, dicha pragmática, efecto del fanatismo, sino de haber conocido, aunque tarde, cuánta razón asistía al Cardenal Cisneros, cuando decía que si los moros no se hacían cristianos, no serían nunca españoles. El rey podía lanzarlos de su territorio y quitarles sus bienes, porque los había vencido más de una vez, y era éste el derecho establecido *ab initio* y practicado aquí desde Covadonga. Si en vez de despojarlos y arrojarlos de España, se procuró hacerlos cristianos, siempre era, respecto de ellos, una pena menor de la que habían merecido. Jamás pueblo alguno toleró lo que el pueblo español toleró á moros y moriscos, ni dió como España la sangre de sus mejores hijos, para conseguir hacer españoles y cristianos á los que en buena lid había vencido, y en buen derecho podía hacer esclavos ó arrojarlos de la tierra. Ya hemos dicho cómo en 1493 comenzaron aquellas cuadrillas de salteadores (monfíes), que robaban, cautivaban ó mataban á los cristianos que se atrevían á salir de las poblaciones. El rey Carlos I, y después Felipe II, publicaron muchas Reales Cédulas, mandando que no se consintiese á los moriscos el uso de armas de ninguna clase, y que los cristianos viejos pudiesen llevarlas todas; que se repartiesen armas á los cristianos y se registrasen escupulosamente las casas, y se recogiesen las que tenían los moriscos; que á éstos no se permitiese pernoctar fuera de



las poblaciones, y que los cristianos pasasen la noche con los gobernadores dentro de las fortalezas. Estas reales disposiciones, ¿se promulgaron sin fundamento alguno? ¿Fué acaso el único móvil de ellas, vejar y atormentar á los moriscos? No. Cuando se examina la historia de cada uno de los pueblos del reino de Granada, se comprende que con ellas sólo se trataba de defender á los cristianos que allí vivían, cuyas vidas y haciendas se hallaban á merced de los moriscos.

En 1505 nombró el rey Don Fernando un Capitán general de la costa para que con gruesa escuadra recorriese estas playas, evitando cualquier desembarco de turcos, y sobre todo que los moriscos se llevasen cautivos á los cristianos, como venían haciéndolo los de las marinas.

En 1530 vivían en la villa de Níjar algunas familias cristianas, en muy buena amistad, al parecer, con los moriscos que allí había, cuyos hijos apadrinaban en el Sacramento del Bautismo, con fingido contentamiento de los padres. Un día, algunas familias de moriscos invitaron á varias de los cristianos para celebrar unas zambras en el campo; los cristianos cayeron en la red, y ni moros ni cristianos volvieron por la villa, y no habían transcurrido muchos días y ya se presentaban moros en Almería ofreciendo para rescate á los cristianos cautivos en Níjar, que suponían haber comprado. De estos hechos y otros semejantes están llenas las historias de los lugares del reino de Granada, siendo lo más chocante que los moriscos que se ausentaban, vendían anticipadamente sus tierras y sus casas, por lo cual sus convencinos no podían ignorar su propósito. A estos hechos obedecía la publicación de aquellas Reales Cédulas que antes dijimos.

En el año de 1566 acordó el Cabildo de la Iglesia Catedral de Almería mandar en comisión á S. M. al maestrescuela de la misma, Dr. D. Diego Marín, quien salió de la ciudad acompañado del capellán Ortiz, yendo á pernoctar á Tabernas, villa que contaba entonces con unos doce vecinos, cristianos viejos, y más de doscientos moriscos, y era de notable importan-



cia por su mucho comercio. Aquella noche entraron en ella sólo quince turcos, cautivaron á todos los cristianos viejos y al maestrescuela, mataron al capellán Ortiz, y se retiraron muy tranquilos, yéndose con ellos hasta cien familias de moriscos, que eran los que habían fletado los nueve navíos en que se embarcaron y en los que los turcos vinieron.

En 1567 se tuvo noticia en Almería de que los turcos habían entrado en Quiciliana, cautivando á todos los cristianos que allí había y matando á un caballero de Baza, que dormía en una posada servida por moriscos. D. García de Villaroel, Gobernador entonces de la ciudad, dispuso saliesen de ella hasta doscientos hombres, que siguiendo por la playa, buscasen los navíos en que los turcos habían venido, y esperasen allí á aquellos que volverían para embarcarse. Junto al Cabo de Gata, encontraron los soldados dos navíos; picaron las amarras y los mandaron á Almería, apostándose para esperar á los turcos, que no se hicieron esperar, y traían algunos cautivos, viniendo con ellos todos los vecinos de Quiciliana. No bien apercibieron á los soldados, soltaron los cautivos y se dieron á huir, dispersándose por todos los lugares del río. Inútiles fueron cuantas perquisas hicieron los nuestros para encontrar á los turcos; cuantos caían en poder de los soldados eran reconocidos y reclamados como parientes, amigos y convecinos de los de Quiciliana, y éstos bendecían á los cristianos, porque los libraron de la cautividad á que los turcos los llevaban. Sólo dos, porque eran moriscos de Almería, que habían renegado algún tiempo antes, y fueron reconocidos por los soldados, no pudieron ser apadrinados, y en ambos se hizo justicia al día siguiente.

Y no eran sólo los acontecimientos de esta clase los que con frecuencia tenían lugar, y ocasionaban las Reales Cédulas que dijimos. En Octubre de 1525, el marqués de Mondéjar, aquel tan acérrimo partidario de los moriscos, acudió á S. M. Don Carlos I, suplicando le permitiese pasar al Africa, en compañía de algunos caballeros, porque varios moriscos le habían dicho



que el Peñón de Vélez se hallaba desguarnecido, y con su ayuda podrían entrarse en él. Accedió S. M., y llamando el de Mondéjar á los más esforzados caballeros de Granada, Úbeda y Baeza, cruzaron en una noche el Mediterráneo, para caer en una muy preparada emboscada, en la que unos fueron muertos y quedaron los más cautivos. ¿Partió la emboscada de los que movieron el ánimo del crédulo marqués? Se ignora, pero tampoco supo de ellos dicho marqués.

Así es que, cuando se sabe todo esto, causa grima escuchar que la pragmática de 17 de Noviembre de 1566 era efecto de un exagerado celo religioso; decir tal, es una notoria injusticia contra los que por tantos medios procuraron retener en el país que habían conquistado á los que habían sido vencidos, pero habían nacido en él.

Y no se diga que los malos tratamientos y los atropellos y vejaciones que sufrían los moriscos, tenían aparejado su ánimo para la rebelión; que tales atropellos, vejaciones y malos tratos nunca existieron; es más, nunca pudieron existir. Desde 1492 hasta 1504, hicieron merced los Señores Reyes Católicos de la mayor parte de los pueblos del reino de Granada, á todos aquellos caballeros que en la conquista les habían acompañado. En uso de su derecho, nombraban éstos á los gobernadores y justicias, sin que apenas interviniese en los lugares la Justicia del rey.

Ahora bien; es notorio que los Señores procuraron proteger á los moriscos, para que no abandonasen la tierra y disminuyesen así sus rentas. Los Señores fueron los que más se opusieron á que se les obligase á recibir el bautismo. Los Señores fueron los que más trabajaron cerca de la Corte para alcanzar el perdón de los desmanes que aquéllos cometían. Los Señores fueron los que más hicieron para evitar la extracción de los de Granada y, más tarde, la expulsión de todos. ¿Cómo, pues, habían de ser los Señores los que los maltratasen, atropellasen y vejasen?

Tampoco podían hacerlo los cristianos viejos, en el reino



de Granada avecindados. Cuando los Reyes Católicos conquistaron ese reino, colocaron en las grandes poblaciones á algunos de los caballeros y peones de su ejército, heredándolos con bienes de los que fueron de los reyes moros, ó de los que á los reyes moros siguieron, y según los pactos quedaban en poder de dichos monarcas. Pero si se exceptúa alguna ciudad, como la de Vera, que, levantada de cimientos por los mismos Reyes Católicos, sólo podían morar en ella los trescientos pobladores designados, pues la ciudad era como un presidio ó fortaleza. en las demás, apenas si los caballeros heredados llegaron al número de cinco por cada ciento de los vecinos moros. En Almería heredaron los Reyes Católicos hasta quinientos; nunca vendieron allí más de trescientos, y pasaban de doce mil las familias moras; ¿qué vejaciones podían ocasionarles aquellos trescientos cristianos? Y esto era en las grandes poblaciones. En los pueblos pequeños sólo había tal ó cual familia, que vino allí con el beneficiado ó con el gobernador, y muertos éstos, si habían adquirido relaciones con los moriscos, se quedaban entre ellos. ¿Serían éstos los que los molestaban?

¿Acaso lo hacían los gobernadores? Ya hemos dicho que los Señores se mostraron siempre los más interesados en pro de los moriscos; y los Señores nombraban los gobernadores de sus Estados. En los pueblos realengos nombraba el rey los corregidores ó alcaldes mayores; pero éstos, como los que aquéllos nombraban, eran residenciados cada cuatro años, y en la residencia intervenían los Concejos, que entonces estaban formados de moriscos. No podían los gobernadores dejar á los pueblos, porque frecuentemente daban cuenta de sus actos. El Consejo del marqués de Villena, que residía en la villa de Escalona, mandó á galeras á un gobernador del Estado de Serón, por atropellos que hizo á los moriscos de aquel Estado. No podían tampoco cometer vejaciones los cristianos viejos, porque su número era insignificante, comparado con el de los moros y moriscos. En el año de 1546 se hizo en la catedral de Alme-



ría oposición á la canongía doctoral, á la que sólo se opuso el doctor Diego Marín, aquel de quien dijimos que siendo maestraescuela fué cautivado por los turcos en Tabernas. Y como el cabildo catedral debía proponer á S. M. dos opositores, para que designase á quién se daría la prebenda, sólo propuso al Marín, haciendo presente á la Corona que «nadie quiere venir á esta tierra poblada de turcos y moros». Y si no querían venir á ser prebendados en la capital, ¿vendrían á avecindarse en los lugares?

No negaremos nosotros que fueron alguna vez vejados los moros y moriscos, y que fueran maltratados y atropellados; pero esto no fué de otra manera ni por otras causas que lo eran en iguales circunstancias todos los españoles. Fuéronlo alguna vez los granadinos por los eclesiásticos, pero esto sólo pudo ser hasta el año de 1510. Como más de una vez hemos dicho, por los pactos de Baza y de Granada, las tierras que fueron de las mezquitas se incorporaron á las iglesias, y los eclesiásticos daban en arrendamiento estas tierras á los moros y moriscos, que deseaban satisfacer sus rentas con gemidos y lágrimas. Los eclesiásticos mandaban cobradores, y es de suponer que fueran éstos de la misma calaña que fueron siempre los cobradores judiciales. Mas esto sólo pudo tener lugar hasta el año de 1510, en que aparecen todas las fincas de la iglesia dadas á censo á los moros más principales.

Fueron indudablemente vejados también por los alguaciles. Estaban obligados á pagar ciertos tributos, y nunca se hallaban dispuestos á ello, por lo cual, alguaciles y escribanos tomaban á su cargo hacerlos efectivos. ¿Eran estas las vejaciones? Pues las mismas sufrían los cristianos viejos. ¿Acaso los moriscos, por serlo, estaban exentos de aquellas cargas? Y no se crea que los alguaciles y los escribanos los tratarían con más crueldad ó con menos consideración que á los cristianos viejos; pues ya procuraron los Reyes Católicos evitar que así sucediera, nombrando en todos los pueblos autoridades de los mismos moriscos. Y aunque no las nombraran, ni de amparar-



los se cuidasen, no había posibilidad de causar injuria á los moriscos.

Los que otra cosa creen, desconocen completamente la historia de este reino. Se figuran que después de los Reyes Católicos, ó después que los moros fueron bautizados, quedaron como parias y á merced de cuatro cristianos viejos que aquí se establecieron, lo que es un error. Por los pactos celebrados en Baza y en Granada, se respetaba la propiedad que los moros tenían, y como había algunos que eran muy ricos, bien pronto se enlazaron con las familias cristianas, consiguiendo para ellos la consideración de cristianos viejos, y viniendo á ser los protectores de todos los demás. Necesitaríamos hacer demasiado extensos estos apuntes, si nos propusiéramos dar noticia de las familias de moriscos que se enlazaron con las más nobles familias castellanas. Bermúdez de Pedraza refiere algunos enlaces de la familia real de Granada, y se infiere de lo que escribe, que apenas habrá familia de la nobleza española que no lleve en sus venas sangre de aquellos reyes. En la taha de Andarax vivía, desde el año de 1506, el morisco D. Pedro de Granada, es decir, el príncipe Cid Hiaya, cuidando sus ricas y extensas posesiones; en Tabernas estaba avecindada D.<sup>a</sup> Brianda de Granada, ó sea la hermosa Fátima, hija del anterior; en la taha de Boloduy vivía D. Alonso de Granada y Venegas, hijo del mismo; el sobrino de Reduan y Abulcacín Venegas, el que fué nombrado por D. Fernando V capitán general de la costa de Granada en 1505, y confirmado en este cargo por los gobernadores del reino, Cardenales Cisneros y Adriano, en 1516; aquel á quien los moriscos sublevados fueron á ofrecer la corona del reino de Granada. En la taha de Luchar poseía inmensas tierras D.<sup>a</sup> Blanca de Granada, es decir, Luna, hija también de Cid Hiaya; en las sierras de las Alpujarras poseían grandes heredades, y residían de ordinario D. Juan y D. Fernando de Granada, hijos de la sultana Zoraya. En la serranía de Ronda eran ricos propietarios, Reduan y Abucalcín Venegas; en la taha de Berja tenía



inmensas posesiones D. Francisco de Belvis, ó sea Abdalá Solimán, secretario y alfaquí del rey Zagal. En Almería... pero ¿á qué continuar? Málaga, Vélez, Loja, Lucena, Guadix, Baza, todas las poblaciones de alguna importancia, contaban entre sus pobladores algunas familias de moriscos; respetables por su riqueza y poderosas por su enlace con las principales familias del reino. ¿No es absurdo suponer que estas familias consintiesen que se vejase sin motivo á los moriscos? ¿Qué podían representar los gobernadorcillos que la Real Chancillería ó los Señores nombraban, ante la consideración que á estos señores moriscos daban sus riquezas y sus enlaces de familia? Y si se apela á los grandes fueros de que gozaba la autoridad en aquellos días, bien supónese la justicia con que estos señores reclamarían.

Pero nunca tuvieron necesidad de recurrir en queja de malos tratos á los moriscos inferidos; antes por el contrario, quejábanse con razón los cristianos viejos de las atenciones y respetos excesivos que se les obligaba á guardar con los moriscos. En casi todas las ciudades habían ocupado los moriscos las plazas de regidores perpetuos, y en cuanto de ellos dependía, procuraban que no fueran molestados los moriscos y aun que se les atendiese, con desatención de los cristianos viejos. Era costumbre en Almería celebrar el día 26 de Diciembre la toma de la ciudad por los Reyes Católicos, que tuvo lugar en igual día del año 1490. Solía sacarse en procesión el Pendón de Castilla, que aquel día se enarboló en las torres de la Alcazaba, y que los Reyes dejaron á esta ciudad; y el año de 1558, á pesar de las protestas de algunos regidores, acordó el Concejo no sacar en procesión el Pendón, porque esto causaba mucha pena á los moriscos, y se retiraban al interior de sus casas; y no se celebrara más aquel aniversario, si los regidores que habían protestado no acudieran en queja á S. M. que despachó su Real Cédula para que bajo pretexto alguno dejara de festejarse aquel día, y sacar en procesión el Pendón que dejaron los Reyes Católicos. Cuando esto acontecía, ¿puede suponerse



que se tolerasen los atropellos y vejaciones á los moriscos? En manera alguna. No fueron los malos tratos los que produjeron la rebelión de 1568, ni lo fué tampoco la pragmática de 1566.

Acostumbrados estaban ya los moriscos á las pragmáticas, Reales Provisiones y Reales Cédulas, que por lo que á ellos tocaba eran letra muerta; como ya hemos dicho, se mandó en 1502 que saliese del reino todo aquel que no quisiere ser cristiano, y, sin embargo, hay pueblo en donde se conservan los libros parroquiales, y constando entonces de seiscientos vecinos, sólo aparecen setenta ú ochenta bautismos desde 1502 á 1568. Más de una vez se mandaron recoger las armas de los moriscos, y éstos se quejaban de las pesquisas y de los pesquisadores, y, sin embargo, en 1568, pudo verse que las tenían todos los que eran capaces de empuñarlas. En 1527 se les prohibió hablar *algarabía*, y en 1568 seguían hablando su lengua y escribiendo en ella sus contratos. En 1527 se les prohibió el uso de las marlotas y almalazas, y en 1568 seguían usándolas, lo mismo que las alhajas moriscas, y no sólo en los campos, sino en las ciudades y en la misma Granada. Si esto ocurría, ¿cómo había de influir en ellos la pragmática de 1566 hasta el punto de lanzarlos á lucha tan desesperada? Esta venía preparándose de mucho tiempo atrás. Los moriscos no habían interrumpido sus relaciones con los turcos, y con frecuencia soñaban despiertos en las escuadras de turcos y en los ejércitos de moros que venían á devolverles su reino; las consecuencias de estas ilusiones no se ocultan al entendimiento más obtuso.

El día 24 de Diciembre de 1568 se sublevaron todos los pueblos de la Alpujarra y los del Río de Almería, hasta Gérgal, y debe notarse en esta rebelión que, si bien el pueblo contribuyó mucho á ella, hizose á impulsos de algunos caciques y de no pocos turcos que á este fin vinieron. Saquearon los rebelados todas las iglesias, destruyendo las más; proclamaron su rey y se prepararon á la defensa. La Sierra de Filabres y el Río de Almanzora no respondieron á tal movimiento, aunque parece



se hallaban comprometidos, pues el lugar de Overa se alzó ese mismo día, y al siguiente hubieran metido á su beneficiado en una caldera de aceite hirviendo que tenían preparada, si una buena morisca no diera el oportuno aviso á aquel sacerdote, que huyó á Lorca, su país. Aben-Zaide, de Seron, el Malech de Purchena, Abenaix el de Cantoria, Farax el de Zurgena y Aben-Hari de las Cuevas, que habían asistido á la proclamación de Aben-Humeya, salieron para sus pueblos, con el fin de alzarlos en armas; y no debía ser muy grato al pueblo este movimiento, cuando fué raro el lugar en que se atormentase á los cristianos, exceptuando en la Alpujarra y Río de Almería, recorridas por el feroz y cruel Farax, y los pueblos en donde aquellos caudillos residían. Así se ve que en Gérgal y Velefique matan á los cristianos porque allí estaban los caudillos Puerto Carrero y Abdala Agib. En Serón, en Purchena, en Cantoria y en Zurgena, el día 10 de Enero de 1569 matan á los cristianos que han al alcance, porque hicieron el movimiento Aben-Zaide, el Malech, Abenaix y el negro Farax. En cambio, en los demás pueblos, no sólo no vejaron á los cristianos, sino que los dejaban reunirse para sus ceremonias religiosas, aunque ellos no asistían.

De esta manera comenzó aquella lucha, en que se multiplicaron, confundidos, los actos más heroicos con las más bajas felonías: los héroes y los traidores. Aquella terrible rebelión que puso en movimiento todos los ejércitos de España; á tributo los generales más expertos y valientes, y en peligro de perderse aquella unidad territorial que á costa de tantos esfuerzos y tanta sangre se llegó á conseguir; aquel movimiento que comenzara en 1568 y no pudo extinguirse hasta algunos meses después de la muerte de Aben Abó, que era el segundo rey-zuelo que habían proclamado.

Con esta ocasión púsose en armas la ciudad de Lorca, que permanecía tranquila desde 1492, en que con la toma de Granada había desaparecido aquel frontero campo enemigo, donde sus caballeros tantos laureles cosecharon en el siglo xv. Ya no



existían aquellos caballeros que, por pasatiempo, apresaban la novia de Serón, y tomaban á Vélez Rubio, y á María, y á Vélez Blanco, y á Oria, y á Albox, y á Mojacar, y las conservaban hasta que las faenas agrícolas los llamaban á sus campos; pero contaba Lorca aún con aquellos soldados que salieron á esta campaña comandados por aquel cumplido y esforzado caballero D. Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, aquel á quien Bleda llama el diligente, el guerrero, el animoso; aquel de quien Pérez de Hita dice que la inclemencia de los tiempos fué siempre su buscada compañera en sus cacerías y diversiones; aquel de quien Mármol cuenta que era tan temido de los moriscos, que bastaba escuchasen su nombre para entrar en razón, y á quien por esto llamaban *Ibiliz Arraez el Adid* (diablo con cabeza de hierro). Este, decimos, comandó á aquellos soldados que Lorca conservaba, y que dieron á entender eran hijos de buenos padres en Huécija, en Félix, en Berja, en Válor, en Ohanez, en Galera, en Serón, en Oria, en Cantoria y en cuantos puntos los pusieron á prueba. Aquellos soldados que supieron hermohear con la gloria los sayos pardos y rotos que los cubrían, haciendo que se pronunciasen con respeto y se escuchasen con admiración los nombres de *Tercios viejos*, *Tercios rotos*, *Tercios pardos*.

Y no sólo tuvo Lorca en esta ocasión á los soldados que al Vélez acompañaron, sino que los hijos de sus antiguos caballeros limpiaron el moho de sus armas y fueron á Vera á combatir al reyezuelo que la sitiaba, y derrotaron á Farax, el negro, en Guazamara, y creyendo habían tornado aquellos tiempos de gloria de sus padres, acometieron algunas hazañas que hoy sólo se conservan en empolvadas ejecutorias. Gonzalo Pérez Monte, que era hidalgo de los que en Lorca vivían, salió de caza á la Sierra de Enmedio, y como lo vieran unos moriscos de los que Abenaix mandaba, le cautivaron y llevaron á Cantoria. Súpolo Andrés Pérez Monte, su hijo, y llamando en secreto á un su amigo, proveyéronse de armas, y excusando su presencia al paso por Overa, Zurgena y Arboleas, llegaron á



las puertas de Cantoria al amanecer: dejaron los caballos en el río, y como divisasen á las puertas de la villa un espía calentándose junto á una hoguera, llegaron á él con sigilo y le prendieron sin que pudiera dar un grito. Poco después salía otro compañero del primero, con el cual hicieron lo mismo, y regresando adonde tenían los caballos, se vinieron á Vera, desde donde ofrecieron sus dos cautivos en rescate de Gonzalo Pérez Monte.

A mediados de 1571 se publicó la pragmática para que los moriscos de estos reinos fuesen internados y repartidos en ambas Castillas. Pérez de Hita, Mármol, Hurtado de Mendoza, Bleda y cuantos refieren este asunto lo pintan con tan vivos colores, que parece lo ven con los apasionados de sus sentimientos hidalgos y generosos que con la mirada severa y fría de la justicia. Los hechos referidos, y muchos más que llamamos por no ser un libro lo que escribimos, demuestran que si alguna censura merecieron los reyes de España, fué por lo tardos que anduvieron en adoptar las medidas adoptadas en 1571 y 1610, ú otras más duras que éstas fueron; pero siempre hablará en pro de nuestros reyes y alabanza de nuestros mayores, no haber acudido al derramamiento de sangre en represalias de las revueltas de moriscos, y no apelar á la expulsión sino después de un siglo de tolerancia y de prueba. Era la pena más leve que podía imponerse al delito cometido.

Pero hay otra consideración que los citados escritores no pudieron tener á la vista, y que no podemos olvidar nosotros. Ante la pintura que nos han dejado de la conducción de los moriscos á las Castillas ó de su embarque para la expulsión, parece deducirse que se establecería un ojeo que no dejara morisco en tierra, y, sin embargo, nada menos exacto. No se espatrió á los que estaban enlazados con familias cristianas, y fueron muchos, muchos, los que consiguieron Reales Provisiones para poblar en los mismos pueblos del reino de Granada, considerándolos como á cristianos viejos. Además de todos estos, que siempre fueron tenidos como tales, debieron quedar muchos sin salir de aquí, toda vez que, treinta y nueve años



después, cuando de orden del rey Felipe III procedió el Marqués de San Germán á formar las listas de los moriscos de Andalucía, para expulsarlos, había en el reino de Granada treinta mil.

Tampoco debió ser esta expulsión muy escrupulosa, puesto que, pocos años después (1613), publicaba el rey una Real cédula para que no se molestase á los moriscos del reino de Granada, y en 1621 otra para que se lanzase de las ciudades de la costa á todos los moriscos. Esta contradicción tiene fácil y clara explicación en las Reales cédulas que se sucedieron desde 1601 hasta 1630, previniendo las costas, porque, entendidos los moros de allende y los moriscos de aquende los mares, venían escuadras ó se preparaban ejércitos de turcos y moros.

Tal es la verdadera historia de los moros y moriscos durante el siglo XVI y principios del XVII, dentro de cuyo espacio de tiempo se desarrolla la mayor parte del poema de Ginés Pérez de Hita. Por lo que dejamos transcrito, se podrá juzgar si tenemos razón para extrañar haya españoles que, no sólo pretenden arrancar á la patria y á nuestros monarcas la gloria que en estos sucesos alcanzaron, sino que quieran convertir en sambenito lo que es brillante aureola. Si alguna censura merecían nuestros antecesores, recaería sobre Pelayo y los que con él comenzaron la obra de la Reconquista de Covadonga, nunca sobre los que, con los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II y Felipe III, la terminaron en Granada. Nuestros padres pudieron matar al enemigo que contra ellos hacía armas en 1500, pudieron matarlos ó reducirlos á la esclavitud en 1569: se limitaron á expulsarlos de su tierra, cuando vieron que no había medio de reducirlos. Escogieron, pues, la pena más leve entre las que pudieron y debieron imponerse.

Procuremos dar á conocer ese período de nuestra historia, y deje alguna vez de considerarse como mengua de nuestros mayores lo que es el mayor timbre de su gloria. Que no se diga que, porque no somos capaces de imitarlos, no queremos comprenderlos.

FRANCISCO CÁCERES PLA,  
C. de la Academia de la Historia.



# LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

---

## CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

---

*La sagastitis.*—Romero Robledo clerical en plena revolución.—Cómo las gastaba Rivero.—Buscando rey.—La abolición de la esclavitud en Cuba.

«Sres. Diputados—decía una vez Sagasta (1):—el Sr. Castelar, en una frase feliz y elocuente, como todas las frases con que S. S. sabe revestir sus brillantes discursos, me atribuía hace algunos días, en su última interpelación, y á consecuencia de haber yo salido del ministerio de la Gobernación, una enfermedad triste, una enfermedad cruel. No tenía razón el Sr. Castelar; en cambio, yo la tengo, y bien fundada, para poder atribuir al Sr. Castelar, al Sr. Figueras y á todos sus amigos otra enfermedad más triste que la que ellos me atribuían á mí, otra enfermedad más cruel, y, lo que es peor, de más difícil curación. El Sr. Castelar suponía que yo sufría, que me moría de nostalgia al verme fuera del ministerio de la Gobernación. ¡Con cuánta más razón puedo yo decir que los señores Castelar y Figueras y sus compañeros republicanos federales son víctimas de una enfermedad que, por lo visto, es completamente incurable: la enfermedad que padecen se llama

---

(1) 5 Abril 1870. Era ministro de Estado.



*sagastitis*. (Risas.) Apenas hay cuestión política en la que los Sres. Castelar y Figueras y sus amigos tomen parte, sin que traigan al debate, sin motivo y sin razón, mi pobre nombre; y es tal lo que les preocupa, que hasta para hablar de los demás ministros se equivocan, llevando el olvido de sus nombres hasta el punto de que, para citar al de Fomento, al de Gobernación, al de Ultramar ó al de cualquiera otro departamento, sólo se acuerdan del humilde apellido mío, de Sagasta. ¿Qué extraño es, pues, que yo crea que vosotros padecéis la enfermedad *sagastitis*, al ver que mi apellido no se os cae de los labios, y parece ser vuestra constante y única pesadilla?»

«Es posible que así sea—replicó Figueras;—pero la nostalgia es un mal crónico, y se cura difícilmente, mientras que la *sagastitis* es un mal agudo, que desaparece con una buena sangría.» (Risas.)

Téngase en cuenta que Sagasta era el alma de aquel Ministerio y el oráculo del marqués de los Castillejos.

\*  
\* \*  
\*

Hablando Romero Robledo contra el proyecto de ley de matrimonio civil, decía (1):

«¡Ah, señores! Yo he oído una razón en esos pasillos y en el salón de conferencias, que aquí no ha sido osada á mostrar la faz; he oído reservadamente decir que era necesario quitar su influencia al clero. Los que tal dicen, de seguro no saben lo que dicen. ¿Quitar la influencia al clero! ¿Pues esto, qué es sino arrancar de la conciencia humana el sentimiento religioso? ¿Y qué influencia vais á quitar al clero? ¿Qué posición política, qué riquezas, qué nada tiene hoy si no es el ascendiente con que le brinda la conciencia del individuo, adonde no podéis tocar?

.....  
»¿Quién no recuerda con pena que aquí mismo, dentro de

(1) 5 Mayo 1870.

E. M.—Agosto 1911.



la Cámara, ha habido quien (1), por extravagancia, por mal entendido orgullo científico, por afán triste de celebridad, se ha atrevido á insultar las creencias del pueblo español, olvidando, si era rasgo de orgullosa sabiduría, que, como dice una autoridad incontestable, la poca filosofía aleja de la religión, y la mucha atrae hacia ella? Pues qué, ¿no recordáis que la Cámara se ha levantado igualmente agitada cuando desde el banco azul el ministro de Fomento (2), olvidando que lo era de una nación católica, sentó principios que no pudo menos de rechazar la conciencia de todo el país?

»Yo temo que el matrimonio civil pueda tomarse como un síntoma más del espíritu antirreligioso de que por ahí, calumniándonos, se nos supone poseídos; de la repugnancia, secreta fruición ó pública indiferencia con que el Gobierno parece que mira estas gravísimas cuestiones. Alguna crónica, escandalizada, cuenta que en una provincia española hubo un ciudadano (3) que se atrevió á desafiar el poder de Dios, reloj en mano. En la capital de España ha habido otro que ha pretendido hacer entrar en una iglesia un asno cargado de hortaliza, á la hora del culto, y en esta Asamblea se han oído palabras que han ofendido vuestros oídos.»

Romero pronunció contra el matrimonio civil un discurso tan enérgico como hubiera salido de labios de D. Cruz Ochoa.

\* \* \*

Sucedió que el día 8 de Mayo de 1870, al regresar á Vitoria la Junta foral del valle de Llodio, donde había celebrado sus sesiones ordinarias, fué recibida por los vitorianos con grandes demostraciones de alegría, músicas, arcos, campanas, cohetes y los demás agasajos comunes en este género de fiestas; pero sucedió también que, sobre si la música había ó no

(1) Suñer y Capdevila.

(2) Echeagaray. Asunto de que hemos dado cuenta.

(3) Suñer y Capdevila.



de tocar el himno vasconavarro, conocido por el *¡Ay, ay, ay mutillac!*, se armó un alboroto, del que resultó un hombre muerto, sin olvidar los gritos de ¡viva Carlos VII! con los muestras consiguientes; en vista de lo cual, el Gobernador civil de la provincia mandó cerrar el Casino carlista, cuyos individuos eran, según partes oficiales, los causantes del tumulto.

El diputado tradicionalista Ortiz de Zárate interpeló sobre este hecho al ministro de la Gobernación (1), y éste defendió á la autoridad de la provincia en los términos en que él sabía hacerlo, leyendo ante la Cámara la comunicación telegráfica que había dirigido al Gobernador, y que es como sigue:

«Enterado del despacho de V. S. de hoy, ¿se han dado vivas á D. Carlos? Si esos vivas no tienen carácter subversivo, si no se refieren á proclamar á D. Carlos ni otro rey sin la suprema autoridad de las Cortes, no encuentro motivo legal para impedir que los amigos de D. Carlos le vitoreen cuanto tengan por conveniente. Por el contrario, ¿estos gritos son subversivos? ¿tienden á perturbar el orden público? Pues entonces, V. S. no ha debido darme cuenta del suceso sin participarme al mismo tiempo que los perturbadores, pocos ó muchos, estaban todos en la cárcel y á disposición de la autoridad judicial.

«Revístase V. S. de toda su autoridad; reclame del Capitán general la fuerza necesaria para que V. S., y sólo V. S., resuelva la cuestión de orden público, adoptando todas las disposiciones convenientes al efecto, y deteniendo á cuantos muestren conato de alterarlo.

«V. S. me pregunta si cierra el Club carlista. Apenas comprendo la pregunta. Cumpla V. S., que es su deber, la Constitución y las leyes.»

Y el Casino carlista quedó cerrado.

Otra vez (2), un sábado, que era el día destinado para hacer

(1) 2 Mayo 1870.

(2) 30 Abril 1870.



preguntas, Fernandez Vallín dijo: «Al ver que el señor ministro de la Gobernación, apenas instalado en su puesto, altera todo el personal de Gobernadores de provincias, todo el personal de Secretarios de los Gobiernos civiles, todo el personal del ministerio de la Gobernación, ¿me podré permitir preguntar á S. S. si le es posible manifestar al país á qué responde ese movimiento?»

Rivero le contestó:

«En primer lugar, no he cambiado los Gobernadores de esa manera que dice el Sr. Fernandez Vallín; en segundo lugar, no he cambiado los Secretarios; y en tercer lugar, no he trastornado el ministerio que está á mi cargo. Y después de todo, el ministro de la Gobernación tiene la facultad y el derecho de hacerlo. No hay ejemplo, ni podrá haberlo, de que el ministro de la Gobernación, ni ningún otro, estuviera obligado á dar á las Cortes, á las Asambleas políticas, al Congreso, cuenta de su conducta sobre el particular. Cuando el ministro que hace eso, sea bueno ó malo, no merece la confianza, se presenta un voto de censura: lo que no se hace es desconocer y trastornar las funciones respectivas de los miembros del poder público.»

\* \* \*

Díjose que el General Prim iba á hacer declaraciones importantes sobre las candidaturas para ocupar el Trono de España, y la expectación de los diputados y del público de las tribunas era grande en la tarde del 11 de Junio de 1870. El Marqués de los Castillejos, dando á su discurso mayores proporciones de lo que generalmente acostumbraba, pues era sobrio en sus argumentaciones y en su oratoria, se sinceró con insistencia de los proyectos de ambición personal que se le atribuían para decir un día, como Napoleón III: «Aquí mando yo.» También quiso desvanecer la especie, que por algunos se propalaba, de que pretendía dar tiempo para madurar la restauración del Príncipe Alfonso. A este propósito dijo:



«Hechas quedan, pues (1), dando nuevas seguridades de lo que aquí espontáneamente dije un día, de que las palabras *jamás, jamás, jamás*, que salieron de mi pecho, como expresión de mi más íntima y sincera convicción, hoy las repito con mayor fervor, si cabe: *la restauración de Don Alfonso, jamás, jamás, jamás.*» (*Grandes aplausos.*)

Luego contó las tribulaciones que había pasado buscando la persona que quisiera ocupar el Trono de España, pues como él mismo decía, excitando la hilaridad de la Cámara: «El hacer un rey es más difícil de lo que parece á primera vista.»

Dijo que se habían hecho gestiones privadas cerca de la persona del rey viudo Don Fernando de Portugal, y que este señor, alarmado por lo que dijeron en contra suya los periódicos, tanto españoles como portugueses, al cabo de algunos meses de vacilación, declinó la honra que se le ofrecía.

Después se buscó al Duque de Aosta, hijo segundo de Víctor Manuel; y tampoco quiso aceptar el ofrecimiento.

Se dió un segundo golpe á la casa de Saboya, dirigiéndose al Duque de Génova, que aceptó *sub conditione* del asentimiento de su madre, porque el joven era mayor de edad.

«Lo que pasó entonces en la corte de Italia es sabido por muchos señores diputados. Las intrigas de que se valieron los que no quieren que España se constituya; los mensajes que allí se mandaron; las exageraciones que se hicieron llegar á oídos de la Sra. Duquesa de Génova, pintándole la situación del país con los más negros colores y excitando su cariño maternal con los peligros inmensos que suponían iba á correr su hijo, no hay para qué referirlos; baste saber que se llegó hasta el punto de decirla: *Madame, si vous envoyez votre enfant en Espagne, priez pour votre enfant!* De lo que resultó que la señora duquesa, que ante todo se fijaba en los peligros á que podía estar expuesto su hijo, fué la que se opuso resueltamente; tuvo más influencia que el jefe de la familia, Víctor Manuel.

---

(1) Protestas contrarias.



El resultado fué también el que saben los señores diputados: tercer contratiempo.»

.....

«Los señores diputados esperan sin duda que yo pronuncie el nombre de ese cuarto candidato; permitirán que no lo pronuncie, porque no sería discreto; podría traer complicaciones, y además de esto, tengo empeñada mi palabra de honor, y los señores diputados respetarán sin duda mi reserva.»

Ríos y Rosas contestó con un discurso de tonos templados, pero de oposición, terminando con estas palabras:

«Cuando todo está en incertidumbre, cuando todo se considera posible, todo se imputa á los hombres que mandan. Es un mal, es una injusticia, pero es un efecto natural de las circunstancias. ¿Queréis que no os calumnien? ¿Queréis que no os atribuyan que sois partidarios de la restauración? ¿Queréis que no os imputen que esperáis á que llegue á la mayor edad, á que cumpla catorce años el Príncipe Alfonso? Buscad un rey, y encontradle.»

No fué muy piadosa la intención que guió á Ríos y Rosas al pronunciar el último párrafo de su discurso, porque con él daba pábulo y fomentaba las impresiones del vulgo respecto á la posibilidad de que Prim acariciase la idea de una restauración con el hijo de Isabel II. El Gobierno, cualquiera que fuese su plan, se estaba poniendo en ridículo. Desde el 29 de Setiembre de 1868 al 11 de Junio de 1870, había transcurrido un año, ocho meses y once días, sin haberse constituido en el país una situación definida y estable, contemplando á Prim como un pordiosero, de puerta en puerta, mendigando un rey por amor de Dios.

¿Quién era ese cuarto candidato que Prim tenía en cartera, y cuyas gestiones realizaba con tanto secreto y reserva? El cronista lo sabe, pero no es ocasión de descorrer el velo con que misteriosamente quiso cubrirlo el Presidente del Consejo de Ministros, sin conseguir su objeto, como verá el lector en los capítulos sucesivos.



Castelar pronunció un brillante discurso (1) defendiendo la abolición total de la esclavitud en Cuba, contra un proyecto de ley del ministro de Ultramar, en que declaraba la abolición parcial.

Dirigiéndose á los unionistas, decía:

«Sometisteis Cuba al despotismo militar; nuestros reyes, que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teníais su prensa bajo la censura y su opinión con mordazas; disponíais de sus derechos sin oírlos y de sus tributos sin consultarlos; la tierra de la libertad concluía en las islas Canarias, y cuando comenzaba el nuevo mundo español, comenzaban los dominios del absolutismo, que ningún pueblo puede soportar sin gangrenarse; jamás reconocisteis el derecho de verse aquí representados á nuestros colonos; y cuando nosotros pedimos que se reconozca en los más desgraciados de todos ellos un derecho que no deben á nadie, que recibieron de la misma naturaleza, proclamáis nuestra incompetencia, y pedís que vengan los blancos á decidir la suerte de los negros, que vengan los amos á decidir la suerte de los esclavos; ¡ah! de los esclavos, libres sin ellos y sin nosotros; libres á pesar de ellos y de nosotros; libres por hijos de Dios, por soberanos de la naturaleza, por miembros de la humanidad; y todo poder que desconozca esos derechos primordiales, sea cualquiera la ley ó el pretexto que invoque, comete el asesinato de las conciencias, crimen que castiga la cólera celeste y que se purga con una eterna infamia en el eterno infierno de la Historia.

.....

»Pero se nos dice: ¿Olvidáis que esta ley debe ser una ley de transacciones porque se refiere á la propiedad? ¡Propiedad! ¿Propiedad de quién? ¿Propiedad de qué? ¿Propiedad cómo? ¿Propiedad con qué títulos? ¡Ah, señores diputados! La propiedad supone cosa apropiada. Probadme que el negro es una

(1) 20 Junio 1870.



cosa, probadme que es como vuestro arado, como el terrón de vuestra tierra, que no tiene personalidad, ni alma, ni conciencia. La propiedad es *jus utendi et abutendi*. Luego, ¿podéis usar y abusar del esclavo? Luego, ¿podéis usar y abusar á vuestro antojo de una imagen divina, de una naturaleza moral, del alma, de la conciencia, del derecho? Si un hombre puede ser objeto de propiedad, todos los hombres pueden ser objeto de propiedad. Mañana vienen las grandes catástrofes sociales, que tanto se parecen á las grandes catástrofes geológicas; se cambia el sentido general humano; la piel blanca y el pelo rubio es para aquella sociedad lo que la piel negra y el pelo crespo para la sociedad de las Antillas; y en tal caso, señores, ¿cuál sería la suerte de mi elocuente amigo el Sr. Romero Robledo? (*Risas.*)

.....

»No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenía una fuente, al fin heroica, que era la guerra; la esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tiene una fuente cenagosa, que se llama *la trata*. ¿Comprendéis un crimen mayor? ¿Creéis que hay en el mundo algo más horrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El monstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco, el tiburón que le sigue, husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coge su alijo, lo encierra, aglomerándolo, embutiéndolo en el vientre de aquel horroroso barco, ataúd flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al Océano. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia, les muerde con el dolor los corazones.

.....

»Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad



donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el señor ministro de Ultramar (1) á sus hijos? No puedo creerlo. No se los daría. Dicen: *Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas del Canadá; dos negras, hija y madre; las yeguas juntas ó separadas; las negras, la hija y la madre, separadas ó juntas.* (Sensación.) La pobre negra que ha engendrado su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar, deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. El negro nace con la marca en la espalda; crece, como las bestias, para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; sólo es feliz cuando duerme, si sueña que es libre, y sólo es libre en el día de su muerte.»

Moret le contestó con sensatez y cordura, defendiendo el proyecto del Gobierno; que había querido respetar los que se llaman intereses creados. La Revolución, contenida en sus arranques por el partido unionista, que era en ideas el conservador, no demostró tendencias sociales, sino simplemente políticas, y aun éstas, comedidas, pues se contentó con el destronamiento de la dinastía reinante, con el matrimonio civil y con el sufragio universal; así es que la abolición total de la esclavitud se salía fuera del círculo de las aspiraciones del Gobierno.

«España, señores—decía el joven y elegante ministro de Ultramar,—no llega tarde en la época de las reformas, ni es la última, ni piensa obrar lentamente. Todas las citas de leyes abolicionistas que el Sr. Castelar ha hecho, necesitan, cuando menos, una aclaración. Bolívar, cuyo nombre puede citarse con la esperanza de que sea oído con respeto, Bolívar empezó por decretar sólo el vientre libre, y treinta años después de haber dado la ley, había todavía esclavos en los Estados de la

---

(1) Moret.



Unión. El Brasil vacila todavía el aceptar el dictamen del Consejo de Estado, que proponía la libertad de los nacidos. Holanda acaba en estos últimos años, en medio de la paz y la prosperidad, de hacer la emancipación de un número de esclavos relativamente pequeño, y los demás países tampoco han marchado con una rapidez extraordinaria. Podría citar todos los países del mundo, y se vería que España es la primera que ha presentado de pronto una ley sobre la abolición de la esclavitud, que no sólo declara el vientre libre, no sólo redime á los ancianos y á los que auxiliien las armas de España, no sólo acaba con el régimen de emancipados, sino que compromete al país á hacer la emancipación completa. Si miráis, pues, que éste es nuestro primer paso, y que, hace cinco años, el Gobierno no creía poder hablar siquiera de emancipación, convendréis en que es la ley más radical que se ha hecho sobre la materia.»

El proyecto de ley fué aprobado en 21 de Junio de 1870. El día 23, con motivo del calor, se suspendieron las Cortes.

#### Elección y jura del Rey Amadeo I.

Durante las vacaciones de verano quedó elegida la persona que había de ocupar el trono de España. Oigamos lo que dijo Prim en 3 de Noviembre de 1870:

«Recordarán los señores diputados que, al hacer el desconsolador relato á que me he referido, indiqué que quedaba una negociación pendiente; no manifesté grandes esperanzas de que diera el buen resultado que nos proponíamos; pero el hecho es que hice ciertas reservas, refiriéndome á una negociación pendiente. Aquella negociación dió un resultado más satisfactorio, y más pronto del que tal vez nos proponíamos en aquellos solemnes momentos; yo he de insistir poco sobre el particular, toda vez que sus consecuencias han llegado á ser



fatales (1). Con más ó menos fundamento, que esto tampoco lo hemos de examinar ahora, surgió la terrible guerra que aún tiene en cruenta y devastadora lucha á dos naciones amigas. Yo tengo por ello una profunda pena, y estoy convencido de que igual sentimiento domina en los señores diputados; pero tengo la conciencia tranquila, como la tienen mis compañeros de Gabinete, pues si las consecuencias de aquella negociación han podido ser fatales para dos naciones amigas, nunca se nos podrá echar á nosotros la culpa; la historia en su día será justa, y no hará cargos gratuitos á los hombres que, en virtud de su derecho y de su autonomía, hacían lo posible para constituirse como lo creían oportuno, y con la persona que estimaban conveniente (2).

Pocos días después de aquella aceptación, estallaba ya la amenazadora y terrible guerra entre la Francia y la Prusia, y el esclarecido príncipe, que no necesito nombrar porque todos sabéis quién es (3), aconsejado por un noble y elevado sentimiento, y deseoso de evitar males á su patria y de evitárselos también á nuestra vecina Francia, retiró voluntariamente su candidatura. Nos encontramos otra vez sin candidato.

.....  
«La primera vez que el Gobierno de S. A. el Regente del Reino se dirigió á la casa de Saboya, ya saben los señores diputados que no nos dió el resultado á que aspirábamos, puesto que el Duque de Aosta (4), no tuvo por conveniente aceptar

---

(1) El candidato era Leopoldo Hohenzollern Sigmaringen, Coronel de Caballería prusiana, y como Francia y Prusia tenían deseos de venir á las manos, buscaron aquí pretexto para promover una guerra, que fué de triste resultado para Napoleón III.

(2) En efecto, la gente achacaba al maquiavelismo de Prim la elección de la candidatura de Hohenzollern, para mortificar á Francia y producir el choque con Prusia. El maquiavelismo de Prim no tenía tanta trascendencia; era sólo para andar por casa.

(3) Hohenzollern.

(4) Hijo segundo de Víctor Manuel.



el ofrecimiento que se le hacía, ofrecimiento siempre condicional, como deben suponerse los señores diputados, porque el Gobierno no tiene autoridad, ciertamente, para ofrecer coronas, y, por lo tanto, sus gestiones tenían siempre por base y por principio el supuesto de que las Cortes Constituyentes se dignasen nombrarle. Pero si bien el noble Duque de Aosta no había tenido por conveniente admitir el ofrecimiento que se le hacía, su negativa fué tan bondadosa, fué tan delicada, la hizo con frases tan dignas y tan honrosas para España, y los motivos en que la fundaba fueron de tal naturaleza, que yo creí que aquella puerta, al cerrarse, quedaba en disposición de poder volver á llamar oportunamente á ella. El Consejo de Ministros se ocupó de si era conveniente ó no dirigirse otra vez á la casa de Saboya, y después de un maduro examen, el Gobierno creyó que podía abrirse nueva negociación.»

Dió cuenta á grandes rasgos de las gestiones que había practicado, y anunció oficialmente que el Duque de Aosta, luego Amadeo I, había aceptado la corona de España (1).

«Las amarguras que yo he pasado—añadió,—no son para que yo las exponga en este momento; cuando tengan publicidad todas las negociaciones que yo he seguido, cuando se conozcan todos los detalles y peripecias por que han pasado, yo tengo la convicción de que los señores diputados y el país me harán cumplida justicia.»

Castelar estuvo inexorable contra Prim.

«Os acaban de anunciar que se va á salir de la interinidad, que por fin vais á tener un rey, y nadie, absolutamente nadie se ha sonreído, nadie se ha regocijado, nadie ha aplaudido, nadie se ha levantado, nadie ha proferido un ¡viva! Todos habéis quedado fríos, como si al presentaros el monarca os hubieran presentado un cadáver. ¿Créeis que á la glacial tempe-

---

(1) Según Castelar, no quería Víctor Manuel dar celos á Napoleón con la preponderancia de la casa de Saboya; pero vencido el Emperador, desaparecía el inconveniente. A moro muerto, gran lanzada.



ratura de esta Cámara se puede forjar una corona, operación que necesita el fuego del entusiasmo? Las instituciones fuertes, los nombres populares, son impuestos por los pueblos á las Asambleas y no por las Asambleas á los pueblos.

.....

»Yo he oído á uno de los oradores más ilustres, no ya de esta Cámara, sino de la Europa entera, al Sr. Cánovas del Castillo, dolerse de la ausencia del Príncipe Alfonso y decir que es el candidato de su corazón, pero que está decidido á reconocer y acatar á otro candidato alzado al trono por la mayoría de la Cámara. Yo he visto á muchos partidarios del Duque de Montpensier, que le conocen, que le tratan, que le han seguido en el destierro, que saben los servicios por él prestados á la Revolución; yo les he visto sostener á ese candidato enérgicamente en otro tiempo, y así que se ha presentado uno nuevo, abandonarlo á incomprensible olvido. Yo he visto al partido progresista posponiendo al General Espartero, á un oscuro Coronel de Hulanos. Yo he visto á la mayoría de esta Cámara, indiferente á un rey del Norte ó del Sur, de las regiones boreales ó de las regiones tropicales, germano ó latino, mayor ó menor de edad, dispuestos por el Sultán de Constantinopla ó por el Emperador de Marruecos, á correr los azares de una guerra civil, ó de una guerra extranjera, con tal de que no se exigiese ninguna creencia á su espíritu vacío, ningún sacrificio á su empedernido egoísmo.

Haciendo la crítica de las gestiones practicadas por Prim para buscar candidatos al trono, decía:

«Desde Portugal pasó á Italia, y allí encontró un gentil niño, el Duque de Génova. El entusiasmo oficial creció de punto, y oyéronse discursos en los cuales se anunciaba que el joven Príncipe nos iba á traer en su bolsa de colegial de Harrouu, las artes italianas, la pintura, la escultura, la poesía, y sobre, todo la música de Italia. (*Risas.*)

.....

»El Presidente del Consejo dió un salto mortal: de Italia



pasó á Alemania. Todo el mundo sabía que un candidato alemán, un candidato de la casa Hohenzollern, iba á traer consigo una guerra inmediata. Yo lo dije así en el mes de Abril; muchos señores diputados conocen el documento en que este anuncio mío se halla escrito (1). ¿Lo ignoraba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Si lo ignoraba, ¡qué imprevisión!; y si lo sabía y lo propuso, ¿cómo calificaréis su indiferencia? El candidato alemán no vino, y hoy tenemos sometidos á nuestros votos un candidato italiano. ¿Qué decir de la nación que en el mes de Julio tenía un rey alemán y en el mes de Octubre tiene un rey italiano?

.....

»¿Sabéis cuál es el Dios del General Prim? El acaso. ¿Sabéis cuál es su religión? El fatalismo. ¿Sabéis cuál es todo su ideal? Lo presente. ¿Sabéis cuál es su objeto para lo porvenir? Vincular el poder en su partido. A esto lo sacrifica todo. Por esto, y sólo por esto, coge en su mano la dictadura, y marca con su hierro hasta las generaciones.

.....

«El Sr. Presidente del Consejo de Ministros nos ha dicho que el Príncipe Hohenzollern no había previsto la gran catástrofe francesa, y yo le digo al Sr. Presidente del Consejo de Ministros: ¿no sabe S. S. que el Príncipe Hohenzollern, y el Rey Guillermo mismo, son instrumentos de una inteligencia más alta, que se calla sus procedimientos, sus motivos y á veces hasta sus fines? ¿No sabe S. S. cuánto le ha costado á esa altísima inteligencia traer al Rey á su política? ¿No sabe que desde entonces Molke y el Rey Guillermo, y no digo nada del Coronel Hohenzollern, todos son instrumentos de Bismark, porque representa la inteligencia y la razón?»

Moret, como ministro de Ultramar, y en representación del Gobierno, fué el encargado de dar la contestación á Castelar y pronunció un buen discurso, venciendo las dificultades que el

---

(1) *El Monitor Mejicano* de 20 de Mayo de 1870.



asunto ofrecía, pues al diputado republicano le sobraba razón para decir que el candidato extranjero no inspiraba entusiasmos.

Acto seguido, el Presidente señaló para el orden del día en la primera sesión la elección de Monarca, á lo que se opuso Ríos y Rosas (era incorregible), proponiendo que antes de la votación se discutiese la candidatura; pero Ruiz Zorrilla, comprendiendo lo expuesto que iba á resultar esta discusión en aquellas circunstancias, no transigió, y Ríos y Rosas quedó deslucido.

La votación de Monarca se verificó el 16 de Noviembre, con arreglo á una ley aprobada en 8 de Junio anterior, y dió el resultado siguiente:

El Duque de Aosta.....	191 votos.
El Duque de Montpensier.....	27 »
La Duquesa de Montpensier.....	1 »
El Duque de la Victoria.....	8 »
La República federal.....	60 »
La República española.....	2 »
La República.....	1 »
D. Alfonso de Borbón.....	2 »
Papeletas en blanco.....	19 »

Entre los que votaron en blanco, aparecen Bugallal, El-duayen, Cánovas del Castillo, Ardanaz, D. Francisco Silvela, Vildósola, Ortiz de Zárate, Lasala y Vinader.

Antes de entrar en el orden del día, que era la elección de monarca, dijo Figueras que se habían tomado precauciones militares; Luis Blanc confirmó la noticia, añadiendo que fuera de la Puerta de Alcalá había un campamento, y Sorní remachó el clavo añadiendo que había fuerzas rodeando el edificio del Congreso, que hasta los Comandantes de la Milicia habían recibido órdenes al efecto, «y que él, como uno de ellos, las había recibido también».



Terminada la votación de la elección del Rey, Ruiz Zorrilla dirigió cuatro palabras á la mayoría, y con el asentimiento de ésta se suspendieron las sesiones de Cortes, hasta que una comisión de 24 diputados, que habían de salir de España con la mayor urgencia á ofrecer la Corona al Rey electo, volviese á dar cuenta á la Cámara de haber cumplido su encargo. En la Comisión, presidida por Ruiz Zorrilla, figuraban, como más conocidos, Madoz (1), D. Manuel Silvela, Ayala, Martín Herrera, Martos, Marqués de Sardoal, D. Juan Valera, López Domínguez, Gasset y Artime, D. Gabriel Rodríguez, Alvareda y Balaguer.

El 15 de Diciembre de 1870 se presentó dicha Comisión en el Congreso, celebrándose con este motivo la primera sesión, después de la suspensión mencionada, y leyendo el Secretario, Llano y Persi, los discursos pronunciados en la solemne recepción que tuvo lugar en Florencia, en el Palacio del Rey de Italia, el día 4 de aquel mes, y el acta de aceptación del Duque de Aosta.

El discurso que leyó Ruiz Zorrilla fué sumamente corto; se redujo á pedir la venia al Rey de Italia para ofrecer á su hijo el Duque de Aosta la Corona de España. Víctor Manuel contestó que hacía un gran sacrificio, pero que consentía. Luego, el Presidente de la Comisión, en otro discurso un poco más largo, hizo al Duque de Aosta el ofrecimiento indicado; el Duque aceptó, y acto seguido se extendió el acta, firmada por los individuos de la Comisión española, por Víctor Manuel, por Amadeo, Humberto y Eugenio de Saboya, el Marqués Gino Capponi y los Generales Cialdini y Menabrea.

No bien Llano y Persi leyó estos documentos, Figueras se levantó á preguntar si el discurso leído por el Duque de Aosta para contestar á Ruiz Zorrilla, estaba en italiano ó en español, á lo que el Presidente manifestó que en italiano, pero que se había traducido por la oficina de la Interpretación de lenguas.

---

(1) Que murió en Génova, durante la travesía.



Las discusiones que á partir de este día hubo en el Congreso fueron muy accidentadas, y algunas tomaron el carácter de borrascosas. Romero Robledo, Gasset, Figuerola y otros presentaron (1) una proposición pidiendo que se disolviesen las Cortes, una vez recibido el juramento al Rey, lo que produjo enérgicas protestas, no sólo de los republicanos, sino de los diputados de ideas conservadoras, como Ríos y Rosas, Cánovas del Castillo y D. Francisco Silvela; pero la proposición se aprobó por mayoría de votos, no sin que los individuos del Gobierno escuchasen de los republicanos y de los unionistas frases un tanto amargas.

Terminada la sesión de Cortes del día 27 de Diciembre de 1870, á las seis y cuarto de la tarde, se retiraba el General Prim al Palacio de Buenavista, donde, como ministro de la Guerra, tenía su residencia, cuando unos malvados, deteniendo el coche en que iba, le hicieron una descarga á quemarropa, produciéndole mortales heridas. Facilitó el atentado la copiosa nevada que estaba cayendo en aquellos momentos; apenas transitaba gente por las calles de la población, y menos aún por la del Turco (hoy Marqués de Cubas), donde se desarrolló el crimen, junto á las tapias del jardín de Riera, cerca de la calle de Alcalá.

Aquella misma noche nombró el Regente Presidente interino del Consejo de Ministros á D. Juan Bautista Topete, y al día siguiente se levantó éste en el Congreso á dar cuenta, con sentidas palabras, del acto criminal realizado contra el General Prim.

«Es triste y doloroso—decía,— que aquí, en la situación en que estamos, al cabo de los dos años que llevamos de revolución, del ejercicio más amplio y más completo de los derechos individuales, suceda lo que ha sucedido en el día de ayer, después de haber preparado la opinión (no hago alusiones de ninguna clase á ningún partido), llamando cobarde

---

(1) 19 Diciembre 1870.



al heroe de los Castillejos, llamando mal español al hombre de Méjico y llamando tirano al hombre que todo lo ha sacrificado, tranquilidad, fortuna y vida, en obsequio de la libertad. Así es como ha venido la tentativa de ayer; así es como se ha preparado el asesinato de ayer: se puede protestar, se puede decir todo lo que se quiera respecto del acto material de ayer; pero respecto de los medios que se han empleado para hacer odioso á la opinión al General Prim; respecto de las retenciones, de los folletos, de los periódicos, de las hojas sueltas para convencer al pueblo español de que él era el único enemigo de la libertad; respecto de eso, no cabe disculpa, porque los asesinatos, de la manera que ha venido el de ayer, no se preparan en un momento; necesitan la preparación que éste ha tenido, necesitan los auxiliares de que no me quiero ocupar ahora.» La alusión iba directa á Paul y Angulo y á su periódico *El Combate*.

El día 30, en la sesión verificada por la noche, y abierta á las diez y cuarto, Moret comunicó á las Cortes la triste nueva de la muerte del General Prim. Dedicáronle frases de elogio los representantes de todos los partidos: Olózaga, que ya era un orador decadente; Vinader, carlista, que terminó su discurso diciendo: ¡Dios le haya perdonado y le tenga en su santa gloria!; y, por fin, D. Eduardo Chao, en representación de la minoría republicana, que ensalzó las grandes prendas personales que habían adornado al difunto Marqués de los Castillejos.

El lunes 2 de Enero de 1871 (1), á las dos en punto de la

---

(1) Un día triste, nublado y frío. El piso de las calles estaba cubierto de nieve. Amadeo vino por la línea del ferrocarril del Mediodía; hizo su entrada á caballo, dirigiéndose, lo primero, á la iglesia de Atocha á visitar el cadáver de Prim; después fué al Congreso á prestar el juramento constitucional; luego al ministerio de la Guerra, donde residía la viuda del Marqués de los Castillejos, y después, por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor, se dirigió á Palacio. Nosotros le vimos, en compañía de reducido número de curiosos, junto al Arco de la Armería (hoy derruido), y puede asegurarse que en aquel paraje no hubo ni entusiasmo ni vivas.



tarde, se abrió la sesión para recibir el juramento al Rey Don Amadeo de Saboya. Éste, precedido por una Comisión de diputados, se presentó en el salón, oyó sentado á la derecha del Presidente, y bajo el dosel, la Constitución del Estado, leída por Llano y Persi; prestó el juramento de rúbrica y se dió por terminado el acto, entre vivas que el *Diario de Sesiones* califica de entusiastas.

Quedaron en sesión los señores diputados, y Ruiz Zorrilla, después de cuatro palabras alusivas al acto, pronunció la frase sacramental de *Quedan terminadas las tareas de las Cortes Constituyentes*.

Eran las tres de la tarde.

Las Cortes de Don Amadeo de Saboya.—Los primeros incidentes.  
Las reforma del Reglamento.—La Fábrica de Tapices.

Don Amadeo encargó la formación del Ministerio al General Serrano, y se constituyó el Gobierno, entrando Martos en Estado; Sagasta, en Gobernación, su cartera favorita; Ulloa (1), en Gracia y Justicia; Ruiz Zorrilla, en Fomento; Moret, en Hacienda; Ayala, en Ultramar; Beranger, en Marina, y en Guerra, el Presidente del Consejo. Se convocaron Cortes para el 3 de Abril de aquel año (2), y en este día se verificó la apertura, leyendo Amadeo un discurso de frases hechas, en el que aprovechaba la ocasión para demostrar su agradecimiento al país que lo había elegido. Se dió un viva al Rey *et rien de plus*.

(1) De D. Augusto Ulloa decía un periodista:

«Cualquiera en Madrid alcanza  
fama de hombre de talento  
con un gabán ceniciento,  
mucho voz y mucha panza.»

Entonces estaban de moda unos gabanes de color de ceniza, con cuello de terciopelo negro.

(2) 1871.



El Congreso acordó que rigiera interinamente el Reglamento, también interino, de 1854, y fué nombrado Presidente con el mismo carácter de interinidad D. Salustiano Olózaga. Aquí se promovió un ligero incidente, porque, según el artículo 9.º del Reglamento, concluída la votación de Presidente y de Secretarios, aquél y éstos debían ocupar sus puestos, no pudiendo hacerlo el Sr. Olózaga por no hallarse en el salón. Olózaga estaba enfermo, pero Sánchez Ruano no lo sabía ó fingió ignorarlo, pidiendo, para molestar al Gobierno ó quizá al propio D. Salustiano, que se anulase la elección de Presidente. Como la enfermedad de Olózaga era pasajera, y se contaba con que asistiese al día siguiente, Martín de Herrera, que presidía la sesión, la dió por terminada á las ocho y cuarto.

En la discusión del acta de Lucena, pueblo de la provincia de Castellón, fué proclamado diputado el Sr. Ríos Portilla contra el candidato conservador Sr. Conde de Chestè, que le disputaba el puesto. Combatió el acta, defendiendo al derrotado, el Conde de Toreno, y hubo de decir esta frase, que disgustó al Presidente del Consejo de Ministros: «El Sr. Duque de la Torre guarda tal vez cierta animosidad al Conde de Chestè, y por poco pudor político que se conceda al Duque de la Torre, ¿cómo he de creer yo que le fuera grata la presencia del Conde de Chestè en este sitio? (1).

Airado se levantó el Duque cuando le contaron lo que había dicho Toreno, pues estaba en el Senado mientras éste pronunciaba su discurso, y protestó enérgicamente contra lo que de él había manifestado el diputado conservador. Tan resentido estaba, que acabó su discurso diciendo: «El que me concede poco pudor político es indigno; al que me concede poco pudor político le reto como caballero, y permítanme los señores diputados que lo diga: le reto á duelo.»

Al oír esto, protestaron las minorías á grandes voces, y se produjo una confusión grande entre los diputados. Ródenas

---

(1) 26 Abril 1871.



pidió que se escribieran las palabras de Serrano, y Nocedal que se leyera el título del Código penal que estaba encabezado con el epígrafe: *De los duelos*. El duque de la Torre se rectificó diciendo: «Le reto, digo, á duelo aquí, en la esfera moral y política, para demostrarle su injusticia, porque yo sé muy bien que las cosas de hombre á hombre se tratan fuera de este sitio.» Toreno explicó sus palabras; Nocedal terció de amigable componedor en el asunto, y quedó terminado el incidente parlamentario.

Se produjo otro en la discusión del acta del distrito de Tudela (Navarra), por donde había salido triunfante el Sr. Alonso Colmenares, ministerial y derrotado el carlista D. Mauricio Bobadilla. Un diputado del mismo partido, el Sr. Echevarría, defendió á Bobadilla, y en su discurso intercaló tres frases que produjeron sucesivamente tres llamadas al orden por el señor Presidente (1).

«Tenemos—decía el diputado—el derecho de hablar de carlistas y del Rey que nos...»

La campanilla del Presidente no le dejó concluir la frase.

«Tenemos el derecho de emitir libremente nuestras opiniones, ya á favor de la monarquía tradicional, ya á favor de la república, á fin de preparar la reforma de la Constitución, porque no está cerrado el período constituyente...»

Segundo campanillazo.

«Van á venir, Sr. Presidente, debates solemnes, en los que hemos de discutir la contestación que se ha de dar á un discurso eminentemente personal del Príncipe que ocupa el Trono, y nos interesa que quede perfectamente declarado hasta dónde llega nuestro derecho, y qué es lo que se entiende por...»

Tercero y último campanillazo, seguido de un rúpice del Presidente que propuso *ipso facto* que se le retirase la palabra al Sr. Echevarría.

Confusión espantosa. Varios diputados piden que la vota-

---

(1) 29 Abril 1871.



ción sea nominal; otros reclaman á la vez la palabra, pronunciando frases que no se entienden por efecto de aquel barullo, y gritan desaforadamente Figueras, Soler, Díaz Quintero y Morayta. Principia la votación en medio de la mayor agitación y de las voces de los que piden la palabra ó la lectura de artículos del Reglamento. Se retiran del salón muchos diputados republicanos, declarando á voces Morayta que lo hacían por no tomar parte en la votación; y 157 señores, contra 10, acordaron que á Echevarría se le suspendiese en el uso de la palabra.

Castelar presentó un voto de censura contra D. Salustiano, pero no fué admitido.

En 13 de Mayo de 1871 quedó constituido el Congreso, nombrándose á Olózaga Presidente por 161 votos, con 114 papeletas en blanco, y Vicepresidentes Martín de Herrera, Montero Ríos, Becerra y Alvareda, obteniendo respectivamente cada uno 275, 152, 140 y 151 votos. El número considerable de votos que obtuvo Martín de Herrera, obedece á que le apoyaban los conservadores, que votaban en blanco á los candidatos progresistas.

\*  
\*  
\*

La Comisión encargada de estudiar y formular el Reglamento definitivo del Congreso (1), compuesta de Martín de Herrera, Pasarón y Lastra, Montero Ríos, D. Sabino Herrero y el Marqués de Sardoal, dictaminó en 19 de Mayo de 1871, como preparación, quizá inusitada, del cometido que tenía á su cargo, que «las proposiciones que tuvieran por objeto la reforma de la Constitución, ó de alguno de sus artículos, no podrían ser presentadas al Congreso sin estar autorizadas por la mayoría de las Secciones»; y á mayor abundamiento, Becerra, Gasset y Moreno Nieto presentaron otra proposición pidiendo que «mientras no se resolviese lo que el Congreso estimase conveniente res-

---

(1) Se regía por el del año 1854.



pecto del dictamen antes mencionado, no se diera curso á ninguna proposición en este sentido».

El juego estaba claro. En tanto que no se aprobase ó se desechase el dictamen sobre la reforma del Reglamento, que interesaba sólo al art. 56, la proposición de Becerra y sus amigos resultaba de una oportunidad muy discutible, aprovechando esta ocasión las oposiciones para armar un revuelo espantoso. Becerra intentó hablar para defender su proposición; pero las voces de los diputados de las oposiciones le interrumpían constantemente y no permitieron oírle, sin que Olózaga pudiera restablecer el orden. Por fin, después de esperar largo rato, mientras duraba la agitación, esforzó Becerra la voz y pronunció un breve discurso, del cual nada pudieron entender los taquígrafos. Como el Gobierno tenía interés en que la proposición de Becerra se tomase en consideración, se procedió á votarla obteniendo 152 votos contra 17, pero en medio de un barullo indescriptible. Unos diputados hablaban, otros pedían la lectura de artículos del Reglamento, y muchos entraban y salían en la sala, aumentando la confusión.

Ni aquel día (1) ni en el siguiente, pudo discutirse la proposición de Becerra, por efecto de la obstrucción de las oposiciones confabuladas, y hubo que apelar al recurso de una sesión permanente, que comenzó á las ocho de la mañana del día 24 de Mayo y terminó á las diez y cuarto de la noche, aprobándose por 143 votos contra 28, entre los que figuraban Esteban Collantes, Toreno, Fabié, Elduayen, Cánovas, Silvela (don-Francisco), Vega de Armijo, Suárez Inclán y Ríos Rosas. Los republicanos no tomaron parte en la votación.

El dictamen de la Comisión, sobre reforma del art. 56 del Reglamento del Congreso, también se aprobó, tras largo debate, en 29 de Mayo de 1871.

\*  
\* \*

---

(1) 22 Mayo 1871.



Cruzada Villamil, presentó (1) con Reig, López Guijarro y el Marqués de Sardoal, una proposición declarando comprendida entre los bienes que formaban el patrimonio de la Corona la Fábrica de Tapices. Había salido ésta á subasta en el mes de Abril; pero no habiéndose presentado postor, se volvió á anunciar la subasta para el mes de Junio. El terreno que la Fábrica ocupaba era un promontorio en las afueras de Madrid, próximo á lo que fué Puerta de Santa Bárbara, y casi lindando con la Cárcel de hombres conocida por el *Saladero*. La Fábrica, con sus dependencias, ocupaba una extensión de 100.000 pies, quedando más de 200.000 sin uso determinado, para que el Estado pudiera venderlos en pequeños lotes y urbanizar aquella parte.

Cruzada Villamil hizo, de camino, la historia de la Fábrica de Tapices. Contó que la manufactura tapicera había comenzado á desarrollarse en Salamanca; que cuando Carlos V vino á España trajo consigo un tapicero flamenco, llamado Juan de Nicolai, que montó en la Casa Real un taller, utilizando los obreros de Salamanca.

«A mediados del reinado de Felipe IV, esta industria española había adquirido mayor preponderancia, pues vemos algunos fabricantes y maestros salmantinos trasladarse á Madrid á impetrar del Rey que se les facilitara una casa para plantear en ella una fábrica. Dióseles una que pertenecía al Patrimonio, en la calle de Santa Isabel. Todos vosotros conocéis una estancia de esta casa, porque ¿quién no ha admirado el cuadro de *Las hilanderas*, pintado por Velázquez? Pues ese cuadro es una prueba inconcusa del estado en que se hallaba la Fábrica de Tapices de Madrid en aquel tiempo. Ese cuadro, señores diputados, manifiesta que la manufactura tapicera existía en Madrid, porque si bien lo habéis examinado, habréis visto que lo que en él se reproduce no es una escena de las operaciones de *retupir* y *limpiar*, como se dice en términos

---

(1) 26 Mayo 1871.



técnicos, sino que es una operación de *obra nueva*, de verdadera fabricación.»

Dijo también Cruzada Villamil que, durante el reinado de Carlos II, los tapiceros salamanquinos solicitaron algún apoyo para su industria; pero nada consiguieron, á causa de la precaria situación del Tesoro.

Felipe V, por instigaciones del ministro D. José Patiño, se decidió á montar un gran taller en Madrid, con destino á las necesidades de la Real Casa, para lo cual se contrató á Vandergoten, hábil tapicero de Flandes, con el objeto de que se estableciese en esta corte, no sin la oposición de las autoridades de aquel país, que le prendieron, cerraron su fábrica y sequestraron sus telares. Por fin, la astucia de Vandergoten y la protección decidida del Rey de España, consiguieron que el tapicero escapara de su prisión, y se estableciera en Madrid, primeramente; luego en Sevilla, cuando en 1727 residió la Corte en aquella ciudad, y, por último, otra vez en Madrid, instalándose definitivamente en la casa que llamaban *del Abreviador*, porque la había ocupado un eclesiástico encargado de despachar los Breves á Roma. En este edificio se instaló el *telar alto*, con arreglo al nuevo sistema de fabricación que traía Vandergoten de su país, dejando el primitivo local de la calle de Santa Isabel para el *telar bajo*, ó sea el antiguo sistema empleado por los tapiceros salamanquinos. Carlos III dió nuevo impulso á la Fábrica, encargando á Mengs que la dirigiera; pero Mengs no encontró en España pintores que interpretaran su pensamiento para formar los *cartones* de los tapices, y tuvo que echar mano de los italianos que estaban á la sazón decorando los techos del Palacio Real.

Floridablanca hizo que se llamase á Goya para pintar originales con destino á la tapicería de Palacio; pero todo se paralizó á causa de la guerra de la Independencia. Sin embargo, Fernando VII, cuando volvió á España, habiéndosele presentado un descendiente de Vandergoten, exponiéndole el estado de abandono de la Fábrica, mandó que se principiara á traba-





jar inmediatamente, reproduciendo obras de Goya. «¿Y sabéis la noble y magnánima conducta que este Rey, antimagnánimo en todo lo demás, siguió con Goya? Pues Goya que se encontraba en España, y que, ¡dolor grande me causa decirlo, pero lo diré porque es verdad!; Goya, que había sido afrancesado, fué mandado llamar por el Rey, y éste le dijo: *Te vuelvo tus honores, te vuelvo tus pensiones*; y aun es fama que añadió: *seguirás siendo mi primer pintor de Cámara, mi primer artista, aunque como español debiera ahorcarte.*»

Elogiando la rica colección de tapices del Patrimonio, decía Cruzada Villamil:

«Existe guardada en los sótanos de Palacio una riqueza inmensa; y tanta, que ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Italia, la riqueza en este ramo del arte, no es, y no exagero, ni la décima parte, en cantidad y en calidad, toda ella reunida, de la que hay encerrada en los sótanos del Palacio de Madrid, y colgada en las paredes de los aposentos de los Reales Sitios. Allí se conservan los mismos tapices con que los Reyes Católicos colgaban su oratorio en los Alcázares; allí hay todavía los grandes tapices de la *Apocalipsi*, únicos en el mundo; allí los mejores de Arras, del siglo xv; allí las empresas de Túnez y la Goleta, mandados tejer para España en los Países-Bajos; allí las batallas del Archiduque Alberto; tapices que son todos ellos cuadros históricos importantes, en que están los retratos de los grandes capitanes y de los soldados de nuestros tercios que en aquellas batallas se encontraron; allí hallamos además los grandes tapices de Alberto Durero, de Vander-Weiden y todos los mejores pintores flamencos; allí los llamados de Rafael, que se conocen con el nombre de *Hechos de los Apóstoles*, copias de los que ocupan una de las galerías bajas del Vaticano, pero en mejor estado de conservación que los originales mismos que Felipe II hizo tejer para ponerlos en El Escorial, y aquí, en fin, las más artísticas y bellas colecciones de adornos y grutescos del más clásico ornato.»



.....

«Los tapices, como toda obra de arte que no está producida en materias duras, han menester restauración continua, han menester de una conservación especial; y si desaparece esta Fábrica, que continuamente está produciendo buenos *retapidores*, porque antes hace buenos *tapiceros*, es imposible que nazcan obreros que puedan llegar á restaurar aquella riqueza.»

La proposición fué tomada en consideración, y pasó á las secciones para nombramiento de Comisión al efecto.

El discurso de Cruzada Villamil se oyó con mucho interés por los diputados, y se comentó favorablemente en los cafés por los aficionados á las Bellas Artes.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)



## ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

---

### EL ASNO DE CARLO DOTTORI Y EL QUIJOTE

---

*El asno asustará á las gentes,  
sirviéndonos de trompeta.*

LA FONTAINE.

*Y como un rebuzno de asno sa-  
tisfecho—tenía de trompa la mar-  
cial invitación.*

*L'Asino, IV, 2.*

¿Quién no sabe que el asno tiene una vasta literatura? En el Antiguo y en el Nuevo Testamento se nos aparece en varias ocasiones como un honrado animal, y hasta algo más todavía, si recordamos la Burra de Balaam; Luciano nos dió un *Asno*, cuyo rebuzno resonó en todos los ámbitos de la tierra; Apuleyo tiene también un *Asno* refundido por Tirenzuóla; Pontano creó un *Asno* excelentísimo, en pleno Renacimiento; un *Asno* (ó, mejor dicho, medio asno) nos dará Maquiavelo; un *Asno*, M. Colombo; un *Asno*, Guerrazzi; un *Asno muerto*, J. Janín; en ningún siglo, en fin, hay nunca penuria... de asnerías.

*Luego se debe á los asnos...*

*gloria y hosanna.*

Sin duda, es conocido del mundo entero el burro de Sancho Panza:

Sobre él anduvo (con perdón se miente)

Este manso escudero, tras el manso

Caballo Rocinante y tras su dueño;



¿pero quién conoce el *Asno*, poema heroico cómico de C. de Dottori de Padua? (1).

Casi solamente es conocido de los literatos, á lo menos por vía indirecta, esta buena obra, no indigna, á la verdad, de figurar al lado de la *Secchia Rapita*; y he aquí en pocas palabras la urdimbre del poema.

Vivían los paduanos y vicentinos  
 (Bien lo sabéis) en mucha paz y amor;  
 Y se prestaban, como buenos vecinos

favores mutuos; pero el diablo no se duerme; y en un encuentro entre vicentinos y paduanos, ocasionado por el saqueo de Vagiano, el estandarte de los primeros (*un asno azul en campo de oro*) cayó en poder de los enemigos. He aquí que una embajada de Vicenza estaba en negociaciones para la restitución del *Asno*; cuando un fingido rebuzno, lanzado por la pilluela chiquillería, lo echó todo á rodar. De aquí una guerra formidable: están por Vicenza los veroneses y Ezzelino; Azzo de Este es nombrado General en jefe de los paduanos. La suerte de las armas es al principio favorable á los vicentinos, que vuelven triunfantes á su ciudad; mientras que en Padua, Tinca, para ultrajar á los enemigos, expone en las horcas la insignia asnal que es ocasióm de tanta lucha. Esta se hace naturalmente más enconada, y Chontegalda cae en manos de Azzo; mientras que Ordano Mussati, vicentino, deja intacto el castillo del Tao, fascinado por los encantos de una dama, Elisa, que aparece oportunamente para refrenar con sus gracias el furor de los enemigos. Canfredolo, que cayó en poder de los

(1) Nació en 1612; murió en 1686.—Me valgo de una edición paduana de 1796: *l'Asino*.—Poema heroico cómico del co. Carlo Dottori, con los argumentos de A. Zacco y las anotaciones del co. S. Orsato—4.<sup>a</sup> edición, revisada y mejorada, á la que acompaña una Memoria del señor ab. G. Genari, sobre la vida y las obras del autor. El ejemplar leído por mí es uno de los tres elegantes impresos en papel ceniza.



vicentinos, es rescatado por los paduanos; pero Azzo es herido en el rudo combate de Carmíguano; y, tras una tregua de ocho días, mientras que Stretto mide en otra parte sus fuerzas con los vicentinos, el castillo concluye por ceder al ímpetu de los asaltantes. Ya los vencidos están decididos á recurrir á una nueva batalla, cuando, por mediación de los *Rettori* de Lombardía y de Pedro del Alamo, se pacta la paz.

Sobre esta sencillísima trama hay tejidos episodios varios y curiosos (aventuras de amor, disfraces, reconocimientos), sin que falte tampoco la parte sobrenatural.

Ahora bien; es indudable que, aparte la causa de la reanudación de la guerra, ó sea el fingido rebuzno, que agría el odio, *Don Quijote* es completamente extraño á la urdimbre general del *Asino*; no faltan, sin embargo, detalles y episodios, que encuentran semejanza en la novela española.

Notaba Busetto, que ha estudiado la vida y la obra de Carlo Dottori, en un grueso volumen, del que el *Giornale Storico* dice que «no se podría haber deseado nada mejor», no sospechó, en efecto, en el *Asno* la influencia de Cervantes; y solamente, al hablar de Tinca, observa que se *bamboleaba* «sobre un flaco rocín, con espada y lanza», á lo *Don Quijote*, como dice en el siguiente verso:

Que parecía Don Quijote de la Mancha (1).

Después de Busetto, el inteligente hispanófilo E. Mela, en su artículo: «Per la fortuna del Cervantes in Italia nel seicento», entre los escritos, sobre los que flota la figura del caballero de la Mancha, cita el *Asno* de Dottori, y cita estos tres versos, que se refieren á Tinca:

Ridículo de aspecto y atavíos,  
Sobre un flaco rocín, con espada y lanza,  
Que parecía Don Quijote de la Mancha.

---

(1) De la misma entidad es la observación que hizo á este propósito Belloni, en su *Seicento*.



Ciertamente, en el *Asno* la figura quijotesca más saliente es la de Tinca, cosa que no puede pasar inadvertida á ningún lector, mucho más con la explícita declaración del poeta mismo.

He aquí cómo se nos aparece el extraño guerrero en el canto V del poema:

(3)

Hacia de pirata y era infante—y se *pavoneaba con títulos del aire*,—Que su rostro semejante al de un bandido,—Hacia le presentarse como listo.—Ofrecíase á caballo,—*Ridículo de aspecto y atavíos*,—*Sobre un flaco rocín con espada y lanza*—*Que parecía Don Quijote de la Mancha*.

(4)

*Decía á menudo querer realizar grandes cosas*.—Y á veces caminaba así armado,—Seguido por gentuza,—Acompañado por los aplausos de la chusma.—Al poco tiempo se quitó el sayal,—Y se le ocurrió ser soldado,—Azzo llegó á Padua con sus gente,—Y del banco el Gonfalon obtuvo.

(5)

.....  
Ahora bien; en lo más animado de las fiestas—Tuvo Tinca una idea extravagante,—Para señalar el día aquel con una muestra—De su ánimo, que fuese noble y nueva.

(6)

Corrió arrogantemente al asno robado,—Y lo sacó del lugar en donde estaba;—Siguióle el loco vulgo alborozado—Aplaudiendo lo que hacer quería.—Estaban en la plaza (en donde aún se encuentra el sitio)—Las fuerzas formadas, como lo había dispuesto—Para obtener la militar licencia—Messer Jacop Stretto de Plasencia.



(7)

Corrió el gran Tinca (¡oh, memorable hecho!)—A las horcas, y allí colgó el trofeo.—Esto agradó al vulgo; río, y por el gran acto—Tributaba aplausos y alabanzas;—No quiso oír los consejos y razones—De alguien, que por lo hecho le reprendiera;—Y fué necesario dejar allí mucho tiempo el trofeo, porque nadie se atrevía á quitarlo.

(8)

*Da entonces pasos de capitán español*—El Tinca, y luego se vuelve y mira;—Tiene la capa alzada con la espada,—Y *habla de haber conquistado la India*.—Rodéala un inmenso público de tenderos—y la chiquillería más desvergonzada,—que en desvergüenzas y tirar piedras—Supera con mucho á todas las demás de Italia.

También, en el canto VII, el mismo Tinca, que primero huye y después hace el bravucón, parece casi una caricatura de Don Quijote; é igualmente (canto XI) recuerda la novela de Cervantes (1) el lavativazo de espíritu de vino que el tendero, acercándose á Tinca, aplica al corcel, el cual se pone furioso y cocea como un mulo, mientras que el pobre caballero Tinca concluye por morder el polvo, dando grandes gritos.

Alguien podrá observar, sin embargo, que el verdadero personaje quijotesco del *Asno* es el *Conde de Culagna*, el cual declara:

*Aquel Don Quijote en armas tan soberano,—Príncipe de los*

---

(1) *Quijote*, II, 41 «... por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.» Mejor todavía concuerda con esta aventura de Tinca la del cap. 61, II, en que Don Quijote, al entrar en Barcelona, se cae del caballo, por el prurito que provocaren al rocín los manojos de aliagas que bajo la cola le pusieron los muchachos. Véase también 11, II: *De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.*



*Andantes y de los Héroes*,—Engendró de extranjera ínclita madre,—A Don Fletegante el hermoso, que fué mi padre.

Pero existen otras pruebas para sentar, casi con seguridad, que Dottori había leído la obra de Cervantes, de la que hubo de servirse en algunos accesorios de su trabajo; si no es que, hasta la idea del poema naciese también del *Quijote*.

Desde el canto primero, vemos á Marte desde largo tiempo ocioso, que ha descuidado sus armas en las mismas lamentables condiciones que las de Don Quijote, el hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua...; «cuyas armas, tomadas de orín y llenas de mohó, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón».

Estaba el escudo detrás de unas banquetas,—Lleno el borde de manchas de ratones,—Y la coraza, reluciente y bella,—Colgaba en compañía de una sartén.

Los lectores del *Quijote* se acordarán de Sancho Panza, que pone los requesones en el yelmo de su señor. Ahora bien; en Dottori, el burlón de Baco llena de buñuelos la celada del dios de la guerra.

Observad la figura de Tullio y de su caballo:

(10)

*Tenia poco menos de cincuenta años,—De secas piernas y cóncavas mejillas;—Y se cuenta de él que no se atrevía—A salir nunca, cuando Aquilón soplabá.*

(12)

Se calculó que su caballo—Tendría unas treinta libras de peso...

¿No parece tener aquí, ante los ojos, al Caballero de la Triste Figura con su Rocinaute, *qui tantum pellis et ossa fuit?* «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro...»

En el canto VI, el Barbero huye de la ira del asaltante Ordano

E. M.—Agosto 1911

5



Con una bacía en la cabeza;  
 Y en el VII, Orinda, armada con  
 «...un yelmo con su cimera—Y una coraza bastante enmohecida,  
 sale furtivamente de la casa antes del amanecer, en compañía  
 de un criada disfrazada de escudero; corre mil peligros y rea-  
 liza prodigios de valor para su Erasto».

El caballero de la Mancha, que ha tomado los carneros y  
 ovejas por guerreros, impulsado por bélico ardor, lánzase im-  
 pávido sobre los imaginarios enemigos, gritando desaforada-  
 mente: «A dónde estás, soberbio Alifanfarrón? Vente á mí, que  
 un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar las fuer-  
 zas...» Pero he aquí que «una peladilla de arroyo» «le sepultó  
 dos costillas en el cuerpo», y «llegó otra almendra», «lleván-  
 dole de camino tres ó cuatro muelas de la boca». Si queréis  
 asistir á un parecido espectáculo, leed los siguientes versos del  
 canto VIII:

(25)

El caporal de los guantes, un Medaglioni—De gran estatu-  
 ra y con la voz gruesa,—Se adelantó con mucho estrépito,—Y  
 gritaba, lanzando retos:—Vosotros, follones—que tenéis roja  
 la punta de la nariz,—Avanzad, un Medaglioni os reta;—A  
 uno, á dos, y á todos y á quien los manda.

(26)

Mientras así razona, un maldito—Canto se le mete en la  
 garganta,—Y él se retuerce con despecho,—Y escupe sangre y  
 pierde la palabra.

Por último, el enredarse, en un mismo bosque, las aventu-  
 ras de Orinda, que sigue las huellas de su Erasto, con las de  
 Elisa que, disfrazada, va en busca del querido Ordano; y la  
 solución final, por la que se hace que Ordano se case con Elisa  
 y Erasto con Orinda, ¿no son acontecimientos que nos condu-  
 cen en cierto modo, á Cardenio y Lucinda, á Fernando y Do-  
 rotea?



Cierto es que en todos los encuentros dichos no se da, en modo alguno, esa semejanza formal, que sería el indicio de derivación más seguro; pero, ¿quién no ve, sin embargo, aumentada la serie de los argumentos, que militan á favor de nuestra tesis?

Si nos pusiéramos á buscar semejante acopio de probables fuentes quijotescas en la *Secchia rápida (el Cubo robado)*, fuera del Conde de Culagna y algún otro detalle quizá, nada se encontraría en el poema de Tassani que revelara la influencia del *Quijote*; por esto, aunque Dottori siguiera las huellas del mudenés, en lo que concierne al elemento, que se puede creer procedente del *Quijote*, atúvose tal vez á la novela española.

Esta, como dice Ríus (1), vió la luz con su ropaje original, en Milán, en 1610; y de 1622 á 1625, Franciosini publicaba la versión italiana de la novela de Cervantes, la cual fué reimpressa por primera vez en Venecia, en el mismo año de 1625, y por segunda vez en Roma, en 1677.

La versión, nada perfecta, de Franciosini, fué muy bien acogida en Italia, y ciertamente contribuyó á acrecentar la inspiración cervantesca, de la que encontramos huellas en un buen número de obras de aquel siglo, como en las *Trastulli della Villa*, de C. Scaligeri de la Trata; en los *Dialoghi del Forastiero*, de G. C. Capacio (1634); en *Verruvaide* (de Anónimo); en la *Segretaria di Apollo* (1653); en el *Libro dell'Arte Rappresentativa*, etc., de Perrucci (1699). En 1680, hecho que se ha repetido recientemente con el *Don Quijote* de Massenot (2), representóse en el Teatro Canal Regio, de Venecia, un drama titulado *Don Chisciotte della Mancia*, versificado por Mr. Morossini y música de C. Sajon.

También es cosa digna de notarse, aun cuando pueda parecer extraña, que no solamente publicó, igualmente Dottori,

(1) *Bibliografía crítica de las obras de M. de Cervantes*. Madrid, Barcelona, 1895-1905.

(2) La ópera se estrenó en el teatro del Casino de Montecarlo, en los primeros meses de 1910.



una *Galatea* que no se parece, sin embargo, por lo que he podido indagar, á la obra homónima de Cervantes, y un *Parnaso*, aunque de trama muy diferente de la urdida por el gran español (1), sino que la primera obra del poeta paduano, *Alfenoro*, tiene relación de contenido con la última obra de Cervantes, *Persiles y Segismunda*.

En el *Alfenoro*, en efecto, novela que Dottori compuso alrededor de los veinte años, dos príncipes consortes, obligados á huir de Etruria, fingiéndose hermanos, llegan á la corte del rey de los Carni. Allí, Alcanoro, príncipe real, se prenda de la bella extranjera; pero Etalia, fiel á su marido, se aleja de allí con él. También Alcanoro deja la corte en compañía de un sirviente, y tropieza con bastantes curiosas aventuras; mientras que Etalia y Alfenora concluyen por hacerse pastores, enamorados de los bosques. He aquí que Alcanoro, asaltado por los corsarios, mata á Tosmir, su jefe, y liberta al joven Tesbio, el cual se revela como la princesa Statira, en quien, más adelante, Alfenoro reconocerá á su propia hermana. Habiendo quedado huérfanos, por la mala voluntad de Galón, príncipe de Sicilia, Alfenoro encontró hospitalidad cerca del rey de Etruria, y Statira quedó en poder de los ladrones. La muchacha concluye por casarse con Alcanoro; Alfenoro recupera el trono de Etruria.

La novela de Cervantes tiene un principio y un fin, que se pueden decir idénticos á los de *Alfenoro: Persiles y Segismunda*, dos príncipes amantes, son expulsados de la patria, y se hacen pasar por hermano y hermana. Segismunda, caída en poder de los corsarios, llega como esclava á la corte de Dinamarca, en donde el príncipe heredero, Arnaldo, se enamora de ella. Huye, y es encontrada entre los bárbaros por su Persiles, con el que corre infinidad de aventuras. También el anciano rey Policarpo suspira ardientemente por Segismunda, mientras que Sinforosa, hija del rey, se apasiona de Persiles;

(1) *El Viaje al Parnaso*, de Cervantes, vió la luz en Milán, en 1624.



aquí se repite, punto por punto, el mismo motivo, que ya hemos visto al principio. Las otras peregrinaciones de los dos amantes no tienen interés para nosotros, salvo el encuentro de Segismunda con Arnaldo, que tanto errara sobre sus huellas; sólo diré que la princesa, la cual, como observa bien A. Savj-López, se parece tanto á la Lucía mancomiana, al consagrarse á Dios en un peligro de momento, vierte en el alma del padre amante las mismas amarguras que experimentará más adelante en el Lazareto, el fiel Benzo. Pero he aquí el fin, la calma, las bodas, la felicidad.

Además del asunto principal (doble en Dottori para los casos de Alfenoro y Etalia, Alcanoro y Statina), las dos novelas se parecen en estar ambas constituídas por una copiosidad hidrópica de narraciones y episodios, que dan á las dos obras el aspecto casi de una cadena de novelas; sin embargo, ciertas cualidades comunes son debidas, sin duda, al carácter de los tiempos, como la reserva y la castidad de los personajes (nos encontramos todavía próximos al Concilio de Trento) y el elemento idílico. Ciertamente, Dottori podía encontrar á porfía modelos de novelas heroico-galantes, bastante conocidas, desde la Caritea y el Palesandro de Gomberrille (1621 y 1672), hasta al Ibraim de madame De Sandery (1641); en sus narraciones se nota además la demostración de un tema propuesto, como ocurre en casi todos los novelistas del siglo XVII; pero ¿no podría también nuestro Cervantes haber tenido parte en la inspiración?

Todas las precedentes consideraciones me confirman en la opinión de que á Dottori pudo ocurrírsele la primera idea de su *Asno* por la lectura de los capítulos 25 y 27 (II.P.) del *Quijote*, en los que se pone donosamente en ridículo á dos pueblos en lucha entre sí, por la causa prima de un burro perdido y los consiguientes rebuznos humanos. En pocas páginas, Cervantes esboza un verdadero poema heroico cómico; un regidor de un lugar ha perdido un asno, y otro regidor del mismo pueblo llega á decirle que ha visto el asno errante y hura-



ño por el monte. Ambos, que saben imitar perfectamente la llamada del burro, se dirigen al lugar indicado, y yendo el uno por una parte del monte y el otro por otra, empezaron á rebuznar de trecho en trecho, seguros de que el asno respondería, si es que estaba en el monte. Pero los dos amigos rebuznan tan perfectamente, que, engañados ambos, corren el uno al encuentro del otro creyendo habérselas con el jumento; y, sorprendidos de lo raro del caso, alabábanse recíprocamente su habilidad... «se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznaran dos veces una tras otra...» «Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos»? Y en el libro de Cervantes se sigue leyendo: «Con esto, desconsolados y roncós, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonadas, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, enviando á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en el rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formando escuadras, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, sin temor ni vergüenza.» Un día, Don Quijote «oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces»; y desde lo alto de una loma «vió al pie della, á



su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas», y vió las banderas; le llamó especialmente la atención una, en la cual «estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

«No rebuznaron en balde  
el uno y el otro alcalde.»

Apenas conoció Don Quijote que aquellos soldados eran del pueblo del rebuzno, de que había oído hablar, y que se encontraba en armas contra un país que se mostraba poco correcto en su insistente burla, juzgó que la ocasión era oportuna para enderezar tuertos; y, alzada la visera, presentándose como caballero andante, empezó un sabio discurso, avalorado con el concurso de la historia, y dedujo que, no ya por fútiles motivos, sino por pocas plausibles razones solamente, se deben «desenvainar las espadas y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria». Pero tomar las armas, «por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso». Así, pues, los de la tierra de los Rebuznos debían deponer las armas, por ley divina y humana. A la elocuencia de su señor quiso añadir algunas joviales palabras Sancho; pero, demasiado sencillo, al mostrar su habilidad en rebuznar, obtuvo el mismo efecto que los chicuelos de Padua, cuando saludaron con rebuznos á los embajadores de Vicenza, llegados para ne-



gociar la paz. Y he aquí con un buen varapalo á Sancho; en fuga Don Quijote, entre una nube de piedras; y el pequeño ejército que persiste en su estúpido propósito y permanece firme en espera del odiado enemigo, que, con sentido mejor, no se presentará á la lucha.

Dos pueblos enemistados por un rebuzno (¡cuánto humorismo en esta fantasía de Cervantes!); un asno rebuznando por enseña: el rebuzno de Sancho que malogra todo el sermón de Don Quijote; el pueblo armado, la batalla que se cree próxima; ¿no es todo esto una parte, es decir, la primera del poeta heroico cómico de Dottori? ¿Y si Cervantes, con su esbozo de poema, hubiese inspirado á otros poetas nuestros en el español Seiscientos? Se observará que la enseña del *Asno* es histórica; que histórico, ó al menos legendario, es el rapto de ella; que también en Tasconi aparece la divisa del asno; pero, después de todas las precedentes analogías y consideraciones, ¿se nos tachará de ligereza, si consideramos probable (*digo probable*) que el *Asno* de Dottori sea hermano, ó pariente más ó menos cercano del de Don Quijote?

He pretendido en vano examinar las armas de Mussati; en vano he pedido muestras heráldicas vicentinas y paduanas; pero, si hubiese podido estudiar las circunstancias del asno que campea en las armas de Mussati, me hubiese sido posible establecer si Dottori describe minuciosamente el animal, tal como se encuentra en ese escudo, ó bien si las particularidades, completamente idénticas á las del asno del *Quijote*, pueden ser un argumento más para mi asunto.

He aquí la descripción de Dottori; compáresela con la anterior de Cervantes:

Está sobre las patas traseras, y tiene las otras alzadas,—Exaltado, y abierta la boca y las narices—Como el que parece que canta—Alegremente, y aprende un baile.—No sé si Arcadia ó la *Isla Asnaria*—Alimentase nunca semejantes asnos;—No creo que Apuleyo estuviese tan gentil—Cuando le trocó enas no el licor mágico.



---

Doy fin á mis indagaciones; y si alguien tuviese la amabilidad de observar que también yo he hecho un poquitín el asno con mis disquisiciones, le contestaré que la Burra de Balaam, aunque burra, algo honró á su profeta, como yo creo haberlo hecho también al gran Cervantes.

M. A. GARRONE



# ASTRID

---

Entre las dependencias inferiores de las antiguas mansiones reales de Upsal, alzabase la Torre de las Vírgenes. Estaba construída sobre estacas como un palomar. Subíase á ella por una escalera que parecía una escala, y se entraba por una puerta que parecía una trampa. Las paredes, cubiertas de hiedra, hablaban de amor y de languidez apasionada. En el antepecho de las ventanucas, el desgaste de la madera había formado unos hoyuelos redondos, porque las doncellas asomábanse á menudo con los codos puestos para mirar al patio.

Llevaba unos días de ser huésped del palacio el anciano bardo Hjalte, y diariamente subía á la torre de las mujeres é iba á las habitaciones de la princesa Ingegerd, para hablarle del rey de Noruega, Olaf Haraldson. Y siempre que iba, Astrid la esclava de Ingegerd, escuchaba sentada al bardo con tanto gusto como la princesa. Mientras que Hjalte hablaba, las dos jóvenes le escuchaban tan ávidamente, que dejaban caer la labor sobre las rodillas y permanecían con las manos ociosas. Quien las hubiera visto entonces, no hubiera creído nunca que se trabajaba en la torre de las mujeres. Recogían las palabras de Hjalte como si hubieran sido hebras de seda, y con ellas tejían las dos jóvenes, como brillantes fantasmagorías, sendas imágenes del rey Olaf.

La imagen de la princesa era tan bella, que la joven hubie-



ra querido ponerse de rodillas para adorarla. Veía ella al rey, majestuoso y coronado, sentado en un trono. Un manto rojo, bordado de oro, descendía desde sus hombros hasta sus pies. No tenía la espada en la mano, sino unas Sagradas Escrituras; y su trono estaba sostenido por un Troll domado. Blanco como la cera, el rostro del rey resplandecía, entre sedosos rizos, vuelto hacia la princesa. La paz y la piedad lucían en sus ojos. Sentíase ella asustada casi ante el sobrehumano resplandor que irradiaba de aquel rostro pálido. Comprendía que el rey Olaf no era solamente un rey, sino que era un santo y el igual de los ángeles.

Astrid, la rubia esclava, que había sentido el frío y el hambre y sufrido muchas penalidades, y que, sin embargo, llenaba la casa con sus risas y su alegría, imaginábase de manera muy distinta al rey. No podía remediarlo. Cada vez que se hablaba de él, creía ver ella al hijo del leñador que, al atardecer, salía del bosque con el hacha al hombro. «¡Te veo, te veo también!»—decía Astrid á la imagen.—No eres alto, pero sí ancho de hombros y fuerte y ligero. Cuando has pasado todo el día en la penumbra del bosque, y sales al camino, te pones á reír y á saltar, y la última distancia la salvas en unos cuantos saltos. Tus dientes brillan, tus cabellos flotan. Me gusta verte. Te veo. Tienes la cara blanca y sonrosada, y unas manchas sanguíneas en la nariz. Tus ojos azules se ponen sombríos y tristes en las profundidades del bosque; pero, en cuanto descubres la cabaña en el fondo del valle, se iluminan y se enternecen. En cuanto descubres tu cabaña en el fondo del valle, te quitas la gorrilla, saludas y me descubres tu frente. ¿No le estaría bien á un rey una frente así? ¿No podría una frente así llevar el yelmo y la corona?»

Por diferentes que fuesen estas dos imágenes, la primera suponía más alto en su amor al santo rey, cuya figura evocaba, que la pobre esclava al apuesto mozo que venía hacia ella desde el fondo del bosque. Y si el bardo Hjalte hubiera visto las dos imágenes, seguramente que hubiera alabado á las dos.



Ambas se parecen al rey, hubiera dicho, porque el rey Olaf tiene el dichoso privilegio de ser un joven gallardo y alegre, al mismo tiempo que el héroe de Dios.

Aunque hubiese vagado de corte en corte y se hubiese mezclado con muchos hombres, Hjalte no habría encontrado á nadie en la tierra que le hiciese olvidar al rey Olaf Haraldson, nadie que fuese mejor, nadie al que más amara. Este bardo rudo, aunque ya muy viejo, conservaba negro el pelo. Era de tez morena, sus ojos lanzaban penetrantes miradas, y sus cantos eran tan rudos como su aspecto. Las palabras que acudían á sus labios no fueron nunca sino palabras de batalla. Las canciones que componía no fueron nunca sino canciones guerreras. Su corazón era semejante á las landas áridas y pedregosas en las que no brotan sino malezas míseras y hierbas punzantes. Pero he aquí que en la costa de Upsal había visto á la princesa Ingegerd, la más noble de las mujeres que hubieran visto nunca sus ojos. Tanto como el rey Olaf aventajaba en grandeza á todos los otros hombres, tanto aventajaba ella en gracia y pureza á las otras mujeres. Y súbitamente concibió el deseo de despertar amor entre la princesa sueca y el rey de Noruega. Y, desde que tal deseo arraigara en él, no cantaba ya los combates; no buscaba ya honor y gloria cerca de los rudos guerreros, sino que pasaba horas enteras en la torre de las mujeres. Tenía, para hablar del rey Olaf palabras tan delicadas y tan tiernas, que al oírle nadie hubiera reconocido al viejo Hjalte. El pensamiento de aquella boda había germinado y crecido en su alma como una rosa rica de color, fina y perfumada, brota y se desarrolla en un desierto.

\*  
\* \*

Un día, Hjalte conversaba con la princesa, cuyas servidoras todas, excepto Astrid, habían salido. Hubiera querido saber ahora si no tenía ya nada que decir del rey Olaf Haraldson, si sus palabras habían servido de algo, y lo que pensaba la



princesa. Comenzó, pues, á tender lazos, espiando las miradas, los labios, el rubor de la joven; pero la princesa, como mujer de alto rango, no revelaba sus sentimientos. No enrojeció ni sonrió, y sus ojos no dejaron escapar fulgor alguno.

El viejo poeta se avergonzó de sí mismo. «Es demasiado buena—se dijo,—para que se trate de sorprenderla con la astucia. Hay que abordarla abiertamente.»

—Hija de rey—dijo entonces Hjalte,—si Olaf Haraldson te pidiese á tu padre, ¿cuál sería la respuesta?

El rostro de la joven princesa se iluminó como se ilumina la fisonomía de las gentes que llegan á una altura y contemplan el mar. Contestó sin rodeos:

—Si es el rey y el cristiano que me has dicho, Hjalte, sería una gran felicidad para mí.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, extinguióse el brillo de sus ojos. Pareció como si se hubiera alzado una bruma entre ella, y la magnífica perspectiva.

—¡Ah! Hjalte—añadió;—te olvidas que el rey Olaf es enemigo nuestro. No son peticiones de mano lo que esperamos de él, sino declaraciones de guerra.

—No te inquietes—dijo Hjalte.—Si tú lo quieres, todo irá bien. Yo sé lo que piensa el rey Olaf.

Hjalte estaba tan contento, que sonreía al pronunciar estas palabras; pero la princesa poníase cada vez más triste.

—No—dijo ella,—eso no depende ni de mí, ni del rey Olaf, sino de mi padre. Y tú sabes que odia al rey Olaf, y no permite ni que siquiera se le nombre delante de él. Jamás dará su hija á Olaf Haraldson.

Y, al decir estas palabras, la princesa prescindió de sus reservas y lloró.

—¿Por qué, por qué—siguió diciendo—haberme enseñado á conocer á Olaf Haraldson y á soñar con él todas las noches y á suspirar por él todas las horas del día? ¿No hubiera sido mejor que no hubieses venido nunca á hablarme de ese rey?

Pero Hjalte, alzó la mano, y exclamó:



— ¡Dios lo quiere! Sois el uno para el otro. La guerra trocará su manto rojo por la blanca túnica de la paz; y vuestra felicidad alegrará la tierra.

Ante el nombre sagrado de Dios, la princesa inclinó la frente; luego la volvió á alzar con un nuevo suspiro.

\*  
\* \*

El bardo salió por la puerta baja de la torrecilla de las mujeres y, al avanzar por la estrecha galería, le alcanzó Astrid, que llegaba corriendo.

— ¡Oh, Hjalte!—exclamó ella.—¿Por qué no me preguntas lo que yo respondería al rey Olaf Haraldson si quisiera casarse conmigo?

Era la primera vez que Astrid dirigía la palabra á Hjalte. Éste no echó sino una rápida ojeada á la rubia esclava, cuyos cabellos de oro rizábanse sobre las sienes y la nuca. Llevaba brazaletes muy anchos y pendientes muy pesados, una falda anudada con cordones de seda, y un corpiño tejido de perlas, rígido como una coraza. Hjalte prosiguió su camino sin contestar. Pero Astrid continuó:

—¿Por qué no lo preguntas más que á la princesa Ingegerd? ¿No sabes que yo también soy hija del rey de las Svear? ¿No sabes que mi madre, por esclava que fuese, fué, no obstante, el amor de la juventud del rey? ¿No sabes que mientras que ella vivió, nadie se atrevió á recordar su origen? ¡Oh, Hjalte! ¿No sabes que únicamente cuando murió, y cuando el rey se casó con una reina, fué cuando se recordó que no era libre? Se ha necesitado que tuviese yo una madrastra para que el rey se acordase de que yo era hija de esclava. Pero en vano mi padre me mira como una humilde y despreciable criatura, y me pone entre la muchedumbre de los esclavos; de todos modos, soy una hija de rey, Hjalte. Mi madrastra me dejaba en harapos, mientras que mi hermana iba vestida de seda con bordados de oro; pero soy, no obstante, una hija de rey. Soy una



hija de rey, aunque mi madrastra me haya obligado á cuidar de los gansos, y aunque me hayan castigado con el látigo de los esclavos. Y, puesto que soy una hija de rey, ¿por qué no me preguntas si quiero casarme con Olaf Haraldson? Mira, tengo cabellos de oro rizados que me rodean la cabeza como copos de vilano. Tengo hermosos ojos y mejillas sonrosadas. ¿Por qué no había de amarme el rey Olaf?

Siguió á Hjalte á través del patio hasta el palacio. Pero Hjalte hizo tan poco caso de sus quejas, como un guerrero armado, de las piedrecillas que tirara un muchachillo. No prestó á la esclava de los rizos de oro más atención que á una urraca charlatana que chilla desde las altas ramas de un árbol.

\* \* \*

El bardo no se contentó con haber ganado el corazón de Ingegerd: el día siguiente tuvo el valor de hablar al rey. Pero apenas hubo nombrado á Olaf Haraldson, interrumpióle el rey, y el islandés comprendió que la princesa tenía razón. «Y, sin embargo, se dijo, es preciso que se realice esta boda: es la voluntad de Dios.»

A los pocos días, llegó un mensajero del rey noruego, encargado de negociar la paz con los Svear. Hjalte fué á verle, y la dijo que la mejor manera de consolidar la paz sería casar á la princesa Ingegerd con el rey Olaf. El mensajero se asombró de que el bardo hubiera podido disponer así del espíritu y del corazón de una joven á favor de un extranjero. Sin embargo, la proposición le pareció buena, y prometió á Hjalte sostenerla en el gran ting de Upsal.

Entonces Hjalte fué de casa en casa, por todo el vasto llano; se metió en los bosques profundos; bajó hasta las orillas del mar. A todos los que encontraba, hablaba del rey de Noruega y de la princesa Ingegerd: «No hay en el mundo hombre más noble y mujer más bella. Es la voluntad de Dios que crucen juntos la vida.»



Fuó á ver á viejos Vikings, que invernan cerca de las olas, y que, antaño, habían raptado mujeres en todas las costas. Y les hablaba de la princesa hasta que, puestos en pie, y con la mano en la empuñadura de la espada, juraron ayudarla á conquistar la felicidad. Fuó á ver á viejos campesinos autoritarios, que no habían escuchado nunca las quejas de sus propias hijas, y que las casaron como lo exigían la prudencia y el honor de la familia. Y les hablaba del matrimonio de Ingegerd con tanta cordura, que se comprometían por juramento á destronar al rey antes que no ver realizarse semejante unión. Y Hjalte se dirigía también á las muchachas. Les hablaba tan dulcemente, que le prometían no mirar bien en adelante sino á los jóvenes que apoyaran en el ting la proposición del mensajero noruego. Hjalte fué recorriendo así el país hasta el día en que el ting de invierno iba á reunirse, y en que las gentes empezaron á encaminarse por las nevadas sendas hacia los túmulos de Upsal.

Desde la apertura del ting, la solicitud del pueblo fué tal, que se hubiera dicho que las estrellas del cielo perderían su luz si no quedaba resuelta la dicha boda. De nada sirvió que el rey contestase en dos ocasiones con un *no* muy seco. «¡No queremos la guerra con Noruega!—gritó la asamblea.—Y queremos que esos dos seres, tan superiores á los demás, atraviesen juntos la vida.» ¿Qué podía hacer el anciano rey, cuando el pueblo estalló en amenazas contra él, y cuando todos le ahogaron la voz golpeando en sus escudos? Para salvar la corona, hubo de prometer que su hija marcharía y que, al verano siguiente, se encontraría en Kungahalla con el rey Olaf.

Así fué como todo el pueblo favoreció el amor de Ingegerd. Pero nadie se cuidó en lo más mínimo de Astrid; nadie pensaba en la felicidad de aquella joven; nadie la preguntaba por su amor. Y sin embargo, aquel amor vivía, como el hijo de una pobre viuda de pescador, entre privaciones y penas, y, á pesar de todo, crecía lleno de esperanza y de alborozo.



Había en ella, como en el mar, vientos frescos, luz, espuma y olas que se rompen.

\*  
\* \*

En la rica ciudad de Kungahalla, cerca de la frontera, alzabase un antiguo palacio real. Estaba rodeado de altas murallas cubiertas de hierba. Ante la puerta había enormes piedras, puestas como centinelas; en medio del patio, crecía un roble que le daba sombra. Casas de madera, bajas y largas, extendíanse en el recinto, tan viejas que estaban invadidas por la hiedra. Las gruesas vigas de sus paredes habían crecido en el bosque virgen, y, pulimentadas por los años, eran de un blanco de plata. Los tejados florecían y verdeaban.

A principios de verano, el rey Olaf llegó á Kungahalla, y preparó todo lo necesario para la boda. Durante dos semanas, hubo por la calle que conducía al palacio un largo desfile de campesinos con sus caballejos, que traían pellas de manteca, sacos de quesos, sal, rábanos y harina. Después, durante otras dos semanas, tocó el turno al desfile de invitados. Pasaron señores y damas en sus sillas de mano, seguidos de un interminable cortejo de criadas y de esclavos. Luego llegaron compañías de juglares y cantores, y muchos comerciantes que proponían al rey regalos de boda. Y cuando todos los cortejos hubieron terminado, no se esperó ya más que el de la novia.

Tardaba en llegar. Todos los días esperábase verla desembarcar en el puerto y subir al castillo, precedida de músicos, de jóvenes alegres y sacerdotes graves. Pero nada aparecía en el horizonte, y todas las miradas buscaban en la del rey Olaf signos de tormento ó de inquietud. El rostro del rey permanecía tranquilo: «Si Dios quiere que posea á esa mujer—decíase,—vendrá.» Cortóse la hierba en los prados; las campanillas azules florecían en los campos de centeno. El rey esperaba. Seguía esperando cuando las moras maduraron en las zarzas, y el fruto del agabanzo enrojeció en las breñas peladas.

\*  
\* \*



Hjalte había permanecido todo el verano en Kungahalla, en espera de la boda. Nadie deseaba más ardientemente que él la llegada de la princesa. La esperaba con más emoción que el mismo rey. No gustaba de la compañía de los guerreros de casa real. A orillas del río, un poco distante de la ciudad, había un puente desde el que las mujeres de Kungahalla seguían con los ojos á sus maridos y á sus hijos cuando partían para largos viajes. En verano, reuníanse allí y acechaban los veleros y lloraban por los ausentes. Allí iba Hjalte todos los días. Gustaba de encontrarse entre las que suspiraban y derramaban lágrimas. Y ninguna de las mujeres sentadas en el puente de las llorosas, con la mirada clavada ansiosamente en la desembocadura del río, mostraba más inquietud ni mayor anhelo que él. A veces, iba á la iglesia de Santa María. No rezaba allí solamente por él; recordaba á los Santos que aquella boda debía realizarse, que Dios mismo la había favorecido.

Pero lo que prefería sobre todo, era hablar á solas con el rey Olaf. Contábale lo que había dicho á la princesa. Descríbale cada facción de su cara. «¡Oh, rey!—decíale,—ruega á Dios que venga. Yo te veo todos los días salir de caza contra el viejo paganismo que, como gato montés, permanece oculto en las tinieblas del bosque y las cavernas. Pero tu halcón no vencerá nunca al gato montés. Solamente una paloma podrá hacerlo, solamente una paloma.» El rey quería romper todas las resistencias y reinar sobre todo el país; pero nunca lo conseguiría hasta poseer la corona que le había elegido Hjalte: una corona de tal nobleza y tal esplendor, que todos obedecerían á quien la ciñera. El rey se esforzaba en adquirir el dominio de sí mismo; pero no lograría domeñar su propio corazón sino con el escudo que Hjalte había visto en la torre de las mujeres de la mansión real en Upsal. Era un escudo en el que se reflejaba la pureza del cielo, y que protegía contra la malignidad y los apetitos de la carne.

\*  
\* \*



Llegó el otoño, y la princesa no había llegado; uno tras otro, los magnates que habían llegado à Kungahalla para las fiestas de la boda, se fueron. El viejo bardo se fué el último. Izó las velas, levó anclas, y, con el corazón acongojado, puso proa à Islandia adonde había de llegar antes de Navidad.

Al salir del archipiélago rocoso, en la desembocadura del Nordre Elf, se encontró con un largo navío. A la primera ojeada reconoció el «dragón» de la princesa Ingegerd. Palpitó de gozo. «Voy à contemplar una vez más à la bella princesa—se dijo.—Su dulce rostro será el último que yo vea antes de mi llegada à Islandia.» Ordenó à sus remeros que abordasen al navío; y cuando puso el pie en él, la satisfacción le había transfigurado de tal manera, que parecía haberse borrado todas las arrugas de su rostro. Unos jóvenes alegres le saludaron. Dió un anillo de oro à la doncella que, respetuosamente, le condujo à la popa en donde estaba la tienda de las mujeres.

La mano de Hjalte tembló al levantar la cortina. Aquel instante le pareció el más hermoso de su vida. «Nunca he luchado por una causa más noble—se dijo.—Nunca he deseado nada con tanto ardor.» Pero apenas hubo dado un paso en la tienda, cuando se quedó paralizado, confuso. Una mujer alta y bella adelantábase hacia él con la mano tendida; y aquella mujer no era Ingegerd. Seguramente era la hija de un rey. Sólo la hija de un rey podía mirarle con tan arrogante mirada y saludarle con tan digno saludo. Llevaba una tordera de hierro y atavíos regios. Pero no era Ingegerd.

—¿Quién eres?—preguntó él.

—¿No me reconoces, Hjalte? Soy la princesa real à la que tú has hablado del rey Olaf Haraldson.

—Yo he hablado del rey Olaf à una princesa que se llama Ingegerd.

—También yo me llamo Ingegerd.

—No importa; no eres ella. ¿Quería engañar al rey Olaf el rey de los Svear?



—No hay engaño alguno... Envíale su hija como le prometió.

Hjalte echó mano á su espada, y hubiera dado muerte á aquella extraña, si no hubiese pensado que no convenía á un guerrero arrancar la vida á una mujer. Pero como no quería perder el tiempo en palabras, fué á marcharse, cuando la extranjera le llamó con voz dulcísima:

—¿Adónde vas, Hjalte? ¿Vuelves á Kungahalla para advertir al rey Olaf?

—Esa es mi intención—contestó él, sin mirarla.

—¿Por qué no te quedas conmigo? También yo voy á Kungahalla.

Entonces Hjalte se volvió hacia ella, y la miró fijamente.

—Eres lo suficiente mujer para tener compasión de un viejo—dijo.—Entonces te diré que con toda mi alma anhelaba esa boda. Dime mi desgracia. ¿No vendrá Ingegerd?

—Entra y siéntate—contestó la princesa.—De nada serviría ocultarte la verdad. Te lo contaré todo. Escucha.

Y le hizo el relato que sigue:

Estábase ya al final del verano. Una mañana, el rey de los Svear volvía de caza. De su silla colgaban una faisana, de un negro brillante y azulado, y cuatro de sus crías. El rey estaba contento y orgulloso. Ahora bien; aquella mañana, la princesa Ingegerd, rodeada de sus sirvientes, le esperaba en el puente levadizo. Entre las sirvientes, había una, llamada Astrid, que, lo mismo que Ingegerd, era hija del rey de los Svear; pero teníanla como esclava porque nació de madre no emancipada. Astrid había indicado á su hermana las golondrinas que se reunían sobre los campos y se elegían jefe para su largo viaje por encima de los mares. Recordóle que el verano huía, aquel verano que debía presenciar las bodas; y la exhortó á que preguntase al rey por qué no la había enviado á Noruega. Astrid ardía en deseos de marchar con su hermana. Parecíale que todos los días de su vida serían días de felicidad, con tal de que solamente pudiera contemplar una vez al rey Olaf Haraldson.



Cuando el rey vió á su hija la princesa, guió su caballo hacia ella.

—Mira, Ingegerd—le dijo,—estos cinco faisanes que cuelgan del arzón de mi silla. He matado cinco, esta mañana. ¿Qué rey ha hecho nunca mejor caza?

La princesa, despechada al oírle jactarse de su habilidad cuando le cerraba á ella el camino de la felicidad, y deseosa de terminar con la inquietud que la devoraba, le contestó:

—Es un gran honor, seguramente, haber matado cinco faisanes; pero conozco un rey que, en una sola mañana, cautivó cinco reyes: es Olaf, el héroe que me has elegido por esposo.

Al oír esto, el rey se apeó de un salto, y, con los puños cerrados, se adelantó á la princesa.

—¿Qué Troll te ha mordido?—exclamó.—¿Qué hierba te ha envenenado? ¿Qué sortilegio ha llevado tu corazón hacia ese hombre?

Ingegerd, asustada, había dado un paso atrás. Su padre se calmó.

—Hija mía—dijo,—¿no sabes lo mucho que te quiero? ¿Cómo voy á entregarte á un hombre que odio? Jamás te poseerá el rey de Noruega.

—¡Ah!—dijo la princesa.—No te lo pedí yo. Pero es la voluntad del pueblo.

—¿De modo—replicó él—que el rey de los Svear es un esclavo, un esclavo que no tiene el derecho de disponer de sus hijas? Estate tranquila. Tengo hombres en mi consejo y sabrán hallar un medio...

Volvióse hacia los guerreros que cabalgaban tras él.

—He prometido—les dijo,—pero es preciso desligarme de mi promesa.

Ellos se callaron.

—¿De qué sirve vuestro talento?—exclamó él.—¡Pobre talento! Yo quiero ser libre.

Como ellos continuaban callados, se adelantó Astrid. Se le había ocurrido una idea; pero—y ella suplicaba á Hjalte que



la creyese,—no era más que una idea, que le había parecido divertida y que estimuló su lengua. Ni por un instante había pensado que la proposición pudiera ser lanzada en serio.

—¿Por qué no me envías á mí?—dijo ella.—También yo soy tu hija.

Al oír á Astrid, Ingegerd palideció intensamente.

—¡Cállate y vete!—exclamó.—Vete, alma vil y pérfida, que propones á mi padre semejante vergüenza.

Pero el rey retuvo á Astrid. La atrajo á él; la estrechó contra su pecho; reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡Qué idea!—exclamaba.—¡Qué idea! ¡Qué buena jugareta podemos hacerle! Llamaremos á Astrid Ingegerd. El noruego se casará con ella; y, cuando se sepa que se ha casado con una esclava, se reirán muchas gentes; y en todas partes se burlarán de ese hombre gordo.

Entonces Ingegerd se acercó á su padre implorándole:

—¡Oh padre, padre, no hagas eso! Yo quiero al rey Olaf, y me es demasiado penoso que quieras engañarle.

Renunciaba voluntariamente á sus esperanzas de matrimonio; pero le pedía, en cambio, que no infriese tal afrenta al rey noruego.

Pero el rey de los Svear ni siquiera oía sus ruegos. Teníale embargado Astrid. La acariciaba y la encontraba dulce como la venganza misma.

—Pronto marcharás, querida hija. Marcharás mañana. Vamos á equiparte á escape. El rey Olaf te espera. No piensa más que en la alegría de poseer á la nobilísima hija del rey de los Svear.

Ingegerd comprendió que todo era inútil. Entonces, fué á su hermana, le echó los brazos al cuello, y la llevó á sus habitaciones. Allí quiso que se sentara en el asiento suyo, de la princesa, y ésta se sentó en un escabel, á los pies de su hermana. De esta suerte se acostumbraría Astrid á llenar el rango que ocuparía en su calidad de reina. Era preciso que el rey Olaf no se avergonzase de su mujer. Envió en busca de sus



mejores galas y del equipo que tenía preparado. Hablábale todo el tiempo del rey Olaf. Hablaba de él como se habla de los santos hombres de Dios y no de los reyes; y Astrid no comprendió gran cosa de tales palabras. Sin embargo, comprendió que la primera trataba de insinuarle todos sus buenos pensamientos, á fin de que el rey Olaf no fuese burlado como lo deseaba su padre. Y Astrid, que en el fondo no era quizá tan mala como se la suponía, olvidaba todo lo que había sufrido por causa de su hermana, y hubiera deseado poder decirle: «No me voy.» Y confesó este deseo á Ingegerd, y ambas lloraron; y por primera vez se sintieron verdaderas hermanas. Pero Hjalte debía darse cuenta de que Astrid no era de las que se ahogan en las lágrimas y sufren largos quebraderos de cabeza. En cuanto se encontró en alta mar, disipáronse sus penas y sus temores. Había sido soberana á bordo; servíanla como á una hija de rey. Por primera vez, desde la muerte de su madre, habíase sentido feliz.

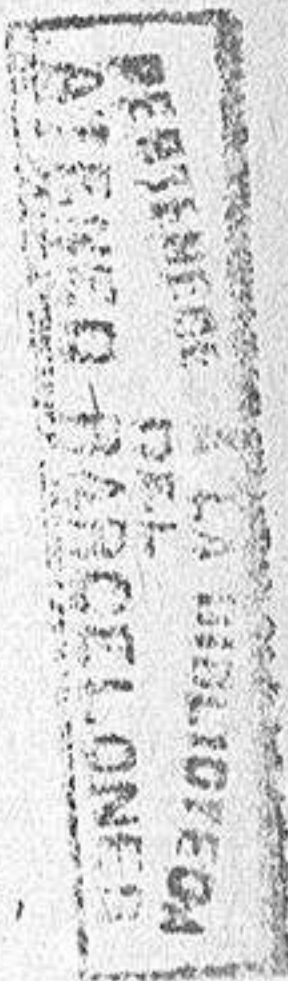
\* \* \*

Durante todo este relato, Hjalte no hizo movimiento alguno. Astrid le miró, y palideció ante el dolor que tenía impreso en su cara.

—Dime lo que piensas, Hjalte—dijo ella.—Pronto estaremos en Kungahalla. ¿Qué me sucederá? ¿Me matará el rey? ¿Me despedirá marcada con el hierro rojo? Habla, Hjalte, dime la verdad.

Hjalte no contestaba. Hablábase á sí mismo. Astrid le oyó murmurar que allí, en Kungahalla, nadie conocía á Ingegerd, y que él no tenía ningún deseo de volver. Por fin, su mirada sombría se posó en la joven; y se puso á interrogarla. Acababa ella de decirle que tuvo el sincero deseo de no ocupar el puesto de su hermana. Pues bien, cuando desembarcara en Kungahalla, quedaría libre. ¿Qué haría? ¿Revelaría al rey quién era?

Esta pregunta dejó perpleja á Astrid. Permaneció un mo-





mento silenciosa; después pidió á Hjalte que la acompañase. Todos los que venían con ella habían jurado callarse; pero él diría al rey la verdad.

—Yo no sé lo que haría por mí misma—añadió.

Hjalte volvió á sumirse en sus meditaciones. Oyóle ella murmurar que no creía que ella confesara la cosa. «Pero es preciso, sin embargo, que le diga lo que la espera.» Y habló con voz grave:

—Oye una historia sobre el rey Olaf, que todavía no te he contado, Astrid. En tiempos en que el rey Olaf no era más que un reyezuelo de mar, y no poseía sino algunas naves y algunos guerreros fieles, soñó que un príncipe de la luz, un hermoso ángel de Dios, izaba las velas é impulsaba á la nave real hacia el reino de los abuelos del rey, del que había sido despojado. Y, en medio del rumor de las olas, la voz del ángel repercutió diciendo: «Rey Olaf, poseerás para siempre ese país.» El rey interpretó estas palabras como una advertencia de que él y sus descendientes gobernarían siempre este país de Noruega; pero su sueño anunciábale otra gloria mayor, una gloria sobrehumana. Dios le significaba que gobernaría, desde un trono del cielo, el país noruego, y por la eternidad. El rey Olaf vacila: se cree solamente llamado á ser un rey terrenal. No tiende la mano á la corona de los Santos. Pero está cercana la hora en que tendrá plenamente conciencia de su misión, porque en él reside una fuerza celestial. Piensa, Astrid: cuando él haya comprendido las palabras del ángel, ¿qué mujer podría estar á su lado sino Ingegerd? ¿Qué mujer, salvo Ingegerd, sentiríase bastante noble y bastante pura para seguirle? Contéstame ahora. ¿Dirás la verdad al rey Olaf?

Astrid, asustada, contestó humildemente:

—¿Por qué no quieres acompañarme hasta Kungahalla? Si yo deseara engañar al rey, te prometería revelárselo todo, y te dejaría continuar su viaje. Pero soy débil; no sé lo que haré. Te ruego que vengas conmigo.

El rostro de Hjalte expresó la más terrible cólera. No, no



la ayudaría á evitar su suerte. No, no se mostraría apiadado de ella. La odiaba por el crimen que había cometido con su hermana. Había querido robar el esposo que estaba predestinado á Ingegerd; y, por duro guerrero que él fuese, su corazón sangraba al pensar en los sufrimientos de la princesa.

Su acento se hizo feroz y sombrío, como si pronunciase un anatema.

—Has hecho un objeto de escarnio del poema más bello que jamás haya soñado. No, no te acompañaré. No, no te protegeré contra ti misma. No, no te descubriré. Ve á Kungahalla. Si te callas, serás la esposa del rey. Pero entonces vendrá el castigo. Conozco al rey Olaf. No habrá día en que no desees la muerte.

Y, después de hablar así, se marchó.

Astrid se quedó inmóvil, pensando en lo que había oído. Después, se dibujó en sus labios una sonrisa. Olvidaba el viejo islandés que ella había sufrido todas las humillaciones y que había aprendido á reirse de los dolores. Pero la felicidad, ¡la felicidad le era aún desconocida! Astrid se levantó, descorrió las cortinas de la tienda, y vió el barco de Hjalte que se alejaba hacia Occidente. Parecióle que distinguía allá lejos, muy lejos, la Islandia brumosa, cuyas frías tinieblas se cerraban sobre su ilustre hijo.

\*  
\*  
\*

Es un día luminoso de otoño. No hay una nube en el cielo. En el fondo del largo valle en donde está situada Kungahalla las colinas redondeadas están cubiertas de bayas. Se han revestido de oro y púrpura, como señores que quieren ganar ricas esposas. En la isla de Hissingem, los álamos, amarillos y blancos, están vestidos de claro, como señoritas de honor en una boda. El río se precipita hacia el mar, con el mismo alborozo que si el otoño le hubiese llenado de un vino capitoso y chispeante. Las naves avanzan, una tras otra, hacia la ciudad, y, cuando dan vista á Kungahalla, cambian sus velas de lona



obscura por velas blancas, completamente nuevas. La población está reunida en el puerto. Descargan las naves. Las casas de provisiones reciben sal, aceite, armas preciosas y tapices policromos. Interrógase á los recién llegados sobre el viaje.

De repente, el trabajo se paraliza; las miradas se dirigen á la desembocadura del río. En medio de los pesados barcos mercantes acércase á remo una elegante nave. La multitud se pregunta qué barco es aquel, que despliega velas bordadas de púrpura, y cuya proa es toda de oro. Vuela como un pájaro. Los remos, que baten las ondas á compás, relucen á lo largo de sus costados como alas. «Debe de ser la princesa sueca que viene. Debe de ser la princesa que el rey espera todo el verano.» Las mujeres acuden á los puentes, los hombres se lanzan á las lanchas ó trepan á los tejados. Cuando la princesa aparece, espléndidamente vestida, las mujeres la aclaman y los hombres se quitan las gorras y las agitan en el aire.

Allí, de pie en el desembarcadero real, el rey Olaf ha visto á la princesa. Su rostro se ilumina y la ternura brilla en sus ojos. Como ya no hay flores, las jóvenes arrancan hojas, doradas por el otoño. Alfombran con ellas el puente y las calles. Aprisa se adornan las paredes con variado ramaje. La princesa, que desde su nave domina la multitud, ve amontonarse las hojas de oro en el camino que va á hollar; y, en el extremo del puente, la sonrisa del rey le da la bienvenida. Se olvida de lo que tendría que decir. Se olvida de que no es Ingegerd. Se olvida de todo, excepto de que quiere ser la mujer de Olaf Haraldson.

\*  
\* \*

Un domingo, Olaf estaba de sobremesa y su reina estaba á su lado. Hablaba él, con el codo apoyado en la mesa y la cara vuelta, de manera que pudiera ver á Astrid. Cada vez que ella tomaba la palabra, bajaba él los ojos para escuchar mejor la dulzura de la voz. Hablaba Astrid largamente, y el rey se puso inconscientemente á grabar la mesa con la punta de su cuchi-



llo. Los hombres del rey Olaf sabían que nunca se hubiera permitido él semejante cosa si se hubiera acordado de que era domingo, pero tenían demasiada deferencia para advertirle que cometía un pecado. Cuanto más hablaba Astrid más inquietos se ponían ellos. La reina, que los veía cambiar miradas de inteligencia, no comprendía su significación. Habíase terminado de comer, y el rey Olaf seguía sentado escuchando á Astrid, y continuaba esculpiendo en la mesa, y el montoncito de virutas crecía ante él. Entonces su amigo Bjöser preguntó á un paje:

—¿Qué día es mañana?

—Mañana es lunes—contestó el paje en voz alta y clara.

El rey alzó la cabeza.

—¿Dices que mañana es lunes?

Sin añadir palabra, se acercó á la chimenea, cogió un áscua y la puso sobre las virutas, que recogió y tenía en el hueco de la mano. Las virutas se incendiaron. El rey, inmóvil, las dejó arder hasta quedar reducidas á cenizas. Los guerreros se alegraron del hecho; pero la reina se puso pálida como una muerta. «¿Cómo me juzgará un día, cuando se entere de mi pecado—pensó,—un hombre que se castiga tan duramente por una falta tan venial?»

\*  
\* \*

Acke de Gardarike había caído enfermo á bordo de su embarcación en el puerto de Kungahalla. Estaba en su reducido camarote y esperaba la muerte. Su pie, que no era más que una llaga abierta, empezaba á ennegrecer.—No estás perdido, Acke—le dijo su amigo Ludvig.—El rey Olaf está en la ciudad, y Dios le ha dado un gran poder á causa de su piedad. Haz que venga y ponga la mano sobre ti: curarás.

—No puedo recurrir á él—contestó Acke.—Olaf Haraldson me odia, porque herí de muerte á su hermano adoptivo, Reor el Blanco. Si supiera que estoy aquí, me mataría.

Cuando Ludvig hubo dejado á Acke, encontró en la calle



Mayor á la reina, que había ido al bosque á coger avellanas.

—Reina—exclamó Ludvig,—di al rey Olaf esto: «Acke de Gardarike, que mató á tu hermano adoptivo, está aquí enfermo, en su barco, y á punto de fenecer.»

La reina se apresuró á volver á palacio, y encontró en el patio al rey Olaf, que curaba á su caballo.

—¡Alégrate, rey Olaf!—exclamó ella.—Acke de Gardarike, que mató á tu hermano adoptivo, está aquí enfermo en su barco y á punto de fenecer.

Olaf llevó rápidamente el caballo á la cuadra. Después, sin espada y sin yelmo, salió y bajó al río. Allí buscó la goleta de Acke, y entró en su camarote antes de que á los tripulantes se les hubiese ocurrido impedirselo.

—Acke—dijo el rey Olaf,—muchas veces te he perseguido en el mar, y siempre te me has escapado. Ahora estás aquí, en mi ciudad, vencido por la enfermedad. Esto es señal de que Dios ha puesto tu vida en mis manos.

Acke no contestó: tenía ya la muerte en los labios.

Olaf Haraldson puso sus manos sobre el pecho del moribundo y rogó á Dios: «Dame la vida de mi enemigo», — dijo.

La reina, que había visto al rey dirigirse al puerto sin yelmo y sin espada, buscó en seguida armas y reunió algunos hombres. Llegó al barco. Pero desde la puerta del camarote oyó al rey rezar por el enfermo, y, bajo la mano de aquél, vió poco á poco desaparecer la palidez mortal del rostro del agonizante. Su respiración fué menos anhelosa, sus gemidos se amortiguaron; por fin, cayó en un dulce sueño.

Astrid se volvió lentamente al palacio real. Arrastraba penosamente la espada de su marido. Su rostro estaba más lívido de lo que momentos antes estuviera el del moribundo. Respiraba jadeante.

\*  
\*  
\*

Era la mañana de Todos los Santos, y el rey Olaf iba á ir



á misa. Salió del palacio y atravesó el patio. Varios hombres le esperaban para acompañarle, y formaron calle á su paso.

Desde el balcón del cuarto de las mujeres, Astrid miraba al rey.

Llevaba éste un ancho círculo de oro en la cabeza, y vestía una larga túnica de terciopelo rojo. Andaba pausadamente, con el rostro iluminado por la paz del domingo. A la reina se la encogió el corazón al ver lo mucho que su marido se parecía á los santos cuyas imágenes esculpidas ornaban el altar de la iglesia de Santa María.

Abajo, junto á la puerta, estaba un hombre envuelto en una amplia capa, y con un ancho sombrero sobre los ojos. Cuando apareció el rey, el hombre tiró la capa y dió un salto con la espada alzada. Pero, en el momento de ir á herir, la mirada del rey Olaf cayó sobre él, dulce y clara. La espada se le escapó de las manos, y el miserable cayó de hinojos.

El rey se había detenido, y le seguía contemplando con su mirada luminosa, y el asesino, que no podía apartar los ojos de aquella mirada, se puso á llorar y sollozar.

—¡Oh rey Olaf, rey Olaf!—gimió él,—tus enemigos me han enviado para matarte. Pero la santidad de tu rostro me ha desarmado y tus ojos me han aterrado.

Astrid se arrodilló en el balcón: «¡Ten piedad de mí, Dios mío!—suspiró ella.—¡Desgraciada de mí, que, con engaños y astucia, he llegado á ser la mujer de este hombre!»

\*  
\* \*

Por la noche de aquel día, hubo una hermosa luna. El rey había dado una vuelta á las cuadras y á los establos, y se aseguró de que todo estaba en orden. Entró también en la casa que habitaban los sirvientes y los esclavos, á fin de ver si los habían tratado bien. Al dirigirse á palacio, vió á una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo negro, que se deslizaba hacia la puerta del palacio.



Creyó reconocerla y la siguió. Ella salió, cruzó la plaza, tomó por unas callejuelas y se dirigió del lado del río. Olaf Haraldson marchaba tras ella con paso silencioso. Detúvose la mujer en uno de los puentes, miró al agua que corría, después alzó los brazos, gimió profundamente y se encaramó tanto al pretil, que el rey comprendió que iba á tirarse al río. El hábito de los peligros le había enseñado á andar sin que se le oyese: se adelantó ligero, y, antes de que la mujer hubiera podido lograr su propósito, la cogió por el talle y la llevó á la mitad del puente.

—¡Desgraciada!— le dijo, ¿quieres hacer lo que Dios ha prohibido?

Al oír esta voz, la mujer se tapó la cara con las manos. Pero el rey Olaf sabía quién era. El crujido de su traje, la forma de su cabeza, el brillo de los brazaletes que adornaban sus brazos, habíanle ya dicho que era la reina.

En el primer momento, Astrid había tratado de desasirse. De pronto, se quedó quieta y trató de quitar al rey la idea de que había querido suicidarse.

—Oh, rey Olaf, ¿por qué sorprender así á una pobre mujer que ha venido al río para ver á la luna reflejarse en el agua?

Su acento era tranquilo. Parecía bromear. Pero el rey permanecía silencioso.

—Con el susto podías haber hecho que me cayera en el agua—añadió ella.—¿Creiste acaso que quería ahogarme?

—No sé lo que creo—contestó el rey.—Dios me lo hará saber.

Astrid rió dulcemente y le abrazó.

—¿Acaso se desea la muerte cuando se es lo dichosa que yo? ¿Acaso se mata alguien en el Paraíso?

—No comprendo—replicó el rey con su tono dulce y reflexivo.—Dios me dirá si yo soy la causa de que hayas querido cometer semejante pecado.

Astrid se estrechó contra él y le acarició el rostro. El respeto que el rey le había inspirado siempre habíale impedido



hasta entonces demostrar toda la ternura de su amor. Pero ahora le abrazó y le besó varias veces con transporte.

—¡Si supieras—le dijo ella—lo que te amo!

Le hizo sentarse en la quilla de una barca que estaba en tierra boca abajo, y se arrodilló á sus pies.

—Rey Olaf, yo no quiero ya ser reina. Cuando se ama como te amo, no se puede ser reina. Quisiera irme contigo, muy lejos, al bosque: sería tu esclava y te serviría siempre. Prepararía tu alimento. Haría tu cama. Guardaría tu casa durante tu sueño. Por las tardes, cuando volviesses de la caza, saldría á tu encuentro, y me pondría de rodillas en el camino y te diría: Rey Olaf, mi vida es tuya. Tú sonreirías; bajarías la punta de tu espada contra mi pecho, y dirías: Sí; no tienes padre ni madre; eres mía, y tu vida está en mis manos.

Mientras que hablaba, Astrid había sacado de la vaina la espada del Rey. Por juego, puso la empuñadura en la mano de Olaf, y apoyó la punta en su propio corazón.

—Dímelo—suplicó ella;—dime, como si estuviésemos en el bosque, que soy tu esclava y que mi vida es tuya.

—Tu vida es de Dios—dijo el rey.

—Mi vida es tuya—repitió ella con una ligera risa y una gran ternura.

Al mismo tiempo, el rey sintió que ella apretaba fuertemente la espada contra su seno; pero él tenía su arma con mano firme, hasta jugando. Separó á la joven, hízole soltar la espada, y se levantó de un salto. Por la primera vez en su vida, temblaba él. La reina había querido morir á sus manos; poco faltó para que lo consiguiera. Su espíritu se iluminó súbitamente.

—Dime—dijo, inclinándose hacia ella—qué delito has cometido.

Astrid se había desplomado sobre el puente y sollozaba con desesperación.

«La inocencia no llora así—pensó el rey.—¿Pero cómo pue-



de experimentar la noble Ingegerd semejante angustia? ¿Qué delito ha podido cometer?»

—Ingegerd—dijo,—¿qué has hecho?

Astrid, sofocada por los sollozos, se quitó, por toda respuesta, sus brazaletes y sus sortijas, y, con la cara vuelta, los tendió al rey.

«¿Qué poco se parece esto á la piadosa princesa de que me hablaba Hjalte!—pensaba Olaf.—¿Es en verdad la princesa de Hjalte la que solloza á mis pies?»

—¿Pero quién eres tú?—exclamó sacudiéndola por un brazo.—¿Quién eres tú?

Astrid seguía sollozando. Sin embargo, cogió unas hebras de su largo pelo, con las que enlazó, como con una cadena, sus dos brazos; luego permaneció con la cabeza baja y la espalda inclinada.

«Quiere indicarme que es de las que llevan cadenas—se dijo el rey.—Me da á entender que es una esclava.» Y de pronto:

—¿No tenía una hija nacida de esclava el rey de los Svear?—preguntó.

Un gemido fué la sola respuesta.

—¿Es que al rey de los Svear le pareció bastante bueno para mí darme á la hija de su esclava?

No hubo respuesta, pero el rey oyó que Astrid se estremecía y tiritaba.

—Y tú, á la que he hecho mi mujer, ¿tenías el alma lo suficiente vil para ser cómplice de este atentado contra el honor de un hombre? ¿Era tu espíritu lo suficiente bajo para que gozaras con la afrenta que me infringían mis enemigos?

Astrid olvidó su propio dolor ante el acento de aquella voz que acusaba tanto sufrimiento. Cesó de llorar, y exclamó:

—¡Toma mi vida!

El hombre antiguo que había en el rey Olaf le murmuró: «Mata á esa vil esclava. Demuestra al rey de los Svear lo que cuesta burlarse del rey de Noruega.» Nadie le censuraría por obrar así. Si no castigaba la injuria, los bardos se burlarían de



él en sus canciones, y sus enemigos dejarían de temerle. No sentía ya amor alguno por aquella mujer; no experimentaba más que un deseo: atravesarla con su espada. La colocaría muerta y ensangrentada en un barco, y la enviaría á su padre... Blandía su espada con la mano; pero en la empuñadura mandó grabar un día: *Bienaventurados los pacíficos. Bienaventurados los misericordiosos.* Y, al apretarla en sus movimientos de angustia, parecíale que cada letra de aquellas palabras se incrustaba en su carne. «Que estas palabras me quemén la mano—dijo una vez,—si llego á sacar la espada, arrebatado por la cólera ó para una causa injusta.» Y en aquel momento la empuñadura de su espada le quemaba la mano.

Volvió á envainar el acero y se puso á andar de un lado á otro. Astrid, que continuaba en la misma actitud, se encogía aún más cada vez que él pasaba á su lado.

—No te mataré—le dijo él con voz dura y cargada de odio.

Y á los pocos momentos:

—¿Cómo te llamas?

Se lo dijo ella. El contempló largamente á aquella mujer á la que tanto había amado y honrado, y que se arrastraba por el puente como un animal herido. La miró como el alma de un hombre muerto mira al pobre cuerpo que la albergó.

—¡Oh alma mía!—suspiró él;—hete aquí más desnuda que un mendigo.

Y habló como si Astrid no existiera ya y no pudiera oírle.

—Dijéronme que había una princesa, cuyo corazón era tan puro y tan santo, que cuantos se le acercaban gustaban la paz. Alabáronme su dulzura, una dulzura que el que la veía sentíase en seguridad, como el hijo cerca de una madre. Y cuando esa joven que está ahí, á mis pies, llegó á mí, creí que era ella. Su alegría y su belleza solazaban mis días. A veces, sus palabras y sus actos me chocaban, pero la amaba demasiado para dudar...

Reflexionó un momento sobre la felicidad que había entra-



do con ella en su palacio y que se había deslizado hasta en su alma.

—Podría perdonarla—siguió diciendo.—Podría levantarla en mis brazos. Podría aún hacerla mi reina. Pero mi alma continuaría, no obstante, desterrada. ¡Oh hermosa joven en la que se albergaba la mentira. A tu lado ya no hay seguridad.

Astrid se irguió bruscamente.—¡No hables así!—Exclamó.—Prefiero morir. Créeme.

Y ella le contó cómo había soñado con ser princesa, cómo había suplicado á Hjalte que le acompañase á Kungahalla, y cómo había sucumbido á las tentaciones.

—Cuando te vi, rey Olaf—dijo,—lo olvidé todo para ser tuya. Pensaba que me dejaría matar con alegría con tal de que pudiera ser tu mujer un solo día.

—Lo que considerabas tú como un fuego era para mí mortalmente grave—contestó él.—Tú viniste á decir á un hombre: «Yo soy la que tan ardientemente has deseado; soy la noble virgen que, en tus sueños de gloria, has anhelado tanto conquistar.» Y no eras más que una esclava mentirosa. Sábelo, Astrid: yo he suspirado por Ingegerd como jamás hombre alguno ha suspirado por una mujer. Yo quería ligarme á ella como las almas de los difuntos se cuelgan de los ángeles que las llevan al cielo. Yo esperaba que su gran piedad me ayudaría á vivir una vida sin pecado. Solo, soy demasiado débil. Ella me hubiera ayudado... ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no has consentido que la princesa viniese á mí, ella que no tenía en el corazón ningún mal pensamiento?

Desfalleció y el cansancio de la desesperación se abatió en su alma.

—No puedo luchar. Sucumbiré. ¿Me habéis destinado, Dios mío, á ser el igual de tus apóstoles y de tus mártires? Pero no me has enviado la mujer que me hubiese sostenido en mi camino, y ahora sé que la corona de los santos no es para mí.

Callóse. Astrid se le acercó.—Rey Olaf, Hjalte y la princesa me habían dicho ambos que eras más que un noble intrépi-



do y que un noble rey. Pero no quise creerlos. Unicamente después de haber vivido en tu hogar he empezado á temerte. Vivir bajo tu mirada se me hacía peor que la muerte. Las virtutas que quemabas en tus manos, la enfermedad que huía á tu mandato, la espada que la mirada arrancaba de manos de tus enemigos, todo esto me espantaba. Y quería morir antes de que supieses que te había engañado.

El rey no contestó nada. Sus ojos miraban al cielo.

—Cada día, cada hora cerca de ti me era un tormento. Rey Olaf, quería echarme al río para desembarazarte de mí. Un santo no puede tener á su lado á una esclava mentirosa.

El rey se callaba. Astrid alzó los ojos, y de repente exclamó:

—¡Rey Olaf, tu rostro resplandece!

Mientras que Astrid hablaba, Dios había abierto los ojos del rey. Vió que las estrellas del cielo dejaban sus puestos y volaban como un enjambre de abejas. Se reunieron en torno de su cabeza, y le coronaron con una diadema deslumbradora.

—Astrid—dijo él estremeciéndose,—Dios me ha hablado. Lo que dices es verdad. Seré uno de sus santos.

Su voz temblaba de emoción, y su rostro iluminaba la noche. La última esperanza de Astrid extinguíase en su alma.

—Adiós—dijo ella.—Sé quién eres. Piensa en mí con dulzura y piedad. Yo viví sin alegría y sin felicidad. Fui golpeada; fui vestida de harapos. Perdóname. Mi amor no te ha perjudicado.

Alejábase; pero Olaf, vuelto de su éxtasis, corrió tras ella.

—¿Por qué te vas?—Murmuró.

—Preciso es que me vaya—contestó ella en voz baja.—Tú eres un santo.

—Por eso debes quedarte—dijo él.—Yo no era antes sino un pobre hombre que temblaba y temía el mal. No era sino un pobre rey de la tierra, demasiado pobre para indultarte. Si tú eres débil, ¿qué importa? Yo soy el guerrero de Dios. Si caes, te levantaré. Dios me ha elegido, Astrid. Tú no podrías perju-



dicarme, y yo puedo ayudarte... Dios me ha llenado tan ricamente de su amor, que ya ni me parece que hayas obrado mal.

La estrechó dulcemente en sus brazos, apoyó en su hombro la cabeza de la joven que desfallecía y sollozaba, y ambos se encaminaron á la mansión real.

SELMA LAGERLOF



# EL MAYORAL DEL FELIBRIGE Y MESTRE DEL GAY SABER

TEODORO LLORENTE Y OLIVARES

---

Cuando desde la lejana fecha de 1860, con motivo de la publicación de las *Poesías selectas de Victor Hugo* (1), traducidas en rima castellana, fué ya Teodoro Llorente objeto de panegíricos de Emilio Castelar, y en 1875, por las nuevas traducciones que formaron las *Leyendas de oro* (2) por los del eminente crítico D. Manuel Cañete; y en 1882, por la del *Fausto* de Goethe (3), por los del esclarecido hispano-alemán Johannes Fastenrath; y en 1892 por toda su intensa labor literaria, como poeta original castellano y lemosín, como traductor y como prosista, por los del reverendo P. agustino Blanco García (4); y en 1902, por su *Nou llibret de versos* (5) lemosinos

---

(1) *Poesías selectas de Victor Hugo*, traducidas por TEODORO LLORENTE.—Madrid, 1860.—Imp. de Juan Antonio Garcia.—4.º, 284 págs.

(2) *Leyendas de oro*, poesías de los principales autores modernos, vertidas en rima castellana por TEODORO LLORENTE (volumen V de la *Biblioteca selecta*, publicada por D. Pascual Aguilar).—Valencia, 1885: imprenta de José Domenech.

(3) *Fausto*, tragedia de Juan Wolfango Goethe, traducida en verso castellano por DON TEODORO LLORENTE.—Barcelona, 1882.—*Biblioteca de Arte y Letras*.—8.º, 316 págs.

(4) *Literatura española del siglo XIX*.

(5) *Nou llibret de versos*, escrit por TEODOR LLORENTE, *Mestre en*



por los del gran polígrafo Menéndez y Pelayo; y en 1906 por sus *Poetas franceses del siglo XIX* (1), por los de la eximia Emilia Pardo Bazán; cuando últimamente, su coterráneo D. Juan Navarro Reverter ha completado la obra crítica y encomiástica sobre Llorente con el libro de *Su vida y sus obras* (2) y con el de *su coronación*, ¿qué ha quedado que decir á plumas de más modesto vuelo en la hora crítica de la reciente muerte del gran poeta, aunque por una parte las estimulen viejos afectos de amistad y compañerismo como los míos, y por otra, obedezcan el mandato del ilustre Director de LA ESPAÑA MODERNA, D. José Lázaro Galdiano, que, al recibir en tierra extranjera la noticia del fallecimiento del más esclarecido de los colaboradores de su Revista, de quien acababa de recibir los últimos originales, y tal vez la última carta que ha suscrito, quiere que esta publicación se asocie solemnemente al duelo de que han participado, y de que han hecho pública demostración, los Reyes y todos los Príncipes de la Familia Real de España, el jefe del Gobierno español y los ministros de la Corona, los reverendos preladados de Valencia, de Barcelona, de Urgel y de otras Sillas episcopales, las Reales Academias Española y de la Historia, con las de San Carlos, de Valencia, y las de Buenas Letras, de Barcelona y de Sevilla; los Consistoris dels Jochs Florals de Barcelona y de Colonia; Federico Mistral, desde Provenza, y en Valencia, y en Madrid, y en Mallorca, y en todo el resto de España y de la América Es-

---

*Gay Saber*.—Valencia, 1902.—Estamp. de Frederich Domenech.—(Biblioteca del *Rat Penat*).—8.º, 268 págs.

El *Llibret de versos* se había publicado ya por vez primera en 1885, y el autor, TEODORO LLORENTE, en esta edición sólo se daba el título de *soci de Lo Rat Penat*.—8.º, 198 págs.—Valencia: imp. de Domenech.

(1) *Poetas franceses del siglo XIX*, traducción en verso castellano por DON TEODORO LLORENTE.—Barcelona, 1906.—Imp. de los editores Montaner y Simón.—4.º, 398 págs.

(2) JUAN NAVARRO REVERTER.—*Teodoro Llorente: su vida y sus obras*.—*Florilegio de sus poetas*.—Barcelona: F. Granada y Comp.<sup>a</sup>, editores.—Tip. *El Anuario* (s. a.).—8.º, 455 págs.



pañola, y en Munich, y en Bremen, y en todas partes del Imperio germánico, y en Italia y en todo el Mediodía de Francia, un número extraordinario de Corporaciones docentes y sabias, de personajes de elevada significación literaria, artística y política, y, sobre todo, las representaciones de todo género de la ciudad natal que, desde mucho tiempo antes, no se cansaba de rendir sus tributos merecidos al hijo insigne y predilecto? (1)

(1) Hay que conservar en los Archivos de la Historia muchos de estos homenajes: no basta citarlos. Hay que conocer su espontaneidad y su letra, y á continuación transcribimos algunos de ellos:

TELEGRAMAS DE LA CASA REAL DE ESPAÑA

I. *El secretario particular de Su Majestad el Rey á la señora viuda de Llorente.*

«Sus Majestades se asocian al duelo general con motivo de la pérdida de su ilustre esposo, el eminente poeta, gloria de esa región y de España entera, y me ordenan la dé en su Real nombre su más sincero y sentido pésame.»

II. *El secretario de Su Majestad la Reina Doña María Cristina á la viuda del poeta Llorente:*

«Su Majestad la Reina Doña María Cristina me encarga transmita á usted y á sus hijos el testimonio de su pésame más sincero por la muerte del ilustre vate, gloria de la poesía española.»

III. *El jefe de la casa de los Infantes D. Fernando y D.<sup>a</sup> María Teresa á la señora viuda de Llorente:*

«Sus Altezas Reales se asocian de todo corazón á la inmensa pena de usted y su familia, y al duelo de esa región y de España entera por la pérdida de uno de sus más ilustres hijos.»

IV. *«Señora viuda de D. Teodoro Llorente.—S. A. R. la Infanta doña Isabel le envía su más sentido pésame en su desgracia, lamentando mucho la pérdida que han sufrido las letras patrias en general y Valencia en particular.—Alonso Coello.»*

TELEGRAMAS DE MADRID.

V. *«Ministro de la Gobernación al Gobernador.—El señor Presidente del Consejo de Ministros se ha enterado con profundo dolor del fallecimiento de D. Teodoro Llorente, gloria de España y orgullo de Valencia, con quien uníanle tan estrechos vínculos de amistad y cariño. Ruego á V. E. exprese personalmente á la familia del ilustre muerto el sincero pésame del Presidente, y sírvase llevar en el entierro su representación y ofrecer en su nombre una corona.»*

VI. *«El Ministro de Instrucción Pública.—La noticia del fallecimien-*



No obstante, de los hombres en quienes se asumen representaciones tan trascendentales, como la de Teodoro Llorente en la España intelectual de toda la segunda mitad del siglo ante-

to de nuestro gran poeta D. Teodoro Llorente me ha causado intensa, penosísima impresión. Ruego á V. S. haga pública la expresión del sentimiento que me inspira esta pérdida, difícilmente reparable para las letras y para todos aquellos que supieron y pudieron apreciar su cariño á la tierra valenciana y su hondo amor á la patria.»

VII. «*El Ministro de Instrucción Pública al Gobernador.*—Haga presente personalmente á la familia del insigne poeta cuán de veras me asocio á su pena como antiguo particular amigo, y cuánto lamento como Ministro de Instrucción Pública pérdida tan irreparable. Ruégole dedique preciosa corona flores. Sería muy de mi agrado que á su entierro acudieran en numerosas representaciones todos los centros dependientes de este Ministerio.»

VIII. «En nombre de la Academia de la Poesía Española que preside S. A. la Serma. Sra. Infanta D.<sup>a</sup> Paz de Borbón, asóciome al duelo de Valencia por la pérdida del gran poeta, su académico honorario. Cuénteme personalmente entre los suyos para todo acto en honor á su memoria.—*Mariano Miguel del Val.*»

IX. «Afligidísimo por la inmensa desgracia. Valencia y España están de duelo. Participa de su intenso dolor, *Navarro Reverter.*»

X. «Agobiado pena, envíole mi pésame. ¡Resignación! Su nombre es inmortal.—*Francisco Peris Mencheta.*»

XI. «Asóciome de todo corazón al dolor que embarga familia, Valencia, España entera, por pérdida hombre eminente, orgullo patria.—*Querol.*»

XII. «Envíole, en mi nombre y en el de toda la Redacción de *La Epoca*, el más sentido y cariñoso pésame por la muerte del querido insigne amigo y del ilustre compañero.—*Marqués de Valdeiylesias.*»

#### TELEGRAMAS DE CATALUÑA

XIII. «*Barcelona.*—Acabo de regresar á esta ciudad. Unome al justo sentimiento familia, Valencia toda, fallecimiento su buen padre. Concedo indulgencias pedidas.—*Obispo de Barcelona.*»

XIV. «Lloro y rezo por el gran valentino.—*Juan, Obispo de Urgel.*»

XV. «Consistori dels Jochs Florals de Barcelona plora al ilustre poeta que fou son president y acompanny familia en sou dol, *Matheu, Guimerá, Cabot, Puig, Martí Firozzini, Nadal.*»

XVI. «Ateneo Barcelonés s'asocia al dol de las lletras catalanas y de tot valenciá per la pérdua del insigne poeta Teodoro Llorente, á qui ha acordat dedicar, cuant comentsi el curs próxim, un tribut digne de la seva gloria.—El president, *Domenech y Montaner.*»



cedente, siempre hay mucho que comentar y decir, aunque, como con Llorente sucede, él mismo en la publicación de sus propias obras se adelantase á alzar el velo ante el instinto investigador y el espíritu crítico de los venideros, de los que fueron, de los que aspiraron, del lento curso del desarrollo de sus facultades y del poder magnético á que dejaron arrastrar toda la intensidad de su trabajo y todo el influjo de su acción.

Si es indispensable para conocer una personalidad distinguida en la alta intelectualidad comenzar por el bosquejo biográfico, que determina las líneas de su preparación por el estudio, ó de su disposición por el instinto natural, no hay personaje alguno en ninguna literatura de quien, en cuatro líneas,

---

XVII. «Orfeó Catalá s'associa de tot cor al dol per la pèrdua del gran poeta. Al cel sia.—President, *Matheu*.»

#### TELEGRAMA DE MISTRAL

XVIII. *Maillane* (Provenza).—3 Julio 1911.—«Queridos amigos: Mi esposa y yo tomamos una de las partes más vivas en el gran dolor que os trae la muerte de mi ilustre y muy antiguo compañero, el excelente amigo D. Teodoro Llorente. La poesía de nuestra lengua *d'oc*, valenciana, lemosina, catalana y provenzal, tiene con ello una de sus mayores pérdidas. El gran patriota Llorente, eminente sucesor de Ausias March, había hecho que volviese á florecer, bajo las más puras formas, la lengua popular del reino de Valencia, y desde los primeros tiempos de nuestro Renacimiento meridional habíamos rendido homenaje á su maestría, otorgándole el título de *Mayoral* de Felibres. Él ha tenido la dicha de recibir, antes de morir, en las fiestas que Valencia le ofreció el año pasado, la dulce recompensa que el poeta ambiciona, la prueba tan conmovedora de su popularidad, ¡y yo creo ser el intérprete de todos los poetas de este lado de los Pirineos, al expresar á usted nuestro sentimiento y nuestro dolor! A ustedes, la viuda, los hijos y nietos del poeta, de todo corazón, *F. Mistral*.»

#### TELEGRAMA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

XIX. «*Buenos Aires*.—Círculo Valenciano deplora irreparable pérdida de su ilustre presidente honorario, gran poeta, esclarecido ciudadano, y únese al duelo nacional.—*Pla y Valor*, vicepresidente.—*Nicolau Roig*, secretario.»

Los telegramas del arte, de la amistad, de la política y de la admiración fueron tantos, que no pueden ser reproducidos.



no pueda trazarse ese bosquejo. Pero la biografía de Llorente, prescindiendo de esa condición por fechas y hechos correlativos, así no puede delinearse. Nació en Valencia, el 7 de Enero de 1836. Acerca de la procedencia de su familia, Navarro Reverter dice que no era de abolengo valenciano. «Como indican sus apellidos, escribe, sus progenitores por la línea paterna eran en el siglo xvii hidalgos riojanos, establecidos en Rincón de Soto. Allí nació el sacerdote escritor D. Juan Antonio Llorente (*Nellerto*), autor de la *Historia de la Inquisición*, de quien se habló tanto á fines del siglo xviii y comienzos del xix. En aquel tiempo, un individuo de esa familia se había trasladado á Navarra, fundando casa en Olite. De allí vino á Valencia el bisabuelo del poeta, y su estirpe arraigó aquí bien. Nuestro Llorente, aunque hijo amantísimo de Valencia, creía que existía en él algo que revelaba aquel origen septentrional.» A estas noticias Navarro Reverter añade: «Antes de ir á la escuela, su madre, D.<sup>a</sup> María Olivares, le enseñó á leer; y apenas supo leer, cogió los libros como patrimonio suyo, y ya no los soltó en toda su vida.» ¡Siempre la madre augurando los destinos sublimes de los hijos! ¡Oh santas madres! ¡Todas, como en Jesús, dejan en sus buenos hijos el reflejo de María! De este primer período de sus estudios y de todos sus estudios elementales de niño Llorente nos dejó escrito:

«¡Cuántos libros ponían en mis manos!  
¡Con qué inquietud los devoré anhelante!  
En ellos, para todos los arcanos,  
Busqué luz, sin hallar jamás bastante!...»

En otro lugar declara que en todas las aulas fué siempre, desde niño, *juicioso y aplicadillo*. En la Universidad, después, conquistó títulos académicos y honores escolares y se captó los primeros amigos: Trinitario Ruiz Capdepón, Bienvenido Oliver, Gerardo Estellés y otros; pero el más íntimo de todos, Vicente W. Querol, el poeta de más elevado vuelo que Valencia ha producido, y que él y todos le perdimos, cuando más



gallardas desplegaba por el espacio las alas de su genio. En la edición póstuma de las *Rimas* de Querol, cuyo prólogo escribió Llorente, decía éste: «Desde entonces, desde las aulas y para siempre, durante veinte años, apenas nos separamos un solo día: juntos proseguimos nuestros estudios literarios, juntos ideamos nuestras primeras obras y juntos escribimos algunas de ellas. Vivíamos vida común. ¡Interrumpiéronla las duras exigencias de la realidad! Querol tuvo que dejar su querido país natal: logré yo la dicha de permanecer en él. ¡Pero de lejos continuó nuestro pensamiento en comunicación constante, anhelando volver á reunirnos y pasar juntos el último tercio de la vida, con cuyo sueño en la mente prematuramente murió!» Como aquella amistad y los ejercicios de que se alimentaba constituyen uno de los principales fundamentos de la vida literaria de Llorente, hay que reproducir aquí algunas de las notas con que Llorente endulzaba sus recuerdos al escribir el prólogo de las *Rimas* de Querol. ¿Qué eran para ellos, cuando estudiaban juntos, los claustros de la Universidad valentina, y en sus aulas la *Instituta*, de Justiniano, ó el *Ordenamiento*, de Alcalá? Redes en las que sus almas, soñando otros ideales, se entregaban á volar sin pena por el éter esplendoroso de la poesía, devorando á hurtadillas, durante las explicaciones de los catedráticos, los libros de Quintana, de Espronceda, de Zorrilla, que caían en sus manos. «Antiguos ó modernos, Llorente escribió después, clásicos ó románticos, españoles ó extranjeros, todos los poetas nos atraían y nos arrastraban. Epopeya ó drama, epigrama ú oda, idilio ó elegía, todo nos lo apropiábamos, todo nos lo queríamos asimilar, sin que nada saciase el impaciente anhelo. El antiguo Parnaso, con el que nos habían familiarizado nuestros preceptores, fué pronto estrecho para nosotros, y á los poetas castellanos, sabidos de memoria, sucedieron los extranjeros. Dante, Petrarca, Tasso, bajaban de las espléndidas cimas de la gloria para guiar nuestros pasos: Camoens nos señalaba el dorado camino de Oriente; Corneille y Racine nos iniciaban en la pomposa majestad del teatro fran-



cés; Chateaubriand nos revelaba el nuevo mundo de las fantasías románticas; Lamartine encendía en nuestra alma el calor de una sensibilidad delicada y triste y Víctor Hugo arrebatava nuestra imaginación con el ímpetu de su genio desbordado. ¡Y aún queríamos más y más poesía! ¡Aún nos atraían con fuerza irresistible las fantasmas del Septentrión que envuelve Ossian entre nieblas y tempestades, y las sangrientas tragedias de los Nibelungos, y los personajes vivientes y apasionados de Shakespeare, y el infierno tenebroso de Milton, y los cielos brillantísimos de Klopstok, y las leyendas conmovedoras de Schiller, y las concepciones épicas de Goethe, y los lamentos sarcásticos de Byron! En nuestro punzante afán, hallábamos pálidas, desabridas, insuficientes las traducciones españolas y francesas de esos autores; queríamos penetrar más adentro en sus obras fascinadoras; comprender y juzgar su sentido liberal; encontrar y observar la medula de su pensamiento, y cuando veíamos abierto entre nosotros el texto original, aquellas palabras exóticas y enrevesadas, henchidas de sílabas impronunciabiles, nos provocaban y atraían, como á Edipo la esfinge tebana, y con el arranque de la mocedad irreflexiva nos lanzábamos á descifrar aquellas para nosotros sacratísimas letras... Pasando los ojos incesantemente de los oscuros versos al grueso Diccionario, hojeado y descuadernado, con mano calenturienta, fiando en nuestra intención mucho más de lo justo, transcurrían sin sentir largas horas, en las que del fondo negrísimo de aquellos extraños vocablos iban brotando, como de los pliegues de espesa niebla, las encantadoras imágenes, que quedaban grabadas con rayos de luz en nuestra imaginación, abstraída en su suprema belleza, tan arduamente conquistada.»

Ciertamente no parecerán éstas las disciplinas universitarias más propias de dos jóvenes alumnos de la ciencia del derecho; mas por eso, aunque tanto Querol como Llorente llegaron *con aprovechamiento* al término de su carrera académica, cuyos grados revalidaron y cuyos títulos merecieron, en el curso de sus



destinos posteriores, el uno en las oficinas de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, unidos á los de Valencia á Almansa, y el otro en el periodismo, en que por propia iniciativa se aisló, fundando periódicos propios, como *La Opinión* de 1861 y *Las Provincias* de 1866, y que todos tuvieron vida próspera, ni el uno ni el otro dejó tratado alguno de administración ó derecho, revelador de su aplicación facultativa, sino *Rimas* y más *Rimas* Querol, y *Rimas* y más *Rimas* Llorente, en uno y en otro testimonio perdurable de la grandeza de su genio respectivo, y en Llorente fundamento de una gloria que á tantas apoteosis le ha conducido, y que ha de ser imperecedera y perpetua. Por eso, cuando Teodoro Llorente por vez primera vino á Madrid en 1859, á cursar y tomar el doctorado en la Facultad de Derecho, no se trajo para acá ningunos comentarios á ninguna clase de leyes, ni ningún manual de ninguna rama de la ciencia en que sus títulos le decoraban, sino los borradores de las *Poesías selectas de Víctor Hugo*, las cuales, conocidas allá por su coterráneo Aparisi y Guijarro, y aquí por el serrano de la áspera Alpujarra, Pedro Antonio de Alarcón, que de las columnas de *La Epoca* salía aquel mismo año para ser genial testigo y narrador de la guerra de Africa, no solamente les arrancaron sus aplausos, sino le pusieron en camino para que Emilio Castelar, graduado ya por el prestigio de su palabra en las cátedras del Ateneo más que en la de la Universidad Central, le diera la mano para presentarlo, con el prólogo que puso á su obra, en el teatro de la opinión, primer paso necesario á la notoriedad y al ensanche de la vida pública literaria.

Como ningún testimonio vale más que la propia evocación del autor á sus recuerdos, traslademos aquí lo que á este propósito Llorente nos ha dejado escrito en el *Proemio* del libro posteriormente publicado que lleva por título *Poetas franceses del siglo XIX*.—«Tenía emborronado yo, dice, un gran número de cuartillas cuando lograron verlas algunos de mis amigos más íntimos. Halagáronme sus elogios, y entonces caí en la tentación de publicar mis traducciones. Uno de mis maestros, Apa-



risi y Guijarro, llegó á escribir para las de Lamartine un prólogo, que insertó en su periódico *El Pensamiento de Valencia*. Era esto en 1858. Fuí entonces por vez primera á Madrid, aún estudiante, llevando en la maleta el abultado paquete de mis versos. Encontré allí protectores benévolos: Pedro Antonio de Alarcón, á quien había conocido en Valencia, y que se ufana- ba en patrocinar á Vicente W. Querol, quiso prestarme igual merced. Al contrario de Aparisi, ponía á Víctor Hugo sobre Lamartine, y quiso que se publicasen primero sus traduccio- nes. Encargóse de ello la imprenta de *La Discusión*, periódico en que colaboraba también el futuro autor de *El sombrero de tres picos*. Pero faltaba un prólogo de algún escritor de muchas campanillas, que recomendase al novel poeta traductor. Alar- cón me presentó con este objeto á Castelar, famoso ya en aquel tiempo. También al orador demócrata gustaba amparar á los muchachos cultivadores de las letras. A mí me recibió muy bien; me abrió de par en par las puertas de su casa y escribió el prólogo encomiástico. Con aquel prólogo salieron á luz mis *Poesías selectas de Víctor Hugo traducidas en verso castellano*, y aunque tuve un momento de juvenil satisfacción, al ver mi libro, pronto conocí sus defectos.» Al fin, aquel libro no era más que un ensayo.

Así como las aulas universitarias de Valencia y el contacto con los jóvenes, tratados desde la infancia, sólo inflamaron en el corazón y en el cerebro de Llorente el ansia de saber, y el estímulo de aspirar, por medio de las inclinaciones desatadas de su espíritu; la influencia de Madrid en el breve espacio de tiempo que residió en la corte hasta poner sobre su birrete la borla y la muceta roja, y mientras activó sus diligencias para ver impreso el libro de las traducciones de Víctor Hugo, fué el primer aguijón que rompió en su alma las dormidas ambi- ciones de la política. No era esencialmente distinto aquel pe- ríodo de nuestra historia contemporánea, de cada uno de los en que puede dividirse nuestro desdichado movimiento de re- generación, que, iniciado en la orfandad del trono y entre



las desgracias de la invasión extranjera en las Cortes de 1810 en la isla, todavía permanece en la misma actividad, en la misma inquietud, en las mismas incertidumbres, á pesar de los desengaños experimentados y de las terribles pérdidas sufridas. Lo único que variaba en el tono general en las cosas eran los nombres, las circunstancias accidentales y el enigmático rumbo de los destinos nacionales. En el partido progresista, no sólo estaba abierta y sin cicatrización posible la herida cruenta de 1856, sino que estas mismas contrariedades y estas mismas decepciones le impulsaban á una actitud de verdadera desesperación, aunque momentáneamente lo contuvieran, por una parte, las divisiones interiores que lo despedazaban, y por otra, la hábil tregua que el General O'Donnell, representación única personal de la llamada Unión liberal, había sabido labrarse en su provecho con los entusiasmos que en toda la nación produjo la guerra de Africa. El partido progresista tenía una parte de sus hombres más importantes, sobre todo del elemento joven intelectual, resellado dentro del tercer partido que el General O'Donnell había formado para deshacer los moldes de los otros dos partidos antiguos constitucionales; otra parte de él, aun conservando su tradición revolucionaria, no como ariete para destruir todo lo existente, sino para imponerse hasta á las instituciones fundamentales como Riego se impuso al Rey Fernando VII en las Cabezas de San Juan, y Espartero á la Reina Cristina en Barcelona, no pensaba siquiera salir del molde monárquico, ni soñaba en un cambio de dinastía; por último, la masa popular que aún le quedaba, con Olózaga, el gran antidinástico, por oráculo, y Prim en perspectiva como brazo de acción, no hacía más que hilvanar el modo con que declararse frente á frente contra el Trono, aun sin pensar resueltamente si había de ser sustituido con el gorro frigio, aspiración de la democracia intelectual nacida en 1854 en el Teatro de Oriente, ó con la unión ibérica bajo la hegemonía de la casa reinante en Portugal, ó fundando una nueva dinastía nacional y popular á la manera de la antigua Regencia de



1840, y en cabeza del Duque de la Victoria. La guerra con el Xarifa de Marruecos había establecido una efímera tregua, y O'Donnell había querido endulzar la situación de sus rivales haciendo tomar parte en ella al General Prim y ponderando en cada ocasión sus heroísmos. Pero el rescoldo achicharraba por dentro debajo de aquella tenue capa de ceniza. Y aunque, cuando Llorente vino á Madrid á doctorarse, el *servum pecus* de los cafés y de los círculos sociales aparentemente no se enardecía más que con los fatuos destellos de lo que en la guerra de Africa habían concebido todos los falsos espejismos de una opinión perpetuamente ignorante y desorientada, en la redacción de *La Discusión*, que Llorente tuvo que visitar en sus entrevistas con Castelar, en las reuniones que los amigos de éste y de Alarcón tenían, no á diario, sino casi permanentemente, en el café Suizo, que aún subsiste, y en el de la Iberia, que se hallaba en la Carrera de San Jerónimo, aquel alma, antes enteramente serena, comenzó á sentir la irradiación de las pasiones dominantes, contaminándose un poco con ellas, si no por calor natural, por el que le imponían los sentimientos de gratitud á que se sentía inclinado hacia aquellos que en la aprobación de sus *versos* y en su disposición á publicarlos, le tomaban bajo una protección ambicionada, abriéndole el teatro de la notoriedad y del porvenir. Desde Madrid, pues, y bajo estas influencias, llevó á Valencia de retorno las vagas ambiciones que jamás antes había sentido, y sin darse todavía enteramente cuenta, puesto que aún no había entrado en reflexión consigo mismo, ni de las ideas que había de profesar, ni de los objetivos que había de perseguir. Tal era la disposición real de su ánimo, cuando en Valencia se fundó *La Opinión*, no como un suceso de circunstancias accidentales, sino como derivación del trabajo de reorganización y propaganda que el partido progresista había emprendido en medio de las impresiones de la guerra, desde el seno de la famosa *Tertulia* que había formado y desde la redacción de *La Iberia* que dirigía Calvo Asensio, y en la que colaboraban tantos jóvenes ilustrados de acción.



La cooperación de Llorente á la redacción de *La Opinión* no fué para él sino un estudio y una prueba sobre su propio temperamento, refractario á las exaltaciones de que entonces se nutría la política. Por otra parte, el momento elegido para la creación de aquel periódico no era el más oportuno; porque, á pesar de los esfuerzos de los directores políticos del partido progresista en Madrid, el estado de prosperidad en que el de la Unión liberal se hallaba en el Gobierno con los frutos espléndidos de la desamortización, el prestigio que le daba la multitud de empresas y grandes obras públicas que acometió, y, finalmente la fascinación de los laureles militares, alcanzados en los Castillejos y en la toma de Tetuán, esterilizaban completamente en la opinión aquellas tentativas, y los periódicos á que en varias provincias se quiso dar vida, como en Valencia á *La Opinión*, ni alcanzaron en óptimas suscripciones el favor del público, ni lograron conquistar aquellos elementos auxiliares que ayudan al inmenso presupuesto diario de este género de publicaciones. Al terminar el año 1865, la vida económica de *La Opinión* se había hecho imposible, y la moral y política no le habían dado una reputación suficiente á proporcionarse con ella elementos de subsistencia. Por otra parte, en el yunque de la discusión diaria, Llorente se había penetrado de que su papel no estaba en la representación de las ideas de un partido hacia cuyos actos desatentados instintivamente se sentía refractario. Conocía que en la vida moderna, la posesión de un periódico es la posesión de un instrumento de imponderable fuerza para todo género de tentativas eficaces y generosas, y desde este punto de vista le amargaba la idea de que *La Opinión* desapareciera; pero él, personalmente, en aquella prueba de más de tres años, se había dado públicamente á conocer bastante, para que en altas mentes pudiera entrar la cotización de su utilidad y de sus méritos, y aunque, en efecto, en los primeros días de Enero de 1866, *La Opinión* dejó de publicarse, como periódico de ideas de partido, en el último día de aquel mismo mes salió á la calle un nuevo periódico, titulado





*Las Provincias*, en el que no sólo habían sido sustituidos los nombres de sus redactores, sino las bases de su programa, quedando sólo de la antigua publicación el de Llorente, en la doble cualidad de director y de propietario. En este cambio, el programa de *Las Provincias* era diametralmente el contrario del que *La Opinión* había sostenido durante su breve vida.

Se ha dicho que la palanca de aquella transformación fué la esplendidez del banquero D. José de Campo, que, como los Girona en Barcelona, los Loring en Málaga, los Calderón en Granada, los Retortillo en Cádiz, émulos de las iniciativas gallardas y de las ponderadas prosperidades de Salamanca, quiso ser en Valencia el regenerador económico de su provincia y el protector decidido de sus hombres de mérito. En efecto, hechura del que se tituló después Marqués de Campo, fué el amigo, el inseparable de Llorente, Querol, á quien Campo destinó como secretario del ferrocarril de Valencia á Almansa y Tarragona; hechura del mismo el ingeniero Navarro Reverter, que, en brazos de sus talentos tantas posiciones culminantes ha ocupado y ocupa en la política; y si Llorente, al constituirse propietario y director de *Las Provincias*, le debió también su protección, el caso sólo probaría que el Marqués de Campo sabía escoger hombres. Entre el programa de *Las Provincias* y la realidad política de este periódico en sus cuarenta y cinco años de existencia, de los cuales, treinta y dos duró la dirección personal y efectiva de Llorente, median las diferencias que siempre existen entre todo ideal y toda realidad; pero Llorente, periodista de la masa de Juan Mañé y Flaquer, en Barcelona, y de Fernando de Arboleya, en Cádiz, ha sido uno de esos mentores de la opinión, de quien en ningún momento, ni en los más críticos de nuestra historia contemporánea, ningún interés noble, ninguna fe ingenua, ningún pensamiento patrio pueden recriminarle de haberles producido jamás la más leve decepción. Publicistas que en medio siglo de contiendas apasionadas pueden ostentar este solo título, por él merecen el ser beneméritos de la patria y de la civilización. Morote, en *El Mun-*



do, ha querido ponderar su espíritu de tolerancia, con el cual fué Llorente siempre respetado y querido: tome Morote para sí la lección, y propáguela entre los que con él comulgan. Con pasiones estrepitosas y exaltadas se conquista la popularidad de los necios y de los ignorantes, y se escalan indebidas posiciones. Con espíritus de la alta moderación y reposo del de Llorente, quizá no se va tan allá; pero la corona de amor y de respeto en que se engarza el propio nombre, vale más, mucho más, que las posiciones indebidas asaltadas, por culminantes que parezcan, y que los aplausos de las multitudes volubles, que un día maldicen lo que el anterior canonizaron. *Las Provincias*, durante el medio siglo de existencia que llevan, bajo el carácter y el impulso que Llorente las dió desde el primer día de su aparición, han sido y son en Valencia, no sólo la palanca y el asiento de todo lo que arguye vida, estabilidad y consideración, sino el reflejo del espíritu religioso de aquella región, de su espíritu monárquico, de sus ideas de economía y de orden, de su justa aspiración á todo progreso y á toda prosperidad, refundiendo en el teatro público en que ha vivido las virtudes privadas que fueron el timbre supremo de la vida de Llorente en lo recóndito de su hogar, en la expansión de su familia y en lo sincero de su sociedad.

Por eso, ni en las épocas de mayor agitación política en que en tan largo espacio de tiempo ha tenido que tomar parte *Las Provincias*, como periódico, en las emociones de la opinión, la serenidad inalterable con que Llorente asistía ó presenciaba el desarrollo de los sucesos, en su misión de narrarlos, comentarlos y darles su propio matiz, le impedía, á pesar de lo ímprobo de sus trabajos, descansar en el seno de sus aficiones predominantes y dedicar sus pocos ocios y descansos á la grata ocupación de la poesía. Redactando en *La Opinión*, emprendió con Querol la traducción de *El Corsario*, de Byron (1),

(1) *El Corsario*, poema de lord Byron, traducido del inglés en verso castellano por D. VICENTE W. QUEROL y D. TEODORO LLORENTE. (Valencia, imp. de J. Domenech, 1863); 4.º, 104 págs.



y cuando, en 1866, D. Francisco José Orellana y D. Cayetano Vidal y Valenciano acometieron en Barcelona la empresa de publicar un *Teatro selecto antiguo y moderno, nacional y extranjero*, ilustrado con una *Introducción, notas y observaciones críticas y biográficas*, del cual, en 1868, ya llevaban impresos los seis volúmenes en que la publicación se contuvo, Llorente fué invitado á colaborar en la obra, para la cual ofreció su traducción de la *Zaira*, de Voltaire (1). Aunque edición más industrial que literaria, como la mayor parte de las obras de este género que dan á luz los editores catalanes, esta colección es bastante interesante, no sólo por la parte que desempeñaron en ella Vidal y Valenciano y Orellana, sino por lo bien escogidas que en los tres primeros tomos están las piezas dramáticas de nuestro antiguo *Teatro*; por la novedad que ofrecen en el cuarto las del teatro británico de Shakespeare, Vicherley, Otway, Thomson, Goldsmith, Byron, etc., y algunas del polaco y ruso, y finalmente, porque entre las del teatro francés que componen los tomos quinto y sexto, se reproducen algunas traducciones de insignes literatos españoles que están ya enteramente olvidadas, hasta para la erudición, como las de la *Fedra* y la *Atalia*, de Racine, que vertió al castellano D. Eugenio de Llaguno y Amírola; *La escuela de los maridos* y *El médico á palos*, de Molière, vertidas por D. Leandro Fernández de Moratín; *El hipócrita*, del mismo Molière, traducida por el abate D. José Marchena, y muchas de las trasladadas á nuestro idioma ó arregladas por nuestro insigne Bretón de los Herreros, como la *Andrómaca*, de Racine; la *Merope*, de Voltaire; la comedia *Engañar á la verdad*, de Marivaux, y otras muchas de Beaumarchais, Chenier, Ranouard, Delavigne, Scribe, etc. No hay que decir que la traducción de la *Zaira* que Llorente hizo, no se hizo para la ejecución teatral, sino para el modelo en el estudio literario.

---

(1) *Zaira*, tragedia de Voltaire, traducida en verso español por D. TEODORO LLORENTE. Barcelona, 1868. Est. tipogr. de Salvador Manero.— (Tomo V. *Teatro francés antiguo*.)



Esta aplicación al estudio de las literaturas extranjeras, no en los libros y tratados que de ellas surgen, sino en sus fuentes naturales y prixtinas, en las obras mismas que producen, ya sabemos, por confesión propia, que fué ejercicio apasionado que juntos acometieron desde las aulas de la juventud Querol y él; mas de esta unión de esfuerzos, solamente aparece en los documentos de la publicidad *El Corsario*, de Byron, traducido y versificado en perfecta asociación; porque aunque, como antes se ha dicho, en el prólogo de las *Rimas*, de Querol, Llorente afirmó que asociados también se aplicaron á la del *Fausto*, de Goethe, en la edición que de éste se hizo en 1882 (1), la traducción no se reconoce hecha sino por Llorente solo. Así lo fueron del mismo modo las *Leyendas de oro* (2) y las *Amorosas* (3), colecciones ambas de poesías de los principales autores modernos, de que nos ocuparemos después, y en cuya traducción y versificación Llorente se ha empleado hasta los últimos días de su vida, y así igualmente la de las *Poesías* de Heine (4)

(1) *Fausto*, tragedia de Juan Wolfango Goethe, traducida en verso por D. TEODORO LLORENTE. Barcelona, Bibl. de Arte y Letras, 1882; 8.º, 316 págs.

(2) *Leyendas de oro*, poesías de los principales autores modernos, vertidas en rima castellana por D. TEODORO LLORENTE. (Volumen V de la *Biblioteca selecta*, publicada por D. Pascual Aguilar.) Valencia, 1875. Imprenta de J. Domenech; 8.º, 240 págs.

*Leyendas de oro*, poesías de autores modernos, vertidas en rima castellana. Segunda serie. Valencia, 1908. (Bibl. selecta de Aguilar.) Imprenta de Vives Mora; 16.º, 256 págs.

(3) *Amorosas*, poesías de los principales autores modernos, puestas en rima castellana por D. TEODORO LLORENTE. (Bibl. selecta de Aguilar.) Valencia, 1876. Imp. de J. Domenech; 16.º, 214 págs.

(4) *Poesías de Heine: libro de los Cantares*. Traducción en verso, precedida de un prólogo, por D. TEODORO LLORENTE. (Bibl. Arte y Letras.) Barcelona, 1885. Imp. de Daniel Cortázar; 8.º, 256 págs.

*Enrique Heine*, poesías traducidas en verso castellano y precedidas de un prólogo, por TEODORO LLORENTE. Nueva edición, corregida, y aumentada con *El mar del Norte*, *Nueva primavera* y otras composiciones.—Barcelona, 1908. F. Granada y Comp.<sup>ª</sup>, editores. Imp. de la casa editorial; 8.º, 288 págs.



y la de las *Fábulas* de Lafontaine (1). Como todas estas traducciones tienen una importancia y un sentido en el giro de nuestra literatura moderna que no es posible desconocer, después de agruparlas aquí como precioso y tenaz empleo de la culta laboriosidad y del pensamiento sublime de Llorente, otra vez habremos de volver sobre su tema. Invítanos, entretanto, á no retardar el principio de la obra suprema de Llorente en el renacimiento de la poesía lemosina la inmensa trascendencia de esta manifestación de su gran espíritu, y á ella hemos de consagrar con preferencia algunas líneas.

Según las notas biográficas y críticas que el canónigo de Valencia D. José Sanchís Sivera ha reunido como complemento del trabajo crítico-biográfico de Navarro Reverter sobre Llorente, los primeros versos lemosines que éste escribió, de que hay noticia circunstanciada, fueron los que en 1861, teniendo el autor veinticinco años de edad, envió á unos Juegos florales de Barcelona. El título de aquella composición era el de los años de vida que contaba el autor, *Veinticinch anys*, y esta composición obtuvo ya un primer accésit. Sin embargo, se sabe que anteriormente los había hecho también, y que debió seguir escribiéndolos y tomando parte con ellos en el resurgimiento de la poesía provenzal, que no sólo se había despertado del lado allá de los Pirineos Orientales, sino en Cataluña, en Mallorca y aun en Valencia mismo, aunque con no tanta intensidad como la que Aribau, á quien siguió Rubió y Ors, le habían ya impreso en la capital del antiguo Principado. De que Llorente no sólo envió sus composiciones á aquellas festividades poéticas, sino que, trasladándose á Barcelona, contribuyó personalmente á los rápidos progresos que en breve hizo toda aquella nueva literatura, en los varios dialectos locales en que se halla dividida, sería prueba bastante el hecho de que para los Juegos florales de 1866 ya fué nombrado mantenedor. Con

(3) *Fábulas de Lafontaine*, ilustradas por Gustavo Doré: traducción de D. TEODORO LLORENTE. Barcelona, 1885. Montaner y Simón, editores. Imp. de los mismos; folio, 374 págs.



todo, en la primera edición de su *Llibret* de versos, hechos en 1885, cuando hacía cinco años que ya había tenido la honra de presidir el Consistorio, Llorente, en una nota dijo que «la idea de versificar en valenciano se la inspiró la lectura de *Lo Gayter del Llobregat*, siendo éstos los primeros versos catalanes que conoció. «Quedé tan hechizado de aquel nuevo lenguaje poético, añadió, que no podía sacármelo de la cabeza.» Entonces, á imitación de Rubió y Ors, empezó á escribir en valenciano, y decía: «Mis primeras composiciones valencianas sólo pertenecen al renacimiento por el idioma, y éste, aun encogido, no por el pensamiento, que respondía al platonismo amoroso y sentimental que me hizo escribir muchos versos de mi juventud.» Esto debía acontecer hacia 1859, teniendo Llorente veintiún años; pues del mismo modo confiesa que, conocidos sus ensayos por uno de sus maestros, D. Pascual Pérez Rodríguez, que á la sazón publicaba una hoja diaria con el título de *El Conciliador*, no sólo insertó en sus columnas algunas de estas composiciones, sino que dió á entender que en los versos del joven Llorente «veía apuntar el renacimiento literario de la lengua valenciana». De esta misma opinión fué el poeta balear D. Mariano Aguiló, el primero que llevó á Barcelona con entusiasmo los nombres literarios de los jóvenes valencianos Querol y Llorente. El pronóstico de Pérez Rodríguez en 1857, puede decirse que diez ú once años después, en 1868, estaba realizado. Esta solemne sanción se produjo en aquellos Juegos florales que en Barcelona se celebraron en Mayo de 1868, bajo la presidencia de Víctor Balaguer, y á los que no sólo asistieron Federico Mistral, el Príncipe Bonaparte White y otros compañeros suyos, venidos de la Provenza, sino todos ó la mayor parte de los que cultivaban la nueva poesía lemosina en Cataluña, Valencia y Mallorca, y hasta algunos castellanos, como Núñez de Arce, que accidentalmente se hallaba en Barcelona, y Ruiz Aguilera, que había sido invitado por Balaguer, cuyo huésped fué; habiendo declinado su asistencia, aunque invitado también, el Conde de Cheste, á la sazón Capitán ge-



neral de Cataluña y Comandante general de Alabarderos, más que por las imposiciones de su carácter oficial, porque aquella junta verdaderamente internacional de poetas venía precedida de la sospecha de un fin político no abonable, en que tanto como las influencias revolucionarias de dentro, que pocos meses después estallaron en las aguas de Cádiz y se calificaron en los campos de Alcolea, parecía ejercerse también en los de otros cuadrantes exteriores ominosos á la integridad de la patria. El General Pezuela, que no quiso dificultar la celebración de aquella asamblea por su carácter público literario, la vigiló suficientemente en el político, para que no tuviera otro resultado práctico que el fin intelectual que había prometido. Y, en efecto, en los Juegos florales de Barcelona de 1868, puede decirse que quedó definitivamente constituida la asociación general de los poetas provenzales en todos sus dialectos regionales, y aquella asociación se llamó desde entonces el *Felibrige*, del nombre de *felibre*, que traían los compañeros de Mistral. Allí también se resolvieron las cuestiones de insignias y categorías. A los nuevos *felibres* se les otorgó la *vinca-supervinca*; la *cigarrera de oro* á los *majonrals* y la *Santa estrella* de siete rayos al *capoulié*, ó jefe de todo el *Felibrige*, cuyo honor fué también en Mistral reconocido. Tres *majonrals* fueron nombrados para Cataluña, tres para Valencia y tres para Mallorca: los tres valencianos fueron Teodoro Llorente, Vicente W. Querol y José María de Torres, bibliotecario de la Universidad valentina, porque, aunque no era poeta, le habilitaba para este título honorífico su conocimiento profundo de la literatura y de la lengua lemosino-valenciana.

Desde 1868 hasta 1878 en que Teodoro Llorente y Constantino Llombart lograron, á fuerza de constancia, fundar *Lo Rat Penat, societat d'amadors de la llengua valensiana*, la labor poético-lemosina del primero equivalió á la resurrección de una lengua muerta, dotándola de la gallardía con que en el siglo xv pudo hacerse inmortal en ella Ausias March. Dice Navarro Reverter que lo primero que hizo *Lo Rat Penat*, apenas



fundado, fué restablecer los Juegos florales, y que en los primeros que se celebraron, Llorente fué el trovador premiado con *la flor natural*, y María Llorente, la tierna hija del poeta, *doncella no esclatada en lo jardí del amor*, la primera que con sus catorce vírgenes primaveras ocupó aquel trono de la gentileza, que en los siguientes decoró también de modo esplendente otra escritora valenciana de aristocrático rango, por la cuna y por sus obras literarias, la baronesa de Cortes, Ana Paulín de Frígola. ¿Qué importaba que en el primero de estos actos Llorente pudiera contarse como casi *el único* poeta de aquel Renacimiento? La escuela que fundó Llorente, pronto se henchió de brillantes alumnos: Querol, tan superior en la alta lírica castellana, no se sentía humillado en la lemosina, reconociéndose como discípulo de Llorente, y á una voz le daban el título de maestro Pizcueta, Labaila, Llombart, Iranzo, Mattiol, Bodria, Bonet y otros de igual renombre. Aquel movimiento se hizo más simpático que el de Cataluña; porque mientras, explotado éste por la vecindad de la influencia francesa, siempre rival y enemiga de España, inflaba su fatuo orgullo en llevar su exclusivismo hasta constituir una palanca de disgregación de la unidad de la patria española, halagando el insensato separatismo, que ha sido siempre una tea encendida en el alma de los malos catalanes, el renacimiento literario lemosín-valenciano, bajo el impulso de corazones tan fieles y de inteligencias tan claras como las de Llorente y sus secuaces, no era más que otra manifestación sublime del espíritu nacional, que no se basa sólo en los elementos étnicos de que se formó la antigua corona de Castilla, ni tiende á la forzada uniformidad que en vano se ha pretendido establecer ni aun en Francia, sino que tiene por nacionales todas las lenguas y todos los dialectos que se hablan dentro de las fronteras patrias, siendo enriquecimiento de su vasto arsenal literario los progresos efectivos que cada cual en los suyos ha logrado alcanzar. Navarro Reverter reproduce, como la voz de la protesta de Llorente contra toda clase de tendencias autonomistas, las siguientes



estrofas de su *Cant á la patria*, premiado en los Juegos florales de 1883:

«Escolta, oh Patria, oh mare, mos cántichs, que la gloria  
Entre entusiastes victors á totes bandes du;  
Mon crit de renaixensa, mon himne de victoria  
Ensomnis del pervindre, grandeses de la historia,  
Tot es, anima y vida, ¡oh Espanya, pera tú!

Pera tu son les santes memories dels meus avis,  
Los fruyts de una campinya, les flors el mon jardí,  
L'enginy dels meus poetes, la ciència des meus sabis,  
La mel de nou Himeto, que endolsa en los meus llavis  
Aquesta, que't consagre, cansó de amor sans fi.

No la rebujes, Mare, perque la llengua oblides  
Que en los paláus y els temples tan dolsa soná un temps;  
Si en eixa parla escoltes tus glories repetides,  
Si canta les grandeses, si plora tos ferides,  
¿Qué es lo que tú recelas? ¿qué es lo que d'ella tems?

¿No veus, blanques ó grogues, morades ó vermelles,  
Les roses resplandéixer ab diferent color?  
Puix lo matiex aroma, te donen totes elles;  
Les muses espaynoles són como eixes flors belles;  
Parlem distintes llenguas, tenim lo matiex cor.

Esta resurrección de las literaturas de estas regiones peninsulares ha sido muy elogiada por Menéndez y Pelayo, el cual, á propósito, ha escrito:—«Si justificación necesitase el despertar de las hablas regionales, nos la daría el hecho de que con ellas se han multiplicado las energías poéticas de España, y han salido á la superficie las que estaban latentes, rompiendo la dura costra que los siglos habían acumulado sobre el núcleo tradicional. Lejos de ser un movimiento de disgregación, la nueva primavera poética ha sido el principio de una más alta unidad y armonía, una revelación más clara y explícita de la conciencia de la raza, entorpecida y aletargada tanto tiempo por el centralismo árido, infecundo y escéptico.»—Llorente, que en los *Versos de su juventud* (1), primicias de un arte, «ya

(1) *Versos de la juventud*, por TEODORO LLORENTE: 1854 á 1866.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1907, 8.º, 288 páginas.



muy seguro en sí», desplegó en la poesía castellana un buen gusto instintivo, admirable espontaneidad y corrección, y el reflejo de selectas y bien sazonadas lecturas, guardó, sin embargo, todos los secretos de su genio para aquella otra poesía del habla, aprendida en las faldas de la madre, y en la que, á pesar de su exquisita cultura, poseía como por instinto esas facultades recónditas, que no pone en funciones la voluntad, sino aquella espontaneidad para cuya exaltación no se necesitan auxilios del arte ni prevenciones de ninguna clase de artificios. No hay que buscar, pues, en Llorente al poeta, sino en lo que le es nativo, en lo que le circula por la sangre y en lo que forma su propia naturaleza; y esta naturaleza, esta sangre y este estro nativo no brota más en él que del suelo valenciano en que se meció su cuna, del ambiente valenciano que mamó desde la infancia en el seno de su madre y respiró en el hogar paterno, en el cuadro, para él siempre vivo y palpitante, de la vida valenciana, que le ofreció durante toda la suya los ejemplos de arrebatadora fe y de arrebatadora ternura que soberbiamente se delinean en todas sus composiciones, pero más que en ninguna otra, en *La barraca*, tan celebrada por propios y extraños, y en la que Menéndez y Pelayo ha encontrado el punto culminante y supremo de su arte lírico; en *Lo rosari de la viuda*, en el *Cant á la patria*, en las *Cartes de soldat*, en *El llibre de missa de meua mare*, en los *Romans de Visanteta quand aná á Saragossa*, en *La missa de alba*, y más que en todo y sobre todo, en el *Testament*, que no puedo dejar de trasladar íntegro en este lugar. Helo aquí:

#### TESTAMENT

Quant jo muiga, amada esposa,  
 si tú vius, y no't fa nosa,  
 tancam los ulls, ¡tos espills!  
 Si es morta ma companyera,  
 lo que ella amorosa fera,  
 feuh vosaltres, mos fills.

De fé y humiltat en proba



amortalleume ab la roba  
del bon Pare Sant Francés;  
de corones y garlandes,  
de creus, insignies y bandes,  
¡vanitats!, no'm poseu res.

En les mans lo Sant Rosari  
vull portar; l'escapulari  
del Carme penjat al pit;  
y com signe ben notori  
de mon dijós desposori,  
l'anell d'or ficat al dit.

Quant me porten á la fosa,  
davant, ¡insignia gloriosa!,  
vaja ben alta la creu;  
si acompanyarme's dignaren  
los que'n vida m'estimaren  
tal favor els pague Deu.

Paseume per la capella  
de la Verge pura y bella,  
Patrona dels valencians;  
y quant arrive á la porta,  
canten en veu no mol forta  
un *responso* els capellans.

Pera guardar mes despulles,  
baixant á terra les fulles,  
no plantéu ningún ploró;  
plantéu un xiprer, que apunte  
dret al cel, y al cel s'en munte  
com s'en munta la oració.

La oració, que tota pena  
conhorta, dolsa cadena  
que unix els vius y el difunts,  
aixó, mos fills, vos demane;  
que preguéu vos encomane  
sempre agermanats y junts.

¡Preguéu á Deu que'm perdone  
y la santa gloria'm done,  
ja que, indigne pecador,  
si molt faltí en esta vida,  
mon ánima malferida  
sempre ha estat plena de amor!



L'amor sant, divina essencia,  
endolce vostra existencia  
donantvos dijes sens fi;  
y quant, tranquila y confiada,  
alcéu al cel la mirada,  
enrecordeuvos de mí.

Y vosaltres, els insignes  
trovadors, més que jo dignes  
del que 'm donen dols tribut,  
per traure d'ell l'armonía  
que trovar jo no sabia,  
prengáu mon pobre llaút.

La Musa volguda y santa  
que les patries glories canta,  
mare amorosa, el posá  
en les meues mans febrozes,  
quant, coronada de roses,  
de llarch somni despertá.

Més inspirats y més destres,  
¡Oh nobles amichs! ¡oh mestres  
del Gay Saber triunfador!  
feu vibrar totes ses cordes,  
cantant en triples acordes  
la Fe, la Patria y l'Amor.

Cantéu la Fe, llum segura,  
que á la pobra criatura,  
si enfosquixs son seny lo mal,  
entre nubolades negres  
mostra'ls resplandors alegres  
de son reyne celestial.

Cantéu la Patria, y si á terra  
baixa'l front, en mala guerra  
ferit, digáu á una veu  
que aquell que la desampare,  
fill bort de tan bona mare,  
no tindrà perdó de Deu.

Cantéu l'Amor, que agermana  
tota la familia humana,  
que entre tots partix el pa;  
y en nostres vies asproses,



lliris entre carts, y roses  
 á pomells esclatar fa.

¡Y si la gloria vos dona  
 la cobejada corona  
 de un reynat que no te fi,  
 penséu ab quánta alegría  
 jo en vostre front la voria,  
 y enrecordeuvos de mí!

El poeta de cuerpo entero se halla en esta composición. Aquí encaja repetir, acerca de esta poesía de Llorente, lo que Menéndez y Pelayo ha dejado escrito acerca de *La barraca*: «Versos de este temple hicieron pocos nuestros ingenios del siglo XIX. Para encontrar alguna vez esta magnánima poesía, cristiana á un tiempo y social, ó, cómo dicen los italianos, *civil*, no basta el oído armónico, ni la rica fantasía, ni el raudal de la dicción poética: se requiere además aquella autoridad moral, aquel suave y benéfico influjo que Llorente ha ejercido sobre sus compatriotas. *Este gran ciudadano de Valencia es hoy la personificación más completa de su lengua y de su literatura.*»

Aunque ante tamaña representación, tan explícitamente declarada y reconocida por un criterio de la autoridad y las prendas de Menéndez y Pelayo, y aclamada en repetidos actos públicos por toda la generación contemporánea, que, con el mismo entusiasmo que asistía hace algún tiempo al memorable banquete de la Glorieta y á los homenajes del *Rat Penat* de los años 1885 y 1907, concurrió en Octubre de 1909 al hecho grandioso de su coronación, y ha concurrido ahora, al fallecer, el 2 del actual, al traslado ostentoso de su cadáver á la última morada, basta para poner en su punto la grandeza del genio y carácter de Teodoro Llorente, no pudo ponerse fin al homenaje á que este mal pergeñado artículo, trazado al escape de la pluma, equivale, sin añadir una nota siquiera al otro carácter que la vida literaria de Llorente ofrece, como importador á nuestra lengua y á nuestra poesía de un inmenso número de poetas de primera jerarquía, de todas las literaturas con-



temporáneas exóticas, y principalmente de los poetas de Francia (1). Estas traducciones deben ser consideradas bajo los dos aspectos esenciales que en sí han tenido y tienen.

Del primero, que es desenmascaradamente general, lato y público, Menéndez y Pelayo, á quien ha cabido el honor de ser el primer y más profundo crítico de toda la labor literaria de Llorente, también ha escrito: «Un alma tan poética como la suya, tan afectuosa y comunicativa, no podía menos de estremecerse al contacto de la inspiración ajena, y mezclarla con la propia inspiración. A casi todos los grandes poetas del siglo XIX, y aun á muchos de segundo orden, ha tributado espléndido homenaje, poniendo en rima castellana sus más selectas obras, ó las que más se conformaban con nuestro gusto y mejor podían adaptarse á nuestra lengua. De este modo ha contribuído más eficazmente que nadie á la educación literaria de nuestro pueblo, introduciendo con parsimonia y discreción elementos nuevos, no por medio de secos análisis y adaptaciones crudas, sino haciendo verdaderamente españolas las composiciones que traduce, lo cual no es desfigurarlas, sino infundirlas una segunda vida poética y aclimatarlas bajo distinto cielo... Voz unánime de lectores y de críticos, es la que proclama á D. Teodoro Llorente príncipe de nuestros traductores poéticos en la era moderna... Y no se tenga este empleo su-

---

(1) En las *Leyendas de oro* y en las *Amorosas* publicadas en conjunto en 1875 y 1876, respectivamente, los poetas líricos traducidos ya por Llorente eran: Goethe, Schiller, Uhland, Byron, Longfellow, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo Musset y Heine. En los *poetas franceses del siglo XIX*, publicados por la casa de Simón y Montaner en 1906, formando parte de la *Biblioteca Universal Ilustrada*, en los que LLORENTE había recogido todas las composiciones diseminadas, apenas hechas, entre multitud de revistas, como LA ESPAÑA MODERNA; de semanarios ilustrados, como la *Ilustración Española y Americana* de Madrid, y la *Ilustración Artística* de Barcelona, el número de los poetas traducidos, desde T. de Bauville, Beaudeau, Sully Prudhomme, P. Verlaine, Francisco Coppée, etc., es mucho mayor. Hay que advertir que con muchos de estos poetas Llorente se cartaba, y que algunos le ofrecieron la primicia de sus poesías antes de darlas á la estampa.



balterno en la actividad literaria, éste de la traducción, pues no sólo es viril gimnasia del estilo y del metro, la cual nunca han desdeñado los grandes poetas, sino creación de una forma nueva y personal del intérprete, cuyo hallazgo presupone recóndito sentido de la belleza, fantasía dócil para asimilársela y dominio absoluto de la técnica.»

El otro aspecto es más recóndito é indirecto. La labor de las traducciones de Llorente responde victoriosamente á los que, en alas de un movimiento que ha emanado de otros parajes, donde la aglomeración de todas las emigraciones del mundo resiste tener que fundir sus ideas de procedencia en la uniforme fusión del habla que allí dejaron los españoles, y que será siempre el principal distintivo de los pueblos de nuestro origen, con los rivales que tienden á dominarlos y absorberlos, ha inventado ese arte del llamado *modernismo*, por desgracia, inoculado ya en una gran parte de nuestras juventudes literarias, y que arranca de una raíz de imitación de otras literaturas extranjeras, y principalmente la francesa. Llorente, indirectamente protesta contra esa bárbara intrusión, que tiene por base una ficción sofisticada. Esos poetas que son el modelo del llamado *modernismo*, son los mismos á quienes Llorente vierte en forma y en espíritu al habla castellana, sin que nuestra elocución poética tradicional, sin que las formas tradicionales de nuestra preciosa métrica, sin que ningún otro accidente de la técnica sublime sirva de obstáculo para darnos en lenguaje y rítmica nacionales, las ideas, la originalidad, las bellezas, las combinaciones que son el encanto y la seducción de los que, por imitarlos, nos importan los procedimientos bárbaros del modernismo, sin que en tanta producción como á sus libertades anárquicas se someten, todavía se haya engendrado una sola capaz de resistir el pasajero imperio de la actualidad, y se sobreponga á los triunfos del éxito y del tiempo.

Se ha juzgado á Llorente como historiador, no sólo por su traducción de la *Historia de Jaime I El Conquistador*, traducida del Barón de Tourtoulon, sino por sus cartas sobre el



*Viaje de S. M. Alfonso XII á las provincias de Levante y Mediodía de España, y visita á la escuadra de instrucción en el año 1877, á las que en 1867 y 1878 escribió para Las Provincias sobre las dos Exposiciones Universales de París en los años referidos, y, finalmente, por los dos tomos de su obra Valencia, publicada en los años 1887 y 1889, y que forman parte de la biblioteca titulada España: sus monumentos y artes: su naturaleza é historia. Un hombre del talento y cultura de Llorente, habituado además á mover á diario la pluma en el infatigable ejercicio del periodismo, de todo escribe y todo lo escribe bien. Pero no es necesario acumular tantos títulos sobre Llorente para presentarle al espectáculo de la admiración de sus coetáneos, á la gloria bien adquirida de su nombre y de su patria, y al culto y al respeto de la posteridad. Llorente tiene dos títulos sublimes, con los cuales ningunos otros se pueden comparar; como restaurador de la literatura lemosino-valenciana, él será siempre el *Majoural del felibrige* y el *Mestre* por excelencia del *Gay Saber*: como importador á la poesía castellana del torrente poético moderno de las literaturas exóticas de toda Europa, Menéndez y Pelayo le ha pregonado *Príncipe de los traductores españoles*. No necesita más títulos para justificar los homenajes que se le han rendido en vida y muerte, para sancionar la erección del monumento proyectado, y á cuya idea, los primeros en asociarse gallardamente han sido Sus Majestades el Rey D. Alfonso XIII y D.<sup>a</sup> María Cristina de Austria, y para todas las exaltaciones del amor y de la admiración, en las cuales tomará siempre una primera parte LA ESPAÑA MODERNA, que por tantos años se ha honrado con su colaboración.*

JUÁN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,

de la Real Academia de la Historia.



# LA AMÉRICA MODERNA

---

El culto de tradiciones y leyendas como educación nacional. Países viejos y países nuevos. La tradición y la leyenda en la Argentina.—Posición de Méjico en la política internacional. La acción de los Estados Unidos.—La población mejicana. Comparación internacional. Masa de resistencia. Intervención asio-europea probable. La Universidad Nacional mejicana. Su constitución. El problema universitario. Tipos de Universidades europeas y americanas. Posición de España.—El comercio exterior de Chile en 1910. La explotación del salitre. Fuerzas productivas del país. Agricultura y minería.—El manganeso en la Agricultura. Ensayos en las chacras experimentales agronómicas argentinas.

Los educadores de pueblos, los promotores de grandezas nacionales, no solamente han de esforzarse en procurar un porvenir grande para las grandes comunidades en que viven, sino también en procurarse un pasado cuando un pasado no existe. Preparar y hacer historia, y sustituir la historia cuando no se tiene, es una labor igualmente grande; en definitiva, se resuelve en la misma finalidad. Cultivar el pasado investigando lo que ya es histórico, conservar la tradición y embellecer con la leyenda las páginas borrosas del pasado, es preparar el porvenir. Sin idea y sin sentimiento de nacionalidad, es imposible la existencia consciente de un pueblo, y tal idea y sentimiento son imposibles de formar sin la enseñanza de la historia, de la tradición y de la leyenda nacionales.

En los países de la vieja Europa, tradiciones y leyendas son venas copiosas del corazón nacional; es entre ellos el país alemán el que con más amor cultiva la leyenda; su tierra está



poblada de legendarias narraciones que toman extensas regiones como escenario de su vida. El Rhin puede llamársele el río de las leyendas: desde el Bajo Rhin al Alto Rhin, las leyendas (Rheinsage) se extienden como sartas de perlas de oriente que matizan los distintos pueblos ribereños, latinos ó germánicos. Del Rhin nacieron Lohengrin, Siegfred, Loreley; en él se levantan los castillos que ocuparon damas y caballeros facedores de grandes dramas, santos y religiosos, de poemas encantadores... Y apenas hay alemán que ignore el romance de Loreley, la seductora ninfa del Rhin ó la vida de esa exaltación de la fuerza que simboliza la espada de Siegfred. En Asia, el Japón hace de la religión del Shinto, nutrida de enormes ficciones, un verdadero culto legendario para la educación nacional y la acción japonizante.

En los países nuevos, como los ibero-americanos, se esfuerzan algunos pensadores por crear la leyenda nacional; no les basta considerar su historia entroncada con la de la madre patria España; ellos quieren también que la sombra romántica de la leyenda se proyecte sobre las tierras vírgenes de América. El prestigioso escritor americano Bunge plantea este problema para la Argentina, y le emplaza dentro del campo de la pedagogía. Conocer la patria, dice, es aprender á amarla, y ningún medio mejor de conocerla, que el estudio de su historia.

Universalmente admitido ese principio de la moderna pedagogía, surge la duda de si, á la par de la historia, conviene también la enseñanza de la tradición y la leyenda. La diferenciación de estas tres ramas de los conocimientos relativos al pasado—historia, tradición y leyenda,—es en todo punto clara y lógica. Refiérese la historia á hechos reales y comprobados; la tradición á hechos en parte reales y en parte ficticios, pero posibles y naturales, transmitidos de una generación á otra; la leyenda, á hechos fantásticos, más ó menos imposibles y maravillosos.

¿Sólo ha de enseñarse la ciencia positiva? ¿No han de co-



nocerse más que los hechos documental, científicamente comprobados como verdaderos? Y agrega Bunge:

«Por la completa exclusión del estudio de toda tradición y leyenda en la enseñanza general, se declararán inmediatamente los espíritus estrechos é incompletos; aquellos que no comprenden, en sus vastas proporciones, la eficacia del ideal y la realidad de la poesía. Dirán ellos que no debe llenarse á los niños la cabeza de fantasías y necesidades. Dirán que únicamente el conocimiento de la verdad forma el espíritu práctico de los modernos tiempos. Dirán, en fin, que la ficción puede ejercer malsana influencia en el espíritu, apartándolo del atento y respetuoso examen y del método fecundo de lo puramente científico y positivo...»

«Esos pedagogos me recuerdan un personaje de Dickens. Refiérome á aquel cómico y grotesco institutor que figura en su novela *Días penosos*. Declarándose apasionado partidario de los hechos, enseñaba á sus tiernos discípulos sólo la ciencia de esos hechos, que genéricamente llamaba *hechología*. Lo demás merecía su desprecio olímpico. «¡Hechos,—hechos, hechos!»—clamaba en todo momento y de toda guisa; tal era su muletilla, su ideal, el apotegma básico de su pedagogía. Y la rica vena del gran humorista inglés se complace en ridiculizar de la más acerba manera al estúpido institutor, que, por otra parte, era naturalmente un pícaro.»

«Aunque ferviente partidario del positivismo científico, abomino yo de tales pedagogos: soy el más sincero convencido de la importancia de la ficción poética en la instrucción del niño. No creo, por supuesto, que se le deba engañar y mistificar. No creo que se le han de presentar sin criterio fábulas y fantasías como puras verdades. No creo que convenga siempre ocultársele la desnudez de la realidad con remendado manto de convención. Pero creo, muy fundadamente, que el cultivo de la tradición y la leyenda son parte importantísima é imprescindible de una sana y eficiente educación general.»



Bunge acarrea una serie de consideraciones subjetivas y objetivas en apoyo de su afirmación. La primera, pueden reunirse en un hecho de psicología de los niños: su inclinación á lo fantástico é imaginativo; la segunda en otro hecho: el efecto útil que para la nacionalidad tiene la enseñanza de la tradición y de la leyenda.

Por una parte, pues, no se debe contrariar la vida imaginativa del niño y extirpar una fuente ideal preciosísima. La pedagogía inglesa de Spencer y de Bain, es la negación de la parte ideal de la vida. Bain reduce en su libro *The Science of the Education* toda enseñanza ética al Código penal. El triunfo de la pedagogía alemana, sobre todo la de Herbart, que proscribe el ideal, tiene completa justificación. Por otra parte, destruir las ficciones hermosas en el orden nacional, es restar energías al alma colectiva. Así afirma Bunge.

«No es, pues, un vago y romántico sentimentalismo lo que á preconizar me lleva las excelencias de la enseñanza de la tradición y la leyenda. Es más bien el conocimiento del niño y el estudio del alma popular. En esta materia, lo artificioso y falso es el prurito de evitar toda ficción; lo positivo y real, dar á las ficciones su curso lógico y necesario, aunque depurándolas y sin ocultar su carácter de ficciones.»

La cerrazón positivista dejará fuera del círculo de sus valores toda esa ideología que contiene el *folklorismo*, pero estos estados del pensamiento nacional tienen tanta fuerza como las realidades físicas. Son *valores*, no realidades psíquicas ni físicas, pero son valores al fin, cuya autoridad en la conciencia es innegable; así lo ha definido el ilustre filósofo alemán Rickert (*Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*. Tübingen, 1910).

Reconocida la importancia de esta parte de las literaturas nacionales, el problema á resolver está en organizar la enseñanza de la tradición y de la leyenda conforme á las exigencias pedagógicas; pero ¿y aquellos países que carecen de tradiciones y leyendas? No queda más camino que producirlas. En este sentido, la formación de un cenáculo de poetas es tan im-



portante para una nación como la construcción de un ferrocarril.

Respecto de la Argentina, afirma Bunge que es harto escaso el material de la tradición y la leyenda. Pobre es nuestro *folklorismo*, afirma Bunge. Pueden contarse con los dedos las ficciones populares realmente oriundas de la tierra. Su origen es doble, indígena y español. Así, citaré como leyenda indígena, la del *Kacuy*, popular en las provincias del interior, últimamente narrada por Ricardo Rojas, en la soberbia prosa de su *País de la Selva*. Entre las leyendas coloniales recordaré la de Santos Vega, cantada por Rafael Obligado, en décimas realmente hermosas. Esta última, como ya lo he dicho otra vez, paréceme una transformación pampeana y acriollamiento de la antigua fábula edémica.

En los manuales de historia argentina pasa todavía por verdad histórica la bellísima tradición de Lucía Miranda. Parece ser ella feliz invención del cronista Ruy Díaz de Guzmán, en su historia llamada *La Argentina, ó Del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*. El poeta Labarden la puso en versos clásicos, haciéndola asunto de su tragedia *Sísifo*, casi totalmente perdida. El deán Gregorio Funes la transcribió con castizo estilo en su *Historia Argentina*. Luego se ha venido copiando de libro en libro, á pesar de su completa falta de verosimilitud y de pruebas.

Hay que reconocer que nuestra patria historia, aunque tan gloriosa, está harto desprovista de elemento poético y novelesco. Allí, la tradición de Lucía Miranda constituye el más inesperado paréntesis. Es como un destello de inspiración en esa época ruda de la conquista. Es, en nuestra imaginación popular, lo que fuera para los antiguos griegos el rapto de Elena.

Pongamos, pues, el caso de la tradición de Lucía Miranda. Compónela una ficción que reúne todos los méritos: elevación épica, interés novelesco, nobles caracteres, ejemplo moral. Demostrada su falsedad histórica, ¿deberá ella excluirse por completo de la enseñanza en escuelas y liceos? ¿No se le quitará



así á nuestra historia y á nuestra poesía una de sus más ricas galas, una de sus lecciones más provechosas?...

Nada hay en ella que pueda ser nocivo á la inteligencia del niño, salvo la falsificación histórica. Pues bien; este último inconveniente se obvia con relativa facilidad, dándose al hecho, como en mi libro de lectura escolar titulado *Nuestra Patria*, su verdadero carácter ficticio de tradición. Se enseña por lo que es y en lo que es, por lo que vale y en lo que vale. El maestro no ha de olvidarse de decir que el episodio no está comprobado. Lo trae un historiador de la conquista; podrá tener algún lejano fundamento, y nosotros lo repetimos porque se grabara indeleblemente en la imaginación del pueblo. Constituye algo como un rasgo característico de nuestra alma nacional.

Dícese que hay que enseñar hechos, sólo hechos, siempre hechos... Pero, como lo apunté en el párrafo anterior, una tradición ó una leyenda populares, ¿no son hechos, en cuanto existen en la imaginación del pueblo? La existencia de la tradición de Lucía Miranda y la leyenda de Santos Vega, en la memoria del pueblo argentino, constituyen para mí dos hechos tan reales y evidentes como la victoria de Maipo ó la declaración de la independencia. Las ideas son hechos, cuando existen dinámicamente en la imaginación del pueblo, y son aún hechos indiscutibles y básicos. Así, al enseñar en la escuela esa tradición ó esa leyenda, se enseñan hechos, si bien, más que literalmente históricos, psicológicos y sociales.

Diráseme quizá, que enseñar un hecho, admitiendo que no tuvo realmente lugar, es dar una enseñanza negativa. Los educandos no atribuirán mayor importancia á lo que se les enseña... Pero esto es desconocer la verdadera naturaleza del niño y su propensión á aceptar las ficciones á la par de las realidades, sin distinguir netamente lo uno de lo otro. Yo he realizado la experiencia, prácticamente, y sé que nada se recuerda mejor de la enseñanza de la historia argentina que el episodio de Lucía Miranda, aun cuando el maestro advierta su probable falsedad.



No faltará quien observe que esa natural propensión del niño á confundir lo real con lo ficticio, constituye un inconveniente para que se enseñe lo segundo juntamente con lo primero. Aunque el maestro distinga la ficción de la realidad, y así lo advierta, no ha de distinguirlas igualmente el discípulo... Lo admito. Pero debo consignar que esa confusión no resulta tan nociva como á primera vista parece. Con el tiempo, el niño, oportunamente advertido, ha de ir separando lo imaginativo de lo positivo. La naturaleza obrará como por sí misma, reproduciendo en el desarrollo individual las sucesivas fases de la histórica evolución ancestral.

Además de la inavaluable tradición colonial de Lucía Miranda, que nos legara, desde 1612, el ingenio del cronista Ruy Díaz, corren algunas otras de tiempos más recientes, ¡de tiempos demasiado recientes! Recordaré la muerte del poeta Esteban de Luca y Patrón, cantada por Olegario V. Andrade en su leyenda *El arpa de oro*, y, muy especialmente, las tradiciones recogidas por Domingo Faustino Sarmiento en su inmortal *Facundo*. Ninguna de ellas debe ser olvidada en la enseñanza de las escuelas, pues que constituyen parte integrante de nuestra alma nacional.

Joaquín V. González, en sus libros *Mis montañas* y *La tradición nacional*, narra elegantemente tradiciones heroicas y locales. Son ellas acreedoras también á ocupar la enseñanza de la escuela. Yo recomendaría, especialmente á los maestros del interior, los que se refieren á la cultura quichúa precolombiana. Es muy hermosa la tradición, ya expuesta por el glorioso inca Garcilaso de la Vega, de aquel dulce é inteligente pueblo de los indios lules, que mandó embajadores á los incas para que, por la paz y la amistad, se les iniciara en los bienes y los males de la civilización.

El gaucho mismo, todavía una realidad, pasará pronto, adornado por la fantasía popular con exageradas calidades, á ser una bella leyenda. ¡Conservemos su recuerdo, puesto que fuera el primer tipo simbólico de la nacionalidad argentina!



Los poemas gauchescos, más de imitación artística que verdaderamente tales, de *Anastasio el Pollo* y de José Hernández, son valiosas joyas de nuestra literatura. El *Fausto* y el *Martín Fierro* merecen, pues, su espacio en los textos escolares de lectura y reclaman la atención del maestro.

El romancero castellano, por desgracia, siendo una tan rica y venerable fuente de tradiciones y leyendas, se ha perdido casi por completo en la memoria de nuestro pueblo. De mí sé decir que únicamente he oído recitar, cuando era niño, á los criados en la casa de mis padres un romance que comienza así:

Hilo de oro, hilo de plata,  
que jugando al ajedrez...

Por cierto que esto es un bien pobre elemento *folklórico* de tradiciones y leyendas... A él tendría que agregar pasajes de *Martín Fierro* y de *Anastasio el Pollo*... El bagaje no resulta, sin duda, muy abundante. Pero su misma escasez debe ser, como ya lo he dicho, estímulo para que en la escuela se conserve y amplíe con nuevos elementos.

Es lástima que ese hermosísimo y frondosísimo romancero castellano posea tan pocos romances novelescos enseñables en la escuela. La mayor parte, casi todos, son demasiado atrevidos, recordando muchos, por su cruda picardía, á los *faiblaux* franceses. Algunos hay, sin embargo, en otros géneros, especialmente entre los moriscos, muy propios para la enseñanza escolar. Pero entre nosotros ofrecen el inconveniente de carecer de carácter verdaderamente argentino. Nos resultan, en este país, por mucha veneración que profesemos á las gloriosas tradiciones de la antigua metrópoli, desprovistos de todo color local. Necesitaríamos algo que más íntima y directamente se relacione con nuestra historia y con nuestra alma popular.

La escasez de elementos tradicionales y legendarios en el pueblo argentino estriba, ante todo, en dos causas: la poca an-



tigüedad de nuestra historia y la gran despoblación del antiguo virreinato. El pueblo no ha carecido de imaginación para enriquecer su *folklorismo*; más bien le ha faltado tiempo y número. Por eso debemos guardar la reducida herencia que de antiguo recibimos, si se me permite una expresión vulgar, «como oro en paño». Y la mejor manera de conservarla es iniciando en sus misterios, por la palabra de la literatura y la obra de la escuela, á las nuevas generaciones. Así escribe Bunge.

Ciertamente que los llamados futuristas, esos que lanzan retos á las estrellas y quieren hundir el pasado para producir un *futuro*, combatirán este tradicionalismo; pero es que el futurista resulta el engendro de lo más ilógico que se pueda imaginar. El presente contiene el pasado y engendra el porvenir. dijo un pensador; el futurista comienza por hacer abortar el presente para dar vida al porvenir.

\* \* \*

Por ser Méjico el primer baluarte de los países iberoamericanos que se levanta ante la fuerza expansiva norteamericana, interesa sobremanera todo lo relativo á su posición internacional y á las posibles alianzas que con este motivo pudieran comprenderle. Constantemente preocupa á los escritores la suerte de la República Mejicana, y esto da lugar á copiosos escritos sobre el asunto, siendo de notar que en el problema internacional mejicano hay un entrecruzamiento de intereses europeos y asiáticos. Un escritor americano habla sobre esta cuestión:

«Algunos han pensado en que podría formarse una alianza de Méjico con otros países de Centro y Sud-América, para defenderse contra los avances americanos; pero es enteramente irrealizable é ilusorio, sin ningún resultado práctico, porque la falta de vías de comunicación, la falta de intereses comerciales entre sí, la de ejércitos que pudieran concentrarse en un punto deseado, y, por último, la falta de marina de estos paí-



ses para afrontar los combates navales con algún éxito, concentrando las escuadras en un punto conveniente, ó protegiendo el transporte de tropas, hacen inútil pensar por hoy en tal proyecto.

La alianza que está indicada es la que se llama A B C, de Argentina, Brasil y Chile, que son las tres potencias principales de Sud-América, naciones que tienen en total 30.000.000 de habitantes y una escuadra de siete ú ocho acorazados. Esta liga sería el primer esfuerzo en América para contrarrestar la influencia americana y proteger los intereses é independencia de la América del Sur; pero de ninguna ayuda positiva para Méjico.

Algunas naciones de Sud-América, contraen con frecuencia compromisos en Europa, que no pueden pagar debidamente. Entonces los banqueros europeos se entienden con los grandes financieros de Nueva York, traspasándoles sus créditos; y entonces la operación financiera se convierte en cuestión política; los magnates americanos, teniendo como tienen mucha influencia con su Gobierno, hacen que por los conductos diplomáticos se ejerza presión sobre los países deudores de Sud-América, estrechándolos al pago y amenazándolos por la fuerza; y para dar una forma concreta á la cuestión, envían barcos de guerra como una amenaza, logrando así reformar los contratos ventajosamente, consiguiendo garantías y seguridades. De esta manera las operaciones financieras que afectan intereses particulares únicamente, se convierten en conflictos internacionales.

En todas las dificultades y amenazas de invasión, es conveniente averiguar siempre cuál es el interés de los poderosos magnates americanos, que tienen tanta influencia en el Gobierno y en la prensa de los Estados Unidos.»

Los últimos resultados del censo mejicano arrojan los siguientes resultados:

La capital tiene 470.659 habitantes, por 719.062 que hay en el distrito federal.



Calculando que haya dejado de empadronarse, por los naturales incidentes de las operaciones del censo, el 1 por 100 de habitantes, puede estimarse en 475.000 el número de los que viven en la capital, y en 726.000 el de los que moran en el distrito.

Los datos de los censos de 1895 y de 1900 son los siguientes: 1895, habitantes de la capital, 325.707; 1900, 368.898.

En el distrito federal: 1895, 474.860; 1900, 541.166.

La proporción en que ha aumentado el número de habitantes es, pues, verdaderamente notable.

El censo de la ciudad y del distrito, con todos sus detalles, será conocido antes de cinco meses.

La población de los Estados se distribuye así, según las últimas noticias acerca de los datos recogidos en distintas publicaciones de la República:

Colima (capital): 1900, 8.975 hombres y 11.723 mujeres; 1910, 11.558 hombres y 13.590 mujeres. Aumento, 4.450.

Morelia: 1900, 14.984 hombres y 20.229 mujeres; 1910, 17.306 hombres y 21.810 mujeres. Aumento, 1.838.

Querétaro (capital): 1900, 14.984 hombres y 18.186 mujeres; 1910, 15.864 hombres y 19.147 mujeres. Aumento, 1.859.

Saltillo: 1900, 11.475 hombres y 12.521 mujeres; 1910, 16.525 hombres y 18.538 mujeres. Aumento, 11.067.

Tuxtla Gutiérrez: 1900, 4.650 hombres y 5.575 mujeres. Aumento, 822.

Hermosillo: 1900, 5.110 hombres y 5.503 mujeres; 1910, 7.141 hombres y 7.377 mujeres. Aumento, 3.905.

Chilpancingo: 1900, 3.671 hombres y 3.823 mujeres; 1910, 3.803 hombres y 4.040 mujeres. Aumento, 351.

Tlaxcala (capital): 1900, 1.205 hombres y 1.510 mujeres; 1910, 1.304 mujeres y 1.508 hombres. Aumento, 97.

Sujetando la progresión en el número de habitantes de la República Mexicana á un cálculo bien meditado, conforme á los cómputos enviados de la mayor parte de los Estados, puede



estimarse que la población del país es alrededor de quince millones de habitantes, con cuya cifra es de ocasión hacer algunas curiosas observaciones.

Este censo ha demostrado que la República Mejicana ocupa el segundo lugar en la América Latina, en cuanto al número de sus habitantes y el primero en densidad de población, relacionándola con su superficie.

El país que tiene más habitantes en Hispano-América es el Brasil. Lo habitan 19.340.000, que se hallan repartidos en una enorme superficie de 8.498.950 kilómetros cuadrados. Le sigue Méjico, con quince millones de habitantes, en 1.987.201 kilómetros cuadrados, y ocupa el tercer lugar la República Argentina, con 5.974.000 habitantes, en 2.806.400 kilómetros de superficie. Resulta que de estos tres países, Méjico tiene el tercer lugar en cuanto á su superficie y el segundo en el número de sus pobladores. Dada la grandísima superficie del Brasil, la densidad de la población es mucho mayor en nuestra República.

Después de la Argentina, sigue en importancia el Perú, con más de cuatro millones y medio de habitantes, y después la República de Chile, con cerca de cuatro millones.

La población conjunta de Chile, Colombia, Venezuela, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Paraguay apenas sobrepasan en unos cuantos miles á la mejicana.

En número de habitantes, la ciudad de Méjico figura en tercer lugar en la América Latina. Le precede Buenos Aires, capital de la Argentina, con más de un millón y cien mil habitantes, y Río de Janeiro, metrópoli brasilera, con 811.256 personas. La capital mejicana ha obtenido en su censo 470.659 habitantes, y le siguen en importancia las siguientes capitales hispano-americanas:

Santiago, 338.420 habitantes; Montevideo, 273.665; Habana, 235.981; Lima, 133.000; Bogotá, 85.000; Quito, 80.000; Caracas, 72.000; Guatemala, 71.000; Port-au-Prince, 61.000; Asunción, 60.259; San Salvador, 59.136; Managua, 45.000;



Panamá, 30.000; Tegucigalpa, 26.000; San José, 24.770; La Paz, 20.000; Santo Domingo, 20.000.

La ciudad de Méjico tiene más habitantes de los que en conjunto tiene cualquiera de las siguientes Repúblicas: Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y Costa-Rica.

Al hablar del censo, se hace el cálculo de darle á Méjico únicamente una población de 740.659 habitantes. Es cierto que esta cifra es exacta hablando de las personas que «duermen» dentro del período de la ciudad; pero no lo es si se toma en cuenta que una gran parte de las personas que dan vida á la metrópoli viven, para mayor tranquilidad, en las poblaciones de los alrededores.

Una mayoría casi absoluta de los habitantes de San Angel, Mixcoac, Tacubaya, Tacuba, Atzacapatzalco, Tlalpam, etc., puede decirse que sólo les sirven aquellas poblaciones para dormir, puesto que en Méjico se mueven y agitan en el mundo de los negocios, en el comercio, en las diversiones, etc.

Suponiendo que un 10 por 100 de los pobladores de las villas y ciudades cercanas no hacen comercio ni negocios en Méjico, resulta que, agregándose el resto á esta ciudad, puede calcularse que la población total de Méjico es de 693.786 habitantes que le dan vida diariamente. Tal es la masa de resistencia de población mejicana.

Durante el largo período de paz, el progreso de la nación ha sido grande; la riqueza pública ha aumentado considerablemente; la industria, el comercio y las vías de comunicación se han desarrollado, elevando el nivel intelectual del pueblo. Se ha formado la unidad nacional y las ideas de patria y de libertad se han generalizado en todas las clases sociales. Méjico, pues, ofrece una gran resistencia á cualquiera invasión mucho mayor de lo que se supone en el extranjero, porque la nación, á pesar de todo, está unida y fuerte para resistir cualquier ataque.

Cuando la campaña de Napoleón en España, ésta apenas contaba con ocho ó nueve millones de habitantes, y más de



medio millón de soldados perecieron en la campaña; ella fué el principio de la caída de Napoleón. Para la pacificación de Cuba, el Gobierno Español envió á la isla 289.000 soldados y quedaron en ella más de la mitad, teniendo Cuba apenas una población de millón y medio de habitantes. Es evidente, pues, que, dados los elementos de Méjico, su población y su espíritu patriótico para las guerras extranjeras, perecerían antes de subyugar al país más de medio millón de hombres. Esta es una consideración muy seria para cualquiera nación que intentara tan loca aventura, desconociendo los verdaderos elementos de resistencia de Méjico.

El país no se halla en las mismas condiciones del año 47. El país estaba entonces pobre y débil; hoy está rico y fuerte; entonces tenía treinta y siete años de anarquía, de desorden, de destrucción y de ruina; hoy hemos tenido treinta y cinco años de paz, de construir, de trabajar, de enriquecer y de acumular. El erario en aquella fecha estaba exhausto, el crédito era nulo, los presupuestos con enorme déficit; hoy hay fondos de reservas acumulados por 80 millones de pesos; crédito público de primer orden, superávit en los presupuestos. La más completa desorganización militar imperaba en aquella época; sin medios de comunicación; no había intercambio de ideas ni de productos; todos los elementos se hallaban disgregados y dispersos, sin coesión de ningún género; hoy, los intereses se encuentran identificados y se ha formado la Unidad Nacional, fuerte y vigorosa para resistir cualquier ataque exterior.

Puede hacerse el siguiente resumen de la cuestión internacional:

Primero. Los países conquistadores de la actualidad son: Alemania, Japón y Estados Unidos; y los conflictos probables próximos serán de los Estados Unidos con una de las otras dos potencias.

Segundo. Alemania necesita urgentemente de colonias, y las que más codicia son las de la América del Sur ó las posesiones inglesas.



Tercero. Siguiendo la menor línea de resistencia, preferiría la lucha con los Estados Unidos.

Cuarto. Alemania, sola ó aliada con Inglaterra, desconocerá la doctrina Monroe, y las probabilidades de éxito en el conflicto consiguiente serán á favor de Alemania.

Quinto. El fracaso en la lucha traería para los Estados Unidos la pérdida de su influencia y la limitación de su extensión territorial.

Sexto. Este acontecimiento aseguraría la integridad territorial y terminarían las amenazas de invasión á Méjico.

Séptimo. Es probable una lucha de los Estados Unidos con el Japón en Asia, y la victoria también probable para los japoneses.

Octavo. Esta lucha traerá beneficios á Méjico.

Noveno. Las leyes de equilibrio hacen creer que otras potencias vendrán á contrarrestar la influencia de los Estados Unidos en América, lo cual vendría á garantizar la existencia é integridad de las naciones Hispano-Americanas.

Décimo. Las luchas de partidos y los intereses encontrados en los mismos Estados, evitando así su intromisión en los países Hispano-Americanos, de manera que la salvaguardia se encontrara allí mismo.

Undécimo. La desmembración de Centro-América es un grave mal para Méjico.

Duodécimo. Ningún apoyo efectivo puede obtenerse de Centro ó Sud-América.

Décimotercio. Méjico está bastante fuerte hoy y en mejores condiciones que nunca para resistir la invasión.

Décimocuarto. Que la mejor política exterior consiste en mantener la paz interior, cumplir los compromisos de la nación en el extranjero, respetar á las personas y los intereses de súbditos extranjeros, para no dar pretexto á los países conquistadores para encontrar motivo de invasión.

Décimoquinto. Toda guerra en Méjico pone en eminente



peligro la existencia de la nación, y debe evitarse ó cortarse de cualquiera manera.

Décimosexto. Si los Estados Unidos invaden Méjico, no lograrán la anexión, porque antes de consumir el atentado tendrán conflicto con Inglaterra, Alemania ó el Japón.

\* \* \*

Después de laboriosos proyectos y debates, el Parlamento mejicano ha procedido á adoptar una resolución de valiosa consideración para la cultura de su país, al constituir la Universidad Nacional. El nuevo cuerpo docente está encargado de «realizar con sus elementos superiores la obra de la educación nacional». La Universidad quedará constituída por la reunión de las escuelas nacionales preparatoria, de jurisprudencia, de medicina, de ingenieros, de bellas artes (en lo concerniente á la enseñanza de la arquitectura) y de altos estudios. El Gobierno federal podrá poner bajo su dependencia otros institutos superiores, y dependerán también de la misma los que ésta funde con sus recursos propios. El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes será el jefe de la Universidad. El gobierno de ésta quedará además á cargo de un rector y un Consejo universitario. El rector es nombrado por el Presidente de la República, y su cargo dura tres años, pudiendo ser reelegido.

Entre otras atribuciones del rector, figura la de contratar profesores extraordinarios, con aprobación del secretario de Instrucción Pública, y la de dar el permiso necesario á las personas que soliciten establecer en las dependencias de la misma escuela una enseñanza determinada, «en el concepto de que se sujetarán á los programas de dicha institución si desean que sus cursos produzcan efectos para la colación de grados universitarios, y de que por regla general serán de su cuenta los gastos que sus clases exijan».

El Consejo universitario se compone del rector de la Universidad, de los directores de las escuelas universitarias y del



director general de educación primaria, como consejeros. Será integrado por cuatro profesores que nombre la secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; por profesores ordinarios, en proporción de dos por cada escuela, designados en junta de profesores; por alumnos que las escuelas mencionadas elijan, en relación de uno por cada una de ellas. Estos alumnos pertenecerán al último curso escolar. El Consejo se renueva cada dos años en su parte de profesores, y cada año en su parte de alumnos.

La Universidad Nacional de Méjico queda constituida en persona jurídica, con capacidad para adquirir bienes de cualquier género que sean, con tal de dedicarlos al objeto de la institución. Contará con los fondos que le proporcione el Gobierno federal y los que adquiriera por cualquier otro medio. Estos últimos serán considerados como fondos propios de la Universidad. El Consejo designará anualmente tres personas para la administración de esos fondos.

El grado de doctor conferido por la Universidad Nacional de Méjico constituirá la testificación más alta que puede dar ésta de los conocimientos de un individuo en uno ó varios ramos del saber humano. Sus doctores serán: universitarios ú *honoris causa*, ó *ex officio*.

La Universidad debe ser la encarnación del ideal pedagógico de su tiempo. La nueva Universidad Mejicana no deja conocer su ideal con la constitución administrativa descrita. Es un odre de forma determinada, pero su contenido no sabemos si es añejo ó de la nueva cosecha. Esto nos induce á hacer algunas consideraciones respecto de la gran cuestión universitaria, sin olvidar á España.

¿Qué es una Universidad?

¿Cómo está constituida en España la Universidad?

¿Cómo hay que constituirla?

Para los anglosajones, la Universidad es una corporación autónoma de comunidad claustral, en la cual la enseñanza y la educación tienden á exaltar la individualidad: hacer un per-



fecto *gentleman* es el ideal de Universidad de ese tipo; el científico se redondea fuera de ella. Para los franceses, la Universidad ha sido una dependencia burocrática del Estado, en donde se enseña, es decir, el conocimiento se recibe ya formado, que sirve las más de las veces para preparar mecánicamente la obtención de un título académico; el científico aparece en las academias. Para los alemanes, la Universidad ocupa un lugar intermedio entre estos dos tipos, y su característica está en que se enseña á investigar al alumno, á colocarle en las vías empíricas que conducen á la rebusca de lo objetivo, en que el profesor es un *investigador* ante todo. Cuando en Alemania se menciona un investigador, se pregunta: «¿En qué Universidad está?», como supuesto natural; y cuando se trata de un profesor, inmediatamente se pregunta: «¿Qué ha escrito, qué descubrimiento científico ha hecho?» Así deslinda los tipos de la Universidad moderna el profesor que fué de la Universidad de Berlín, F. Paulsen, maestro mío.

El carácter de la Universidad alemana se ha acentuado cada vez más, y los otros tipos de Universidades van orientándose hacia el tipo alemán. Hasta en Francia, país de las liquidaciones históricas, el que más se apartó del tipo universitario alemán, se camina hacia la constitución universitaria germánica. Clara prueba de esta tendencia se muestra en lo afirmado por Mr. Steeg, el *reporteur* en la discusión de presupuestos en 1907: la misión del profesor es la investigación. «Los pensadores más originales son los maestros más interesantes, y únicamente los investigadores pueden enseñar el arte de investigar.»

La Universidad se va mostrando como una corporación de hombres de ciencia, de investigadores, encargados de formar científicamente en la investigación á la juventud en los grados superiores de la rebusca científica. La Universidad no es una gran escuela que hay que descuartizar en escuelas especiales, sino corporación unitaria que aparece como tal afirmada en los países viejos civilizados y en los recién llegados á ella. La vieja



Inglaterra inaugura el siglo xx con la fundación de las Universidades de Londres, Liverpool y Leeds; el Japón, con la de Tokio.

A este tipo de Universidad y de profesor llega el alumno. En España suele ser el alumno que llega á la Universidad algo así como un catecúmeno de la ciencia. Apenas tiene preparación alguna; el material humano escolar está defectuosamente formado; apenas están indicados en él los cimientos de la formación científica, y sobre este material hay que operar.

La preparación (la *Vorbilung*, como llaman los alemanes) no es sólo académica, sino social. La sociedad culta envuelve al joven, afina sus sentimientos y da un sentido *intelectual* á su manera de ser. Por otra parte, la Universidad se preserva de contactos perniciosos, regulando severamente la admisión de alumnos. Muestra de esto la ofrecen los americanos, los cuales, después de terminados los cursos escolares, establecen la obligación de cursar en los *college* cuatro años como alumnos internos, para recibir una educación que les capacite para ingresar en los estudios universitarios (*graduate school*). Allí, pues, no se edifica sobre la arena; se recibe la herencia de los dos primeros grados de enseñanza á beneficio de inventario.

La fe en el *maestro* y la comunión constante de éste con el alumno; el espíritu corporativo, que viene desenvolviéndose desde los primeros pasos de la vida escolar, con la formación de asociaciones escolares, con la adopción de colores y de emblemas, engendra esa admirable solidaridad de los elementos universitarios, de la cual no se tiene aquí idea alguna.

El profesor prestigioso se muestra como hombre de ideas, como adoctrinador desde la tribuna de la cátedra, explicando, y no llenando el tiempo con pasadas de lista ni preguntas cabalísticas; como investigador, aparece en el Seminario ó Laboratorio; como amigo, siempre partiendo el pan en la misma mesa que el alumno y leyendo en el mismo cancionero, en sus fiestas repetidas. El científico hace brotar la fe en el discípulo; el compañero, el cariño. Yo, cuando veo la rigidez afectada



de los que creen poseer más ciencia, envolviéndose en severa indumentaria y convirtiéndose en cómitres universitarios, recuerdo al buen profesor Paskowsky, de Berlín, el cual, después de pasar una semana de trabajos universitarios, era el primero en golpear el vaso de cerveza en el banquete de sus discípulos, en cabalgar sobre una silla, bonachón y sonriente, como el alemán-chino de las sátiras de Heine, guiándonos hacia imaginarias conquistas...; y todavía me acuerdo más de lo que escandalizó aquí á algunos mi modesto flexible de 2,50 que, me traje de Berlín, lo que me hizo dudar si al profesor se le distingue por su cabeza ó por su sombrero.

La Universidad española es un remedo estancado de la Universidad napoleónica en su constitución y relación con el Estado. La investigación apenas tiene puesto en ella; la sociedad, la familia y la preparación escolar apenas contribuyen á la formación cultural del joven.

El problema universitario es un problema *social* en gran parte; es un aspecto del problema de pedagogía social. El personal docente debe ser mejor formado también, puesto que los caminos que nos conducen á Europa son practicables y mejor atendidos; de lo contrario, los profesores tomarán tal profesión como cosa secundaria, dedicándose unos á vender bacalao, como en Barcelona; otros á cuidar sus viñas, quién á su tienda de abogado, á su clínica, menos aquellos que, como premio á su romanticismo, reciben miseria. La formación del personal docente supone una perfecta división social del trabajo, y ésta no puede ser perfecta mientras la nueva actividad no tenga una base económica suficiente para mantenerla.

Dos hechos relativos á la Universidad de Valladolid demuestran cuál es el ideal pedagógico español, si ideal puede llamarse á las representaciones dominantes en el pensamiento colectivo y director de hoy. El palacio de nuestra Universidad está ya derribado, y como última oración pronunciada en su Paraninfo quedará la proclama electoral del obispo de Jaca, hecha en el mismo corazón de la Universidad; la nueva Uni-



versidad se levantará sobre los solares de la antigua, rodeada de callejuelas, tabernas y lupanares. Y cuando á los defensores de este proyecto les hablábamos de las Universidades nuevas, levantadas en el campo, llenas de luz y de aire puro, con sus bibliotecas y seminarios, rodeadas de parques y tierras por donde puede en lo futuro desenvolverse la Universidad, algo distinto del palacio de los Bancos ó Ministerios, empotrados en la mefítica *City*, se nos contesta dándonos, como consola- ción y satisfacción á nuestro ideal pedagógico, con la promesa de levantar en una esquina del futuro edificio un torreón muy cuco y á propósito para postales.

¿Puede, una simple reforma administrativa, reformar el alma, dar el material humano que significan profesores y alumnos para resolver el problema universitario?

*Menschen, nicht bloss Gesetze*: hombres, no sólo leyes, clama- ba Antonio Menger en su obra póstuma, como medio de conseguir toda reforma social. La actividad pedagógica supo- ne una reforma del mundo interior, que no se consigue sino con el manejo de los coeficientes de nuestra vida espiritual. El ideal pedagógico no es un epifenómeno administrativo.

Así queda expuesto el ideal de tres grandes pueblos. Basta imitarles, y asimilarnos su procedimiento, y entonces apare- cerá la Universidad como comunión espiritual y de amor, como productora de ciencia y como punto central de la cultu- ra nacional.

\*  
\* \*

El comercio exterior de Chile, en 1910, alcanzó á pesos oro de 18 peniques 626.312.000, cifra que es la más alta que hasta ahora señalan las estadísticas del país vecino.

Para apreciar en su conjunto la marcha que ha seguido el desarrollo del comercio exterior de Chile y su progresivo aumento, basta—dice *El Mercurio*, de Santiago—examinar el siguiente resumen que da en libras esterlinas las cifras del pri- mer año en que se tomó la estadística aduanera y los resulta-



dos obtenidos en los años correspondientes á las décadas pasadas:

AÑOS	Comisiones y exportaciones. — <i>Libras.</i>
1844 .....	2.922.600
1850 .....	4.842.280
1860 .....	9.524.400
1870 .....	11.039.800
1880 .....	16.362.200
1890 .....	21.464.000
1900 .....	22.119.100
1910 .....	46.973.400

Hasta 1880, el comercio exterior corresponde á un período de desarrollo normal, á pesar de haberse encontrado el país, al finalizar esa década, envuelto en las perturbaciones de una guerra.

Terminada ésta, interviene como factor nuevo la explotación del salitre; pero sus efectos no modifican de un modo extraordinario, como podría esperarse, la marcha señalada como normal antes de la guerra.

Sería muy largo y fuera de ocasión entrar á examinar las causas que han producido este resultado. Basta señalar el hecho.

En la década siguiente se advierte un retroceso, una perturbación profunda en el desarrollo del comercio exterior. De la comparación entre los años 1890 y 1900, resulta que apenas se logró mantener la cifra de diez años atrás. Prácticamente, no tuvo lugar el incremento normal correspondiente al crecimiento del país.

En la década última, por el contrario, el comercio exterior se duplica. Es bien sabido que en gran parte este resultado se debe al salitre.

Considerando la situación alcanzada desde un punto de vista estrecho, podría observarse que, descontando ese factor, el poder de expansión económica del país ha disminuído en



cuanto á los elementos de producción que mantenían, antes de 1880, su comercio exterior. Semejante observación, sin embargo, no tiene más que un valor relativo ó de circunstancias, que no dice nada en contra de la constitución actual de las fuerzas productivas con que Chile sostiene el intercambio. En la evolución incesante de la producción, cambian y se desplazan los factores de ella, se agotan unos recursos, se descubren nuevas riquezas, se utilizan nuevos elementos, se perfeccionan las industrias, y así sucede al trigo la viña y el pasto, al cobre el salitre. El progreso no se detiene, y cuando el salitre deje de ser industria productiva, el país se encontrará en grado de adelanto suficiente para dedicar sus energías y capitales á otras explotaciones, á otros trabajos, á otras industrias que le permitirán mantener intactas sus fuerzas para seguir adelante. El aprovechamiento del suelo arable por medio de la irrigación, por ejemplo, le ofrece el medio de ensanchar la producción agrícola, en proporción diez veces más considerable que la que hoy tiene. La utilización de la fuerza hidráulica de nuestros ríos podrá proporcionarle una fuente abundante de energía para la explotación de numerosas industrias y para la tracción de los ferrocarriles que cruzan el territorio. El desarrollo de la industria del hierro dará valor á los inmensos depósitos de este metal que existen en el Norte, y nos ahorrará el pago anual de varios millones de libras esterlinas por artefactos que ahora necesitamos pedir á la industria extranjera.

Pero, desprendiéndonos de estas consideraciones, vamos nuevamente á referirnos á las condiciones actuales del tráfico internacional para señalar las tendencias de su desarrollo.

En los últimos cinco años ofrece los siguientes resultados:

	Importación. — <i>Libras.</i>	Exportación. — <i>Libras.</i>
1906.....	17.831.700	21.727.000
1907.....	22.031.580	21.011.200
1908.....	20.044.810	23.936.180
1909.....	19.656.200	22.982.240
1910.....	22 311.420	24.662.000



En las importaciones de 1907 se nota la influencia de la actividad despertada por las pérdidas del comercio de Valparaíso, á consecuencia del terremoto del año precedente, y á esa actividad forzada era lógico que sucediera un período de depresión, el cual se hace perceptible en 1908, y particularmente en 1909. En el año último vuelven las importaciones á tomar notable incremento.

En cuanto á las exportaciones, en 1909 se nota un retroceso de 1.000.000 de libras esterlinas; pero la cifra del año último sobrepasa á todas las del período.

Examinando el cuadro anterior, se nota en primer lugar que, salvo el año 1907, la balanza comercial es favorable al país; pero, comparando los resultados de cada año, se observa en seguida un hecho ya anotado por *El Times*, de Londres, á saber: el retroceso que viene experimentando esta balanza, y que coincide con la depresión del cambio internacional.

La balanza comercial de 1908 fué de 3.891.000 libras esterlinas, de 2.320.000 libras esterlinas en 1909 y de 2.350.000 libras esterlinas en 1910.

Volver al régimen normal debe ser—agrega *El Mercurio*—una de las preocupaciones más inmediatas del Gobierno, porque el país sufre enormemente en su prestigio y en sus intereses con el estado de bancarrota en que vivimos, sin causa que pueda justificarlo.

Remover las causas que contribuyen á desequilibrar la situación económica, poniendo orden en la Hacienda pública y modificando en forma conveniente la tarifa de aduanas, es una necesidad verdaderamente nacional. De ese modo se logrará dar solidez á la condición financiera y económica de este país, que cuenta con tantos recursos, y que se encuentra, sin embargo, en la situación de los pueblos más pobres y atrasados.

\*  
\* \*

El campo de investigación del agrónomo es tan extenso como son los límites de la ciencia que debe dominar; en efec-



to, la agronomía es el conjunto de un sinnúmero de ciencias de un caudal profundo—y todas ellas son dignas de una atención preferente y sabia.—La química es quizás la más hermanada á la agricultura, y por ello debe el agrónomo alterar sus ensayos con los secretos de su principal materia.

Estas consideraciones nos ponen de relieve la importancia de las chacras de experimentación, donde el hombre científico práctico efectúa los ensayos sistemáticos que sirven de guía al agricultor.

En la Argentina, la agricultura debe ser materia «regional». Sus problemas deben resolverse bajo una faz práctica de inmediata aplicación. Estudiar la zona, su clima, su composición agrológica, su medio ambiente para aplicar las especies vegetales que, «ya clasificadas», le presten el medio «determinado» de desenvolvimiento.

Todas estas razones nos inducen á fomentar los campos de ensayos, y en esta oportunidad, es digna de mención la «chacra experimental agronómica», recientemente establecida en la estación Gándara (F. C. S.), por feliz iniciativa de su propietario, el doctor F. W. Gándara (químico), quien la dirige conjuntamente con el Sr. H. J. Fonseca (agrónomo).

El plan de trabajo que se ha impuesto la chacra de experimentación aludida, es bien benéfico, y los beneficios que á los agricultores y estancieros de la región reportará, son muchos.

Hemos recibido un folleto, en el cual se ocupa el doctor Gándara de unos ensayos practicados en la chacra experimental de su propiedad, y que, al conseguir resultados encomiables, confeccionó el proceso de sus ensayos, y los dió á la publicidad el 12 de Agosto en la *Liga Agraria*.

El folleto que acabamos de recibir transcribe totalmente la conferencia que dió el Dr. Gándara, bajo el título «El manganeso en la agricultura.—Su acción bioquímica.»

Empieza el autor ocupándose de las primitivas experiencias de Palissy, Lavoisier y Liebig; después forma un conjunto ameno y puro de las materias agrícolas, pintando, en un



lenguaje tan sencillo como brillante, el porvenir de la agricultura en nuestro país, bajo el amparo y diligencia de los diplomados agrónomos.

Es, pues—dice el autor,—un deber de todos los amantes de la naturaleza y de su estudio, contribuir en la formación de esa nueva ciencia, que en el presente siglo, joven y vigoroso, se recrece en todos los ámbitos de la tierra... Después de las experiencias de Liebig, la acción de los abonos se redujo al de las sales que entran en su constitución. Este químico clasificó á los elementos que figuran en las cenizas de las plantas, por orden de importancia bioquímica, según la proporción en que entran; el poder fertilizante estaba íntimamente relacionado con la cantidad.

Se ocupa luego el Dr. Gándara de las experiencias interesantes de Boussingault, Schele, Herapath, Richardson, Bertraud, en colaboración con el distinguido agrónomo Thomasin Van Bawer.

En seguida, consigna los ensayos practicados con el doctor Damianovich sobre el perejil, rábanos y otros vegetales. Se agregaron en proporciones de 50, 25, 12, 6, 3 y 1 grano de sulfato de cloruro de manganeso recíprocamente, y se llegó á la conclusión de que en el cantero que empleó 1 por 100, el resultado fué muy satisfactorio.

Estos ensayos contribuirán á una clasificación prolija del suelo agrícola, á dominar la «Agrología», y en esta forma el agricultor podrá entregarse á la explotación agrícola, con verdadero conocimiento de causa.

La chacra experimental de Gándara efectuará ensayos prolijos que revelarán verdades científicas de interés nacional.

\* \*

Tengo á la vista todos los datos referentes á la cuestión comercial entre España y Cuba, y sobre ellos un folleto en el que se recopilan los trabajos salientes del gran americano José



Mejía, y se estudian sus esfuerzos en pro de la madre patria. Son, al parecer, cosas distintas y distinto su punto de arranque también. Yo, sin embargo, advierto en ello perfecto paralelismo é intentaré en el artículo próximo demostrarlo, entremezclando en las disquisiciones sobre la política arancelaria hispano-cubana, el sentimiento desmaterializado de José Mejía, del que tan necesitados estamos los arancelarios cubanos y españoles.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# REVISTA DE REVISTAS

---



SUMARIO.—MEDICINA: Cómo se cuidaban en otro tiempo.—CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES. La patria y la humanidad.—LITERATURA: El erotismo en la novela.—COSTUMBRES: El desnudo en el teatro.—BELLAS ARTES: El dibujo y el color.—IMPRESIONES Y NOTAS: Una sentencia por ultraje á las costumbres.—Anécdotas sobre Renán.—La vuelta de España en automóvil.—La palabra *polipote*.—Anécdotas electorales.—La poesía de Mallarmé.—Una página de Emerson.—Cuatro mujeres embarazadas.—Mommson, mensajero de Bismarck.

## MEDICINA

CÓMO SE CUIDABAN EN OTRO TIEMPO.—Sin hablar de la medicina hebraica, asiria, egipcia ó babilónica, ni siquiera de la griega y la romana, baste decir que en todo tiempo ha habido médicos, ó por lo menos personas que pretendían curar enfermedades. El carácter científico de la medicina que á veces llegaron á darle los Hipócrates y Galenos, se perdió casi por completo en la Edad Media, durante la cual, las prácticas supersticiosas, los rezos y las aplicaciones de reliquias eran los medios terapéuticos más corrientes. Sólo los árabes españoles consiguieron dar á la medicina cierto carácter científico, y de ahí el crédito de que llegaron á gozar los médicos moros y judíos, no sólo en España, sino en toda Europa.

En pleno Renacimiento todavía dominaban los empíricos en la generalidad de las ciudades. Carlos VI, con 22 médicos, no adelanta nada en su curación, y entonces echa mano de un hechicero, Arnaldo Guillermo, que se jactaba de curar al rey



con una sola palabra, pero que no consiguió nada, como es natural; dos frailes agustinos hacen tomar al rey perlas en polvo, y como tampoco producen efecto, les cortan la cabeza reemplazándolos con dos hechiceros de Dijon; éstos tampoco consiguieron curar al rey, pero, en cambio, fueron quemados en la plaza de Grève. Luis XI consulta á los charlatanes, y Carlos VIII, Luis XII y Enrique III cuentan siempre con sus astrólogos; Enrique IV mandaba á su médico que sacase el horóscopo del Delfín, y el mismo Luis XIV se dejaba administrar en su última enfermedad, por un empírico, un elixir, y autorizaba á la señora de Maintenon á que llevara al duque del Maine á casa de un charlatán de Amberes, que dejó al joven príncipe más cojo que antes.

Y así andaba la medicina hasta la misma revolución. En cuanto á la peste, en sus diversas formas, baste decir que Courcelles la atribuía á la conjunción pestífera de las estrellas, especialmente á la de Marte, Saturno y Júpiter; que Juan Swan declaraba gravemente en 1566 que «había que tener en cuenta los cometas que tienen la cola hacia Oriente ó que están situados en malos lugares del cielo»; que Benito Textor hacía responsables de la peste á los astros y los cometas que extienden sus colas en sitios malsanos del cielo; teoría aceptada todavía por Monginot, médico del príncipe de Condé. Todavía después, Duref, médico del rey, avisaba á los parisienses que tuvieran siempre á mano pañuelos embebidos en vinagre y tubos de pluma llenos de mercurio, y que tomaran por la nariz raspaduras de marfil, jacinto y rubí. En cuanto una epidemia se declaraba en las ciudades, todos los que podían, desde el rey hasta la misma Universidad, huían al campo; pero, en cambio, cuando se declaraba en el campo, se cerraban las puertas de las ciudades y no se dejaba pasar á nadie. Así sucedió en 1348 en Avignon; los estudiantes, que habían dejado la ciudad, piden autorización para volver á ella, á fin de examinarse, y se les niega; los estudiantes amenazan con escalar las murallas; la Facultad vacila, y decide que el Tribunal se situará en la torre de



Saint-Benezet, y los examinandos se pondrán debajo, sobre el primer arco del puente. Es de suponer que los exámenes serían cortos, y que los maestros, como dice H. de Galiet en *La Revue*, se mostrarían indulgentes.

Parece imposible que las personas de aquellos tiempos pudieran salir con bien de las medicinas y de las operaciones que, médicos, barberos y charlatanes les practicaban, sin anestesiar y sin instrumentos, aplicando á las roturas de arterias, por no conocerse entonces las ligaduras, cauterizaciones con hierro malvando ó con pez hirviendo. Aquellos cuerpos, indudablemente, tenían mucha más resistencia que los nuestros. La misma Catalina de Médicis, á consecuencia de una caída de caballo, sufrió la terrible operación del trépano, y se repuso de ella tan pronto, que pocos días después escribía alegremente á la duquesa de Guisa: «No he estado apenas herida, y sólo estoy marcada en la nariz, como los carneros de Berry.»

Por lo que hace al diagnóstico, puede decirse que mucho tiempo no existió. No se auscultaba á los enfermos, y los médicos no se preocupaban de descubrir la enfermedad que atormentaba al paciente. Precisamente lo contrario de lo que hoy ocurre, pues, por un abuso opuesto, lo primero de que el médico se preocupa es de encontrar un nombre á las enfermedades. Antes se declaraba sin escrúpulo que Felipe el Hermoso, por ejemplo, había muerto de un mal desconocido; hoy no se quiere que haya males desconocidos; á falta de específico que los cure, siempre se descubre un nombre para catalogarlos. Algo de esto se hacía, sin embargo, y así Arnaldo de Villanueva escribía en 1300 para sus alumnos: «Supongamos que no podéis comprender nada del caso de vuestro enfermo; decidle con seguridad que tiene una obstrucción del hígado; si responde que es la cabeza lo que le duele, afirmad atrevidamente que ese dolor proviene del hígado; tened mucho cuidado de emplear el término de *obstrucción*, porque los enfermos no saben lo que significa, é importa que no lo sepan.» Molière no lo hacía mejor.



Claro es que no faltaban en aquellas épocas ciertos médicos que, por intuición más que por saber, adoptaban remedios acertados, pero eran excepciones contadísimas. Los dos remedios universales en los siglos xvii y xviii fueron la sangría y... ¿cómo llamarlo? ¿El clisterio, como le llamaban los franceses? ¿La lavativa ó la jeringa, como decíamos nosotros? ¿O el enema, como se dice ahora para que el vulgo no lo entienda? El instrumento existía en la Edad Media, y, según el Petrarca, el hombre tomó su idea de la cigüeña. En aquel tiempo, era una odre de piel de cabra, con un cañón de madera ó de hueso; era remedio que se tomaba por cualquier motivo y sin motivo: por la mañana, por la noche y, frecuentemente, por el día. Se tomaba en el retrete, en el cuarto tocador y, á veces, *coram populo*, en pleno salón, como lo hacía la Delfina. La señora de Maintenon, que también las tomaba, se revolvía contra la palabra, é hizo cuestión de Estado cambiar el nombre de *clistere* ¿qué hubiera dicho de nuestra *jeringa*? y, secundada por los jesuitas en tan grande empresa, consiguió que se adoptara el de *remedio*.

La sangría ha tenido en todo tiempo partidarios y detractores. El Petrarca acusaba á los médicos de haber matado á Clemente VI, por sangrarle demasiado. La señora de Sevigné atribuye también la muerte de Monteil á las sangrías que le hicieron, y á la undécima de las cuales sucumbió. Botal, que á fines del siglo xvi había ido de Italia á Francia, sostenía la teoría de que «cuanta más agua se saca de un pozo más buena viene, y lo mismo ocurre con la sangre y la sangría»; el mismo sostenía que «un viejo enfermo debe ser sangrado cuatro ó seis veces al año, y una persona bien constituída, si quiere conservar la salud, cada seis meses». Al rey Luis XIII, conforme á estos principios, le habían administrado en sólo un año 255 purgantes y le habían sangrado 47 veces; ¡qué salud se necesitaba para resistir á esta medicación! Guy Patin, para curar de una fiebre á su colega Martel, le propinó 32 sangrías, y para librar á un tal Cousinet de un reumatismo, 64. Por el menor



catarro se hacían sangrar siete veces. Se sangraba por todo: bronquitis y catarros, fiebres y enfermedades de la piel, dolores de muelas y sarampión.

Aparte de esto, en cuanto los médicos veían á un enfermo con fiebre, hacían cerrar herméticamente la habitación, para que ningún rayo de luz llegase hasta él. Cuando Talbot, más empírico que médico, llevó á Francia la quina en el siglo xvii, la Facultad le despreció; pero la señora de Sevigné cantó sus alabanzas por haber curado al señor de Coulange, y cuando Luis XIV se vió salvado de una mala fiebre por la quina, Talbot se hizo célebre; el rey le compró su secreto por 48.000 libras, señalándole además una pensión vitalicia de 2.000.

La Facultad tuvo que rendirse ante los hechos, pero siguió recomendando sus remedios tradicionales, entre ellos, estiércol de caballo. Guy Patin cuenta que el cuarto día de la última enfermedad de Richelieu, que se moría de un acceso intestinal, le llevaron una curandera que le hizo tragar excremento de caballo en vino blanco, «lo que los médicos aprobaron mucho». ¿Cómo no, si ellos mismos, muchos años después, rodeaban las piernas hinchadas de Mazarino con emplastos compuestos del mismo ingrediente?

Contra la rabia no se había todavía descubierto más que los baños de mar y la aplicación sobre el cráneo de compresas embebidas de saliva, ó la aposición en la frente de una muela de yegua; pero estos remedios, declara gravemente Guy Patin, deben ser practicados desde el principio del mal, pues en otro caso no queda más recurso que ahogar al paciente en su cama, á fuerza de mantas, que es lo que se hacía ordinariamente, salvo los que preferían ser envenenados.

Contra la apoplejía, la epilepsia y las convulsiones, los médicos empleaban la orina de jóvenes bebedores de vino mezclada con bálsamo calmante. Los famosos *vapores*, tan de moda en aquel tiempo, y que hacían tan interesantes á las damas, se curaban con el mismo remedio. «Para mis vapores, escribe sencillamente la señora de Sevigné á su hija, he tomado ocho



gotas de esencia de orina.» La cera humana, dice Limery en 1759, es soberana contra los panadizos, y la raspadura de uñas forma un excelente vomitivo. Bajo Francisco I, el médico del rey, Gaurot, aconsejaba contra la jaqueca hacerse rapar. La curación del asma, según el mismo, se obtenía con una poción, en la que entraban higos de Marsella, carne de dátiles, regaliza, pulmón de zorro lavado con vino y agua de escabiosa. Si se tenía ictericia, «empapad, decía Puech, todas las mañanas un dracma de excremento de pato en medio vaso de vino blanco; tomadlo durante nueve días, y veréis efectos sorprendentes»; también se preconiza para lo mismo una mixtura de gusanos de tierra, lavados con vino blanco, secados en seguida y tragados en una cucharada de vino. Para el mal de piedra se recomienda por el mismo beber todas las mañanas en ayunas un vaso de orines, y en seguida un poco de anís.

Para la gota, Gaurot manda picar un pato gordo y unos gatitos; se destila y con ellos se hace una unción. Para el cólico, Jerónimo de Monteux recomienda meter al paciente en aceite, por lo menos, hasta los riñones, y para el mal de piedra untar los riñones y el vientre con sangre caliente de zorro. Para las quartanas, Donnel de Courval hacía que el enfermo llevase al cuello una araña encerrada viva en una cáscara de nuez. Todavía en nuestros tiempos hay gentes que la llevan en el bolsillo constantemente para evitar el reuma. La gota, tan frecuente en los siglos últimos, sobre todo en las clases elevadas, se curaba no sólo con el remedio de Gaurot, sino con orines de hombre, como purgante. La hidropesía la curaba el ilustre Van Helmont con aplicaciones de sapos vivos, alrededor de los riñones. Los dolores de muelas exigían ventosas, la sangría de la vena cefálica y gargarismos de vinagre y aceite rosado. Hasta la esterilidad se combatía colgando del cuello un pergamino con una fórmula mágica, y con atar una cerda á la cama de un enfermo aletargado para volverlo en sí. En fin, para curar las escrófulas, Gaurot aconsejaba lavados con cocimientos de puercos; otros opinaban en favor de la boñiga de buey, y



todos reconocían que el único remedio verdadero era hacer tocar á los escrofulosos por una joven, vírgen y desnuda.

Los remedios caseros corren parejas con los de la Facultad. Cuando la señora de Sevigné tiene erisipela en la pierna, rodea el miembro enfermo con panes de rosas empapadas en leche dulce, hervida y refrescada. El caldo de víboras representa gran papel en la terapéutica usual. La señora de Lafayette sólo consigue recobrar sus fuerzas con ayuda de ese brebaje, y la señora de Sevigné escribe á su hijo: «El señor de Boissy me va á mandar diez docenas de víboras de Poitou; coged dos cada mañana, cortadlas las cabezas, hacedlas desollar y cortar en pedacitos y rellenad con ellas el cuerpo de un pollo; á las víboras debo la plena salud de que gozo.» También estaban muy en boga los remedios de los hechiceros empíricos, frailes y monjas. Los de estos últimos, sino hacían bien, no hacían tampoco mal, pues generalmente estaban compuestos de substancias inocuas. Pero las drogas de los charlatanes eran muchas veces peligrosas.

## CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

LA PATRIA Y LA HUMANIDAD. — Como primicias del libro *La Patria*, de Emilio Faguet, próximo á publicarse, aparece en *La Revue Bleue*, con el título que encabeza estas líneas, un artículo que no tiene desperdicio y que en estos momentos tiene palpitante actualidad.

«El patriotismo impide amar á la humanidad»; esta objeción á la idea de la patria es antiquísima. Voltaire la formulaba diciendo: «Es triste que para ser buen patriota se sea frecuentemente enemigo del resto de los hombres.»

El antiguo Catón decía, en cambio, al terminar todos sus discursos en el Senado romano: «Esa es mi opinión, y que se destruya Cartago.» Ser buen patriota es desear que su patria se enriquezca por el comercio y sea poderosa por las armas, y



es evidente que para que un país gane, otro tiene que perder. Sería de desear, quizá, que la voluntad de potencia no existiera. Pero ¿qué sería el hombre sin voluntad individual de potencia y sin voluntad colectiva de potencia? Pues sería un sér tan nulo, que cualquier especie de animal tomaría en su lugar el gobierno del planeta y le domesticaría en poco tiempo. Admitamos, sin embargo, que fuera de desear que el hombre careciera de voluntad de potencia. La desgracia es que siempre ha habido cierto número de hombres que han tenido esa voluntad, y ellos son los que han sometido á los demás. Puede, pues, contarse con que los habrá siempre, y, de haberlos, habrá siempre naciones y fronteras. Supongamos que llega un momento en que la humanidad, harta de rivalidades y competencias, se detiene en el reposo y en la abstención de deseo, ¿qué sucederá? Que bastará que una porción mínima de la humanidad, por razón de clima ó de menor fertilidad del suelo, se encuentre mal en su país, y sienta despertarse en ella el deseo de estar mejor, para que se aproveche del estado de voluntad del resto del género humano y se corte un imperio donde la parezca. Las naciones, en suma, no son otra cosa que núcleos sólidos del género humano, que se han anexionado las partes blandas ó reblandecidas de la humanidad. ¿Habrá siempre en la humanidad partes duras y partes blandas? Es de creer que sí. Luego habrá siempre naciones y habrá siempre también necesidad de patriotismo, necesidad de resignación á la esclavitud.

Hasta en el interior de un país civilizado, protegido por buenas leyes y por buena policía, ¿qué hace el hombre honrado? No es ladrón, pero espera ser robado, y por lo que pueda ocurrir, toma sus precauciones, y pone rejas en sus ventanas y cerraduras en sus puertas. ¿Qué se quiere que haga una nación frente á las demás en régimen internacional, en que cada cual se sostiene por la desconfianza recíproca? En algunas, el patriotismo es voluntad de potencia tan enérgica que se convierte en odio contra el género humano; en la mayor parte, el pa-



triotismo se reduce al deseo de no ser comido. En otras, no existe siquiera; pero no por confianza en las demás, sino por resignación más ó menos consciente á desaparecer.

La mayor parte de las grandes ideas humanas son cosas que no se realizarán nunca, pero que conviene tratar de realizar; y precisamente por el patriotismo se puede tender y realmente acercarse al ideal de la paz universal. El patriotismo está en razón inversa del espíritu de facción y recíprocamente. El pueblo que vuelve la vista á Aníbal, aplaza ú olvida sus discordias civiles. El pueblo patriota constituye, por pequeño que sea, una nación fuerte, que nadie pensará atacar, y el reposo general será un efecto del patriotismo de ese pueblo. Un pueblo dividido y, por consiguiente, débil, dando sin cesar tentación á los demás de conquistarlo ó repartirlo, mantiene en estado permanente en el género humano el espíritu de competencia y de agitación. Italia dividida, Alemania dividida, Polonia dividida, eran presas obligadas de los conquistadores, que, al excitar y atraer las ambiciones de los pueblos fuertes, han mantenido y avivado en Europa durante siglos el espíritu conquistador. Tan lejos está de ser el patriotismo el odio del género humano, como que sin ser el amor es como si lo fuese: es su protector sin quererlo. Se responde que no por eso es menos cierto que el patriotismo tiende á la guerra, y que la guerra es la plaga más espantosa de la humanidad. Religiones, causa de guerras civiles; patriotismo, causa de guerras internacionales. Hay que acabar con las religiones y con las patrias para acabar con las guerras.

Aquí los defensores de la guerra se dividen en dos categorías: unos admiten la guerra á causa del patriotismo, y otros quieren el patriotismo á causa de la guerra; unos mantienen la guerra porque la patria puede tener necesidad de la fuerza, y otros alaban el patriotismo para que la guerra subsista, por ser, en su opinión, una cosa excelente. Los primeros ven en la guerra una necesidad que lamentan; los segundos ven en ella una institución conservadora de las virtudes humanas. Los pri-



meros dicen: «Sed patriotas, y resignaos virilmente á la guerra, como Marco Aurelio, sin amarla, cuando la necesidad de la patria lo exija.» Los segundos dicen: «Es mucha fortuna que las patrias existan, porque eso trae fatalmente la guerra de tiempo en tiempo, y la guerra es saludable en sí. La guerra es sana, la guerra tiene una virtud moralizadora, la guerra es santa.»

Cien filósofos han sostenido esta doctrina, pero ninguno la ha expuesto más brillantemente que Anatolio France, en una página célebre, en que su profundo sentimiento democrático se revela plenamente: «Las virtudes militares—dice—han producido la civilización entera: industria, arte, policía, todo sale de ella. Un día, unos cuantos guerreros, armados con lanzas de silex, se atrincheran con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños tras un recinto de piedras brutas; esa fué la primera ciudad, y esos guerreros bienhechores fundaron así la Patria y el Estado, aseguraron la tranquilidad pública, suscitaron las artes y las industrias de la paz, que antes de ellos era imposible ejercer, hicieron nacer poco á poco todos los grandes sentimientos en que todavía hoy descansa el Estado, pues con la ciudad fundaron el espíritu de orden, de abnegación y de sacrificio, la obediencia á las leyes y la fraternidad entre los ciudadanos. Cuanto más pienso en ello menos me atrevo á desear el fin de la guerra. Suprimid las virtudes militares, y toda la sociedad civil se desmorona. Pero, aunque esta sociedad tuviera el poder de reconstituirse sobre nuevas bases, *sería pagar demasiado cara la paz universal, comprandola á costa de los sentimientos de valor, de honradez y de sacrificio que la guerra alimenta en el corazón de los hombres.*»

Palabras tan graves hacen reflexionar, y contienen, ciertamente, mucha verdad; sería, en efecto, una humanidad muy distinta, y sin duda inferior á la de hoy, la que resultaría de la desaparición de la guerra; habría el luto de algo grande á la humanidad, el día en que la guerra quedara exterminada.

Pensándolo bien, ¿qué ganaríamos? Dejemos á un lado las



cuestiones de cobardía y de valor, de honra y de deshonra; ¿qué ganaríais con resignaros los que renegáis del patriotismo? ¿No hacer la guerra? La seguiríais haciendo incorporados á la nación que os hubiera conquistado contra los pueblos que quiera conquistar ó de los que tenga que defenderse. ¿Qué habréis ganado? ¿Cumplir el deber de no combatir? «Pero viola esa ley universal, y la viola sólo el que obliga á otro á violarla—dice Jaquet,—y vosotros sois los que os conformáis con la ley universal y los que estáis á su servicio reprimiendo á quien la viola.» ¿Qué habríais ganado? ¿Sacrificar vuestra Patria á la humanidad? Pero no la sacrificáis á la humanidad, sino sólo á la nación que os ataca y os absorbe. El único caso en que os sacrificaríais á la humanidad sería cuando el universo entero fuera de vosotros, formara una sola nación. Se comprende un pueblo de Oriente sometiéndose, sin combatir, al Imperio romano, en el siglo III, y aun entonces la historia nos enseña que esos inmensos Imperios piden poco, se desagregan, y dejan convertir sus restos en nuevas naciones.

Aparte de esto, hay que notar que existe un interés humanitario en mantener las patrias, porque las patrias representan géneros de civilización que no reaparecen cuando las patrias dejan de existir. Esos profesores que se empeñan en destruir la idea de Patria, ó no saben lo que quieren ó quieren que Francia sea absorbida por Alemania, ó repartida entre Alemania, Inglaterra é Italia. ¿Es eso un deseo humanitario y una aspiración culta? Cuantas veces desaparece una nación, la civilización retrocede. El deber general y eterno es defender su patria, y el deber de cada generación es defender su patria tal como existe.

Cuando llegue el tiempo, si llega, en que la humanidad no forme más que una nación, ó la civilización quedará destruída (la civilización artística y literaria, pues la científica, aunque lánguidamente, podrá continuar), ó, precisamente por la supervivencia latente de los genios particulares de los diferentes pueblos, se producirá una dislocación por la voluntad de po-



tencia de tal ó cual grupo humano, y se formarán nuevas naciones ó servirán las antiguas. Se ve, pues, que es un deseo presente el de amar y defender á la Patria, aunque sólo fuera por ese interés de humanidad civilizada que invocan los que la abandonan.

Y ahora, extractado el artículo de Jaquet, permítaseme citar-me á mí mismo, reproduciendo una poesía que hace tiempo compuse sobre esta materia y se publicó en *El Diario de la Marina*:

## EL SERVICIO MILITAR

(A los socialistas internacionalistas)

Dedicado á mi buen amigo el coronel Arráiz de Conderena.

### I

En griego ya lo dijo el gran Tirteo:  
 «¡Feliz quien muere al defender su Patria!»  
 Sieyes y Mirabeau lo han declarado:  
 ¡No hay muerte más gloriosa ni más santa!  
 ¡Y preferís morir en una alcoba,  
 Con la lenta agonía del que acaba,  
 Entre ahogados suspiros y sollozos,  
 A morir en un campo de batalla!  
 ¡Aquí silencio, sombras, egoísmos!  
 ¡Allí estrépito, luz, sublimes ansias!  
 ¡Aquí escuchando rezos... ó blasfemias!  
 ¡Allí oyendo cañones y charangas!  
 ¡Aquí luchando por salvar la vida  
 Con inyecciones, drogas y tisanas!  
 ¡Allí, con el fusil y con el sable,  
 Luchando heroicos por salvar la Patria!  
 ¡Aquí la muerte oscura del que muere  
 Como muere un caballo allá en la cuadra!  
 ¡Allí la muerte heroica, que de gloria  
 Cubre al que muere por su Patria amada!  
 Ya, ya sé que vosotros, ¡renegados!  
 Afirmáis ¡malos hijos! que no hay Patria...



Tanto vale decir que no hay familia,  
Que todos sois espúreos, ¡mala raza!  
¿Sabéis por qué afirmáis tales simplezas?  
¿Sabéis por qué decís tales infamias?  
Por ser unos cobardes egoístas  
Cien veces más burgueses que un Juan Lanas.  
Porque os duele cumplir deber ninguno,  
Cual si hubiera tortugas sin coraza,  
Y suprimís la Patria y la familia  
Por no tener que soportar sus cargas.  
Sois el tipo burgués más acabado,  
Sois el tipo vulgar de Sancho Panza:  
Sin pizca de valor en vuestros pechos,  
Sin pizca de ideal en vuestras almas.

## II

¿Por qué sentís tan implacable odio  
Por el noble servicio de las armas?  
Veamos los potentes argumentos  
Con que explicáis tan necia repugnancia.  
Decís que el uniforme del soldado  
Os humilla, os irrita y os degrada.  
¿Es acaso más fea ó menos limpia  
Que vuestra blusa la marcial casaca?  
¿Es por ser uniforme el uniforme,  
De igual paño, igual corte é igual marca  
En toda veste militar? Y entonces,  
¿Qué hacéis de vuestra causa igualitaria?  
Si queréis igualdad, ¿por qué os irrita  
Que vistan traje igual los camaradas?  
¿Por qué no han de comer todos lo mismo?  
¿Por qué no tener todos igual cama?  
¿Es porque el uniforme significa  
Que un amo os alimenta, viste y calza?  
¿Y no es mejor servir al amo-Estado  
Que al amo del taller ó de la fábrica?  
El provecho del jefe del soldado  
Está en el buen servicio de la Patria;  
Y la Patria es tu madre, y son tus hijos,  
Y eres tú mismo y son tus camaradas.



Al servir á la Patria, á ti te sirves;  
Nadie de tu sudor provecho saca;  
El amo del taller puede explotarte;  
La Patria con tu amor queda pagada.

—¡Pero pide mi sangre!—Te la pide  
Cuando por una guerra le hace falta,  
Y al pedírtela entonces, te defiende,  
Porque te da instrucción, y abrigo, y armas.

¿Y qué mejor empleo de esa sangre  
Que verterla en defensa de la Patria?  
¿No la vertéis por una mujerzuela  
O por una disputa tabernaria?

Decís que los cuarteles os repugnan;  
¿Y qué más que un cuartel es una fábrica?  
¿Suena mejor quizá en vuestros oídos  
Que un toque de clarín una campana?

¿Pretenderéis quizá que es más sabrosa  
Que el rancho vuestra mísera pitanza?  
¿O creeréis tal vez que es más higiénico  
Tener la cara sucia que lavada?

Entráis en el cuartel casi desnudos,  
Y allí os dan trajes de faena y gala;  
Entráis hambrientos, y salís nutridos;  
Salís con letras cuando vais analfas.

No hace más una madre por sus hijos  
Que lo que hace magnánima la Patria;  
Ni pedir á sus hijos puede menos:  
Que defiendan su honor si alguien lo ataca.

Sois necios, y además inconsecuentes,  
Y os pagáis, como tontos, de palabras,  
Que ensayo es el cuartel de falansterio,  
Y ese es el ideal de vuestra casa.

Lo que os irrita en el marcial servicio  
Es esa disciplina con que os atan;  
Es el que á ese Luzbel que lleváis dentro  
Le dan en los nudillos con la pala.

Es el que allí os obligan á ser buenos,  
Humildes y obedientes cual Dios manda...  
Como lo manda Dios, ¡sí, renegados!  
Ese Dios que no admite el que os engaña.

¡Ah! Queréis libertad para ser malos



(Para ser buenos libertad no falta),  
Para decir blasfemias ó dislates,  
Para sucios andar de cuerpo y alma.

Nada de eso le importa á vuestro amo,  
Atento al logro del taller ó fábrica;  
Pero á la Patria sí, porque á una madre  
El hijo bueno y sano la entusiasma.

Habláis también de que el servicio odiado  
Los goces del hogar os arrebatara.

¡Mal las dulzuras del hogar se avienen  
Con quien de temple tan viril se jacta!

Dejad tal argumento á esos burgueses  
Que nunca aciertan á salir de Capua,  
Y que lloran cual tímidos chiquillos  
Si oyen hablar de heridas y batallas.

Esos derriten en su vida ociosa  
Lo que con tu sudor sus padres ganan.  
Desprécialos si quieres; ríe de ellos,  
Que no merecen más. ¡Son tu venganza!

¡Que lloren y que chillen! ¡Son cobardes!  
¡Que blasfemen también contra la Patria!  
¡Son mentecatos! ¡Que hablen de automóviles,  
De *sports*, de *chic*, de *stands*! ¡Son papanatas!

¿Qué tenéis de común con esas gentes,  
Si sois de la nobleza que trabaja?  
No habléis de hogar, porque esa es la careta  
Con que el cobarde hipócrita se tapa.

Unos y otros, de grado ó á la fuerza,  
Prestaréis el servicio de las armas;  
Y allí se fundirán dos estulticias,  
Y se harán hombres los que fueron mandrias.

### III

Llegáis, para libraros del servicio,  
Cual si de algo espantoso se tratara,  
A pensar en huir á extrañas tierras  
Que desde lejos os parecen Jaujas.

¡Qué engañados estáis! ¡Qué criminales  
Son esos vividores que os embaucan!



Aquellas tierras, madres con sus hijos,  
Con vosotros serán malas madrastras.

Allí también hay reyes, ó hay repúblicas  
(Para el caso es igual, todas son patrias)  
Y tienen todas que vivir alerta,  
Y todas tienen que vivir en armas.

Que así como tú tratas á otro hombre,  
Así tratan las patrias á las patrias;  
Y así como tú riñes con tu amigo,  
Así patria con patria riñas arma.

Y así como tu riña engendra un crimen,  
Si en la riña llegáis á la navaja,  
Si aquella riña hasta la guerra llega,  
Engendra la invasión y las batallas.

Y por eso, te guste ó no te guste,  
Aquí ó allá, doquiera que te hallas,  
El tributo de sangre se te exige,  
Y de grado ó por fuerza tú lo pagas.

Mejor fuera sin duda, que no hubiera  
Riñas ni guerras, de hombres ni de patrias,  
Y que en perpetua paz todos viviéramos  
Y que á su sombra todo prosperara.

Pero estamos distantes todavía  
De ese ideal de sociedad humana,  
Y hay que aguantar, mientras el caso llega,  
Las exigencias de la paz armada.

Esa es la realidad y esa es la vida,  
Y así la hay que tomar ó hay que dejarla.  
¿Qué piensas encontrar en otras tierras  
Distinto de lo que hallas en tu Patria?

Allí hay Gobiernos, Leyes, Tribunales,  
Policía, y Ejército y escuadras,  
Cárceles y presidios, Parlamentos,  
Escuelas, templos, hospitales, fábricas.

¿Imagináis quizá que aquellas gentes  
Tienen otra figura ú otra pasta?  
Son hombres y mujeres cual vosotros,  
Personas buenas y personas malas

¿Creéis que allí os reciban en palmitas?  
Hobbes lo dijo ya en pocas palabras:



«El hombre para el hombre siempre es lobo.»  
Lo exige así la condición humana.

Allí y aquí la competencia es dura,  
Y come únicamente quien trabaja,  
Y es frecuente encontrar brazos de sobra,  
Porque el trabajo con frecuencia falta.

¿Y dónde vas á ir, desventurado?  
¿Piensas acaso en la vecina Francia?  
Se reirán de ti porque no sabes  
Ni pedir en francés un vaso de agua.

Se burlarán de ti porque has creído  
Que van á darte lo que allí les falta;  
Vivirás en perpetuo vilipendio,  
Y como un perro morirás de rabia.

¿Vas á marcharte á Portugal? Si llevas  
Algo que dar, pondránte buena cara;  
Mas si vas á pedir, tal vez el olmo  
Te dé antes peras que los lusos plata.

¿Vas á emigrar á Italia? Por millones  
Salen de allí los hombres que trabajan,  
Y no tendrás la pretensión ridícula  
De que te den á ti lo que ellos no hallan.

¿Quieres ir á Alemania? Antes que entiendas  
De alemán tres docenas de palabras,  
Te han metido en la cárcel treinta veces  
Y has estado famélico otras tantas.

¡Nada de Europa! ¡Europa es mundo viejo  
Y está por todas partes ya gastada!  
Irás al Nuevo Mundo, irás á América,  
Porque no hay que pensar en Asia y África.

Te embarcarás con otros desdichados,  
Iréis como sardinas en banasta,  
Y pasaréis por mil humillaciones  
Y un fardo más seréis allá en la cala.

Sufriréis los horrores del mareo,  
Hambre, sed, asco, miedo, angustias, náuseas,  
Y creeréis en Dios, ó al diablo mismo  
Diréis que os libre de tortura tanta.

Pasados los tormentos del viaje,  
Lo primero que haréis en tierra extraña



Es renegar del pensamiento loco  
De abandonar por siempre vuestra Patria.

Abatidos de espíritu y de cuerpo,  
Juguete de casuales circunstancias,  
Serán allí explotados vuestros brazos  
Si antes no perecéis en la batalla.

Y el estigma de infames desertores  
Pesará como plomo en vuestras almas,  
Y lloraréis con lagrimas de sangre  
El crimen cometido por la Patria.

Y lanzaréis suspiros á diario,  
Y temblaréis morir en tierra extraña,  
Y pediréis á España que os perdone,  
Y daréis vuestra vida por España.

.....

No aguardéis á tan tarde; hacedlo ahora,  
Y ofreceos alegres á la Patria,  
Y oídos no prestéis á charlatanes  
Que ó son tontos ó son unos canallas.

## LITERATURA

EL EROTISMO EN LA NOVELA.—Nuestro querido colega madrileño *Nuestro Tiempo* ha abierto una información, mediante una circular firmada por Luis de Terán, dirigida á las personalidades literarias más caracterizadas, rogándoles contesten á las siguientes preguntas: «¿Cree usted que, en efecto, se registra hoy una producción singularmente copiosa de novelas cuyo erotismo pueda ser censurable? ¿Cuáles son, en la valiosa opinión de usted, los imperativos de la moral artística en especial relación con la novela, y cuáles, por consiguiente, los preceptos y límites que impone?»

La condesa de Pardo Bazán contesta que las novelas muy eróticas no adolecen de excesivo realismo, sino de aquel procedimiento antirrealista de acumulación que tanto se echó en cara antaño á Zola. De la sobreproducción de novela erótica (*sic*), que es un hecho innegable, no acusa tanto á los autores



y editores como al publiquito. Si el género corre que vuela, habrá siempre proveedores del género. Uno de nuestros males es que no haya juventud adolescente, que se salte de chiquillo á hombre, y que con el cigarro madure la sensualidad. En cuanto á los imperativos de la moral artística, los límites del arte los impone la belleza, y por erótico que sea el idilio de Dafnis y Cloe, es muy bello y merece su aplauso. Picón dice que el mal de que se escriban novelas licenciosas no es de ahora, sino de siempre; mas como suelen valer poco, se olvidan pronto, y si hoy el mal parece agravado, será porque hay mayor número de lectores para todos los géneros. El escritor debe tener libertad completa para pintar el amor en sus infinitas fases, sin otras restricciones que las impuestas por su buen gusto y propio decoro. La censura creada contra lo pornográfico atentaría pronto contra lo verdaderamente artístico. Que cada cual escriba lo que quiera, seguro de que el tiempo es un sepulturero que trabaja muy á prisa.

Unamuno dice que no lee, ni siquiera se entera más que por lo que oye decir, de que se publiquen novelas eróticas. En cuanto á lo de imperativo ético, prefiere hablar de los mandamientos de la ley de Dios. Tanto el escribir como el leer novelas pornográficas, supone una inferioridad mental y artística. Don Juan Tenorio era un majadero ó poco más, aunque no había aprendido á escribir. Viola con letra mayúscula. Es casi el mismo público el que consume las tonterías pornográficas, las tonterías anarquistas, las tonterías científicas; de lo que tenemos que defendernos es de la tontería, y nada conseguiremos mientras la cofradía de la pluma mercenaria, atenta al «hoy por ti y mañana por mí», siga en diarios y revistas elogiando, ó, cuando menos, disculpando verdaderas necedades, y contribuya así á dejar campo libre á los majaderos, dedíquense á mamporrear á viejos verdes ó á matar el tiempo.

Alberto Insúa cree que se registra hoy una producción singularmente copiosa de novelas, cuyo erotismo puede ser censurable; pero no por el erotismo solamente, sino por la igno-



rancia, el mal gusto y la vulgaridad que revelan, pues el erotismo, como el misticismo, es elemento de arte, y, como tal, invulnerable. El arte y la moral son cosas independientes é inconciliables, y, por consiguiente, no hay ningún imperativo de moral artística. Reconoce que escribe desde una estrella, y que la mayor parte de los preceptos y de las costumbres de la tierra le hacen sonreír. Así son en Marte, según él dice, donde sin duda no se han enterado todavía de que no han pasado de la categoría de habitantes planetarios y no estelares.

Julio Cejador dice que la novela erótica nos ha venido de Francia; pero que aquí va tomando un matiz agravante por la comezón que sienten algunos escritores de mezclar lo erótico con lo sagrado, con estúpido aplauso de los espectadores. El arte es libre y no está sujeto ni á la moral, pero es porque la belleza que sea inmoral deja de ser belleza. Tan enemiga de la belleza es la inmoralidad como la falsedad; el día que una belleza falsa sea belleza, podremos admitir que una belleza inmoral sea bella, y que el erotismo desnudo quepa en la novela artística.

Cristóbal de Castro cree que hay una producción copiosa, y aun copiada, de novelas cuyo erotismo no sólo puede, sino que debe ser censurado; afirma con Valera que la moral no tiene en absoluto nada que ver con la literatura, la cual, en todo tiempo y sitio, debe sujetarse á la decencia; y cree que es un punto de dignidad profesional el combatir esa avalancha sicalíptica con el silencio, que es el arma más eficaz.

La cultísima Carmen de Burgos (Colombine) dice que es deber de los novelistas no adular el gusto del público en una sociedad corrompida y viciosa, sin que valga acogerse á la definición de Stendhal (la novela es un espejo que se pasea á lo largo de un camino); pues la novela, sin apartarse de la realidad, puede ser la educadora de toda una época. Nuestra literatura patria fué desde las primeras gestas austera, como el alma de Castilla, y sus tipos de mujer tuvieron algo de místico y conventual. Al aparecer el *Quijote*, el público comprendió



más á Sancho que al caballero de la Mancha, y al aparecer la novela realista moderna pensó que el mérito consistía en apartarse de lo espiritual para buscar sólo lo grosero; se entendió que era más real describir un estercolero que un búcaro, y así nació la llamada novela erótica ó sicalíptica. El arte se ha de inspirar siempre en la Naturaleza, y ahí están nuestros libros de picardía y la Celestina, en demostración de que nuestra novela clásica no fué gazmoña; pero esos libros son como las estatuas griegas, desnudas sin impudor. La novela erótica, de importación extranjera, es al lado de la literatura erótica clásica lo que un cromó de diez céntimos á una pintura de Tiziano. El arte de los novelistas eróticos modernos, obra de decadentes, consiste sólo en desnudar mujeres ó describir aberraciones; sus tipos no son reales; sus mujeres no son ni madres ni hermanas; llevan estereotipado en el rictus de sus labios un gesto de Eden-Concert. Hay que oponer á la novela erótica la novela artística; á las groserías de taberna, la armonía de la poesía y de la música. La salvación de España está en enseñar al pueblo á sentir el arte.

Yo también, solicitado para dar mi opinión, he contestado lo siguiente:

Sí, hay verdadero exceso de novelas eróticas, de piezas *sicalípticas*, de postales obscenas, de periódicos indecentes, de artículos excitantes; es una oleada de lujuria la que pasa por el mundo invadiéndolo todo, manchándolo todo, la literatura y el arte, la conversación y las costumbres.

El erotismo de la producción novelesca, sobre todo, es altamente censurable, porque es un erotismo buscado, refinado, servido con todos los alicientes necesarios para despertar malos apetitos, encender perversos deseos y llevar las pasiones al paroxismo de la excitación. Las famosas novelas picarescas de Paul de Kock son concepciones inocentísimas al lado de cualquier novela contemporánea; aquello se leía y hacía reír, sin otras consecuencias. El mismo Zola, con sus bestiales escenas de *La Tierra* ó de *Nana*, no resultaba un calentador; claro es



que quien se sentaba al brasero de sus producciones se calentaba también; pero Zola no lo encendía para dar calor, sino para demostrar que sabía manejar la badila, con el fin de que el público le admirara. Hoy no: desde Louys hasta el mismo Bourget, desde Loti hasta el propio Huysmans, desde Prevost hasta Barrès (y cito á los dioses, á los académicos, á los que no exageran la nota, rinden culto á su nombre, sin hablar de los Annunzio ni de los del montón), todos, todos, todos, explotan el erotismo y descienden al innoble papel de calentadores, dándose casi la mano con los *souteneurs* y los rufianes.

Es fuerte, sin duda, lo reconozco, pero es verdad; el escritor que tiene talento y lo pone al servicio de la lujuria, excitando con sus descripciones, con sus diálogos, con sus narraciones al lector hasta irritar sus sentidos, hace oficio de ramera; éstas cobran sus servicios, y el novelista cobra los suyos; unos y otros se venden; unos y otros comercian con las pasiones bajas de la humanidad; y bien mirado, no vale más el escritor prostituído que la prostituta, que es de más precio la honra de una mujer que la honra de una pluma.

Volviendo al asunto: pasa con la novela como con la escultura y la pintura. ¿Habéis visto la Venus de Milo ó el Apolo de Belvedere? Son desnudos artísticos que no se dirigen á excitar los sentidos; y por eso los contempláis y os extasiáis con su belleza sin sentir nada inconfesable. Ved el cuadro de *La Inocencia*, de Delacroix; no hay desnudo más completo; pero lo admiráis con la serena impassibilidad de un artista que goza del puro deleite de la contemplación. Ved, en cambio, *El Columpio*, de Fragonard (no hablo de *La Gimblette*), ó *Las dos jaulas*, de Lavreince; allí ni siquiera hay desnudos; las dos piernas de la alegre columpiante están cubiertas con sus medias, y de las dos rivales de las jaulas nada se ve desnudo más que los rostros; y, sin embargo... ¡qué diferencia! Allí, con todo el cuerpo desnudo, nada impuro se siente; y aquí, con todo cubierto, el instinto del animal se despierta con voluptuosidad, pronto á dar un zarpazo.



Y ahí está el arte, y ahí está la culpa, y ahí está la solución de la segunda pregunta que usted me dirige: «¿Cuáles son los imperativos de la moral artística, y cuáles los preceptos y límites que impone?» ¿Imperativos de la moral artística? Este tan sólo: «No excites al prójimo á pecar.» ¿Preceptos y límites que impone? Todos los que se derivan de ese mandamiento. ¿Sientes el desnudo? Píntalo, descríbelo, escúlpelo, pero sin buscar el halago de los sentidos, sin rebajarte á servir pasiones groseras, como Delacroix pinta su *Inocencia*. ¿Encuentras arte en un coloquio amoroso, en una escena de seducción? Tradúcelo en las obras en lenguaje limpio, sin colores chillones, con absoluta verdad, en lo que tenga de artística, de modo que produzca la impresión serena de un espectáculo de la Naturaleza. Si ese mismo desnudo, si ese mismo coloquio, si esa misma escena ofrecen algo que sirva para provocar, excitar ó exaltar el erotismo, rompe tu pluma ó arroja tu pincel antes que rebajarte á servir de calentador de nadie; ese es oficio de ramerías.

## COSTUMBRES

EL DESNUDO EN EL TEATRO.—Intimamente enlazado con el tema del erotismo en la novela, y formando otra fase del gran tema ético-estético de las relaciones entre el arte y la moral, se encuentra la cuestión especial del desnudo en el teatro, tratada por Saint-Alban en el *Mercure de France*.

En el siglo XVIII, las bailarinas apenas lucían las piernas, cosa no extraña, pues entonces no se usaban los pantalones. A mediados del pasado siglo aparecieron las primeras mallas, que produjeron bastante escándalo, porque con ellas pudieron las bailarinas lucir sus pantorrillas. El traje, que parecía tan anormal de aquellas damas de apoteosis, era exactamente el que hoy se ve en cientos de mujercillas en los escenarios de music-halls.

El gran paso estaba dado, pues el gran paso para Saint-

PERMANENTE DEL MINISTERIO DE CULTURA  
ATENCIÓN DICCIONARIO



Alban está en pasar de la falda á la malla, y no de la malla al simple polvo de arroz. Como es natural, la primera vez que se vieron mujeres sin el tejido que impide admirar los lirios y las rosas de que está formada, según definición clásica, la piel de una joven bonita, fué en reuniones completamente privadas. Saint-Alban recuerda á una amazona martinicana, que hace quince ó veinte años oprimía vigorosamente en el circo Mollier, con sus muslos desnudos los flancos de su montura; su piel, de bronce dorado, resaltaba maravillosamente sobre la blancura de la del animal. Julio Roques, en las veladas que daba cada año á los suscriptores del *Courrier Français*, y en las que dominaban artistas y periodistas, les ofrecía el cuadro al natural del «Duelo de mujeres», de Emilio Bayard, y organizaba concursos de... riñones solos, destacándose sobre paños oscuros, con números por debajo para identificar á las concursantes, que penetraban en seguida en el baile vestidas, con sus números al cuello. El advenimiento solemne de la belleza femenina sin velos se celebró, sin embargo, en el primer baile de Quat'z'Arts, en 1892, en la sala del Moulin-Rouge, hoy transformada en teatro. Allí se vió, por vez primera, multitud de jóvenes yendo y viniendo en traje paradisiaco, en medio de grupos de artistas y poetas, sin que se convirtiera el baile en orgía, ni se cometiera ninguna inconveniencia.

La indignación provocada por semejante atrevimiento, hizo que la Liga contra la licencia de las calles lo denunciara á los tribunales. Los jueces tuvieron que reconocer que estaban desarmados, por tratarse de una fiesta privada, y al año siguiente se repitió la fiesta, aunque reduciéndola exclusivamente á los artistas, y eliminando hasta los músicos y los poetas; y desde entonces se viene repitiendo todos los años, con el carácter de exposición de modelos vivos.

Muchas bailarinas, acostumbradas á la semidesnudez de su traje de escena, quisieron rivalizar con los modelos, y obtuvieron efectos artísticos bastante atrevidos; pero este género de bailes estaba reservado á las reuniones privadas, de artistas,



de gentes de teatro y de clubmen de los grandes casinos. ¿Cuándo se salió de estos límites para invadir con el desnudo las escenas realmente públicas? Es difícil precisarlo.

La malla académica daba á la mujer en la escena la apariencia de una estatua. Se la reemplazó por una capa de pintura bronceada ó dorada que asemejaba la artista en sus posturas plásticas á un ídolo oriental. Este procedimiento, aunque autorizado por el tribunal, que se negó á castigar una exhibición de este género en Olimpia, ni era higiénico para las pacientes, ni satisfacía á los espectadores. Se dió un paso más, y en 1907, en el music-hall de *Bataclán*, se vió por primera vez una desnuda hasta la cintura: era un cuadro vivo *Psiquis cortejada por Eros*, y la ninfa dejaba caer el lienzo, que recogía púdicamente, ofreciendo á la vista la mitad de su cuerpo; en otro pasaje, una tropa de muchachas aparecían moldeadas en mallas, que debían haber sido tejidas á la medida por lo perfectamente que estaban pegadas á la piel; á menos de desnudez absoluta, no se podía hacer más completo desnudo. Dado el impulso, no tardaron en aparecer en los cafés-conciertos de París espectáculos semejantes, y no hubo revista que no ofreciera al espectador visiones voluptuosas: aquí era una bailarina abandonando uno tras otro sus velos de muselina en un clarooscuro azulado, y allá una habitante del Olimpo surgiendo súbitamente de las tinieblas por encima de grupos y de coros.

Pero todavía esto era insuficiente para los defensores de la causa de la belleza integral en la patria de los radicales partidarios de la enseñanza neutra. Las Loie Fuller y las Mabel Love habían renovado ya el arte del baile, é Isadora Duncan revelaba al público parisién sus asombrosas interpretaciones de las grandes obras musicales; la Duncan bailaba en la escena del Trocadero, ante muchos miles de espectadores lejanos; otras bailarinas de gustos más íntimos preferían públicos selectos y salas discretas; se estableció un verdadero pugilato de atrevimientos, y el senador Béranger, al frente de la Liga



contra la licencia de las calles, tuvo que intervenir. Se persiguió á la bailarina griega Aymos, que aparecía en la Folie-Pigalle, sin más traje que unos anillos y un *pendentif*; á las Tres Gracias de *Princess'theatre*, que se dejaban admirar en traje de taller de Praxiteles, y á las mitilenas del Little Palace, que figuraban en una pantomima de mujeres que iban y volvían de Lesbos. El tribunal se vió en un apuro entre las excitaciones de los defensores de libertad y las protestas de los partidarios de las buenas costumbres; sin embargo, como Claretie declaró que en los pasos de la griega Aymos no había encontrado más que una belleza puramente estética, y aunque se rendía homenaje en el acta de los ujieres al gesto gracioso con que saludó al público una de las artistas, el tribunal no se dejó enternecer por aquel gesto, y condenó á las artistas del *Little Palace*, absolviendo á las del *Princess* y *Folie-Pigalle*.

Los jueces eran muy precisos en sus considerandos: «No constituye, decían, el delito de ultraje público al pudor el hecho de representar ó hacer representar en el teatro escenas en que figuren mujeres desnudas, cuando el alejamiento de los personajes, colocados en cuadro en el fondo de la escena, el colorete de que están recubiertos, sus posturas puramente plásticas, exentas de todo detalle que proceda de una inspiración lasciva, su inmovilidad durante la visión, el cuidado de hacer desaparecer todo lo que es susceptible de dar á los cuadros un giro obsceno y licencioso, autorizan á pensar que los artistas y los directores no han pretendido dar más que una impresión de arte, procedente de la belleza natural y plástica. Pero constituye el delito de ultraje público al pudor, á cargo del director y de los artistas que lo han hecho representar, ó lo han representado, una exhibición del desnudo que, extraña á todo sentimiento artístico y, acompañado de actitudes, enlances, caricias y besos, no podría considerarse sino como una ostentación de pasiones perversas, y un llamamiento á la lubricidad más grosera, más turbadora y más peligrosa.» Este juicio pareció poco severo al senador Béranger, y en virtud de



apelación, la Audiencia, en sus sentencias de 16 de Diciembre de 1908 y 3 de Marzo de 1909, agravó la condena del tribunal inferior, convirtiendo además á los absueltos en condenados.

El mundo del teatro se alarmó, y se abstuvo durante algún tiempo de pantomimas y de bailes. Béranger no se contentó con este triunfo, y consiguió multar á los autores del anuncio de la revista *A nu les femmes*. Sin embargo, la cuestión sigue en pie, y es curioso que, cuando se cubre el pecho para respetar las susceptibilidades de unos, se permite descubrir bastante de lo demás, para dar gusto á otros: el traje de Salomé que llevan muchas cantantes y mímicas, se compone de una simple armadura de orfebrería que oculta la redondez de los senos, pero que deja desnudo todo lo demás, espalda, riñones, epigastrio, ombligo y vientre, sin que ninguna señora decente de la Ópera haya pensado formalizarse por ello. Una artista puede, pues, mostrar en la escena casi todo, salvo lo que por un lado caracterice á la Venus de Médicis, y por otro, á la Venus Calipiga.

Todo el mundo admite que el ultraje público al pudor debe ser castigado; pero ¿dónde empieza? La mujer árabe hoy mismo oculta su rostro, y la mujer española del siglo xvii ocultaba su pie, como las de hoy ocultan la región de las caderas; una dama no es impúdica yendo al baile en traje escotado, ni una bailarina lo es tampoco al salir á escena con traje de malla. El pudor sólo se ultraja cuando se le violenta; habiendo consentimiento, no hay violencia ni ultraje; un maniático aislado en el campo, comete ultraje público al pudor si se presenta desnudo ante una transeunte, porque ésta tiene derecho á que no se violenten sus miradas; una bailarina, aunque aparezca sin velo ante multitud de espectadores, no comete ultraje público, si todos esos espectadores sabían que se les iba á dar ese espectáculo. Esto es, efectivamente, muy jurídico, pero no puede admitirse como quiere Saint-Alban, sin ciertos distingos, como no se puede admitir que un hombre mate á otro, aunque éste se lo pida delante de notario. El mismo



Saint-Alban, admitiendo toda clase de rigores en las calles, plazas y paseos, exigiendo que los enamorados cierren bien sus persianas, si se les puede ver desde la calle, y pidiendo que se limpien los escaparates, y hasta los anuncios, y hasta las estatuas, de toda obscenidad, y pretendiendo que se dejen en libertad ciertos salones bien caldeados, inundados de luz y llenos de alegría, donde sólo acudan espectadores que sepan lo que van á ver, reconoce que hay que precisar qué salones son esos. Si un padre de familia que va con sus hijos á la Comedia Francesa ó á la Ópera Cómica, se encontrase sorprendido con un espectáculo impúdico, tendría derecho á quejarse. Aun limitados esos salones, reconoce también que, por el arte precisamente, conviene no abusar de ese género de visiones, pues el que ciertas bailarinas con pies desnudos hayan tenido éxito, no es motivo suficiente para que los directores de teatro despojen á sus pobres figurantas de su calzado y de sus medias, obligándolas á enseñar unas pantorrillas flacas, unos pies deformados y una epidermis cuajada de pelos irregulares, ó sembrada de manchas encarnadas. Como se ve, para Saint-Alban la libertad viene á tener tantas limitaciones, que es cien veces preferible conservar las buenas costumbres y mantener las prohibiciones dictadas por la moral tradicional. Convéznase Saint-Alban y todos los partidarios del desnudo libre.

## BELLAS ARTES

EL DIBUJO Y EL COLOR.—Rodin, dice en uno de sus instructivos artículos de *La Revue* Pablo Gsell, ha dibujado siempre mucho, sirviéndose, ya de la pluma, ya del lápiz. Antes trazaba un contorno á la pluma, y luego añadía con el pincel negros y blancos; las aguadas resultantes parecían copias de bajo-relieves, y eran visiones de estatuario. Después ha utilizado el lápiz para dibujar desnudos, sobre los que ha extendido tintas de color claro; son visiones de pintor, en las que se nota la im-



paciencia del artista que teme se le escape una impresión pasajera; á veces, todo un cuerpo está trazado de un tirón por una sola línea, y la piel aparece lavada por tres ó cuatro grandes cuchilladas sobre el torso y los miembros. El toque es tan brusco, que ni siquiera recoge el artista las gotas escurridas de cada pincelada; no son líneas ni color, es movimiento, es vida. Ultimamente Rodin, siguiendo usando el lápiz, ha dejado de modelar con el pincel, y se ha contentado con indicar la sombra difumando con el dedo los rasgos del contorno. Este frote gris-argentado envuelve las formas como en una nube, bañándolas de poesía y de misterio. Contemplándolas un día, mostraba Gsell á Rodin la diferencia entre aquellos dibujos y los que suelen agradar al público.

—Es verdad—respondió Rodin—que lo que agrada más á los ignorantes es la inexpresiva minuciosidad de la ejecución y la falsa nobleza de los gestos. El vulgo no comprende nada de un resumen atrevido que prescinde de detalles inútiles para consagrarse sólo á la verdad del conjunto. En materia de dibujo, hay errores difíciles de rectificar: se imagina que el dibujo puede ser bello por sí mismo, y no lo es sino por las verdades y sentimientos que traduce. Lo que se llama ordinariamente un hermoso dibujo, no es en realidad sino prestidigitación buena para maravillar á los tontos.

Pasa con el dibujo en arte como con el estilo en literatura: el estilo que se amana para hacerse notar, es malo; no hay más buen estilo que el que se hace olvidar para concentrar la atención del lector sobre el asunto tratado; el dibujo, el estilo verdaderamente bello, son los que ni siquiera piensa uno alabar, absorbido por el interés de lo que expresan, y lo mismo ocurre con el color.

Se admira el dibujo de Rafael con razón; pero no hay que admirarlo por sí mismo, por las líneas equilibradas con más ó menos destreza, sino por lo que significa; lo que constituye su mérito es la serenidad deliciosa del alma que veía por los ojos de Rafael y se expresaba por su mano. Lo que se debe admirar



en el dibujo de Miguel Angel, no son los rasgos en sí mismos, sus audaces escorzos y sus sabias anatomías, sino el poder rugiente y desesperado de aquel titán. Lo que se debe admirar en la coloración del Tiziano, no es su más ó menos agradable armonía, sino el sentido que presenta, dando la idea de una soberanía suntuosa y dominadora. La verdadera belleza de la coloración de Veronés, procede de la evocación de la elegante cordialidad de las fiestas patricias por la finura de su argentada irisación. Los colores de Rubens no son nada en sí mismos; su llamarada sería vana si no diera la impresión de la vida, de la dicha y de la robusta sensualidad.

Quizá no existe obra alguna de arte cuyo encanto dependa del sólo balanceo de las líneas ó de los tonos, y que se dirija únicamente á la vista; si las vidrieras de los siglos XII y XIII encantan por lo aterciopelado de sus azules profundos, por la caricia de sus suaves violados y por lo cálido de sus carmines, es porque esos tonos traducen la felicidad mística que esperaban gozar los piadosos artistas de la época en el cielo de sus sueños.

Claro es que si el dibujo es defectuoso, si el color es falso, la más poderosa emoción será incapaz de expresarse; las incorrecciones de anatomía harán reír cuando el artista quiere conmover. Es la desgracia que sufren hoy muchos artistas jóvenes: como no han hecho estudios serios, su inhabilidad les delata á cada instante. No hay, pues, que olvidar el oficio, y se necesita una técnica consumada para disimular lo que se sabe. La gran dificultad y el colmo del arte es dibujar, pintar y escribir con naturalidad y sencillez.

—Sin embargo, maestro—le dijo Gsell,—¿no puede ocurrir que obras maestras muy emocionantes pequen por alguna flaqueza de ejecución? ¿No se dice, por ejemplo, que los cuadros de Rafael tienen frecuentemente mala coloración, y los de Rembrandt un dibujo discutible?

—Equivocadamente: si las obras maestras de Rafael arrebatan el alma, es porque todo en ellas, el color como el dibujo,



contribuye á este encanto. El color del Sanzio es muy distinto del de Rembrandt, pero es precisamente el que reclama su inspiración: clara y esmaltada ésta, ofrece tonalidades frescas, floridas y alegres. Parece imaginario; pero es porque la verdad observada por el pintor de Urbino, no es la de las cosas puramente materiales; es el dominio de los sentimientos, es una región en que las formas y los colores se transfiguran por la luz y el amor. Un realista intransigente podría tildar esa coloración de inexacta, pero los poetas la encuentran justa. Lo que es cierto es que la coloración de Rembrandt ó la de Rubens, ligada al dibujo de Rafael, sería ridícula y monstruosa.

Del mismo modo, el dibujo de Rembrandt difiere del de Rafael, pero no es menos bueno; mientras las líneas del Sanzio son suaves, las de Rembrandt suelen ser rudas y encontradas. La visión del gran holandés se detiene en las rugosidades de los vestidos, en las asperezas de los rostros vetustos, en las callosidades de las manos plebeyas, porque para Rembrandt, la belleza no es más que la antítesis comprobada entre la trivialidad de la envoltura física y la irradiación interior. ¿Cómo mostrar esa belleza formada de fealdad aparente y de grandeza moral si tratara de rivalizar en elegancia con Rafael?

—De modo que ¿es un error creer que un mismo artista no puede ser á la vez buen colorista y buen dibujante?

—Seguramente, y no se explica cómo ha podido formarse ese prejuicio que goza todavía de tanto crédito. Acabo de probarlo con Rafael y con Rembrandt, y lo mismo podría demostrarse respecto de todos los grandes artistas. Se ha acusado, por ejemplo, á Delacroix de no saber dibujar, y la verdad es la contraria, que su dibujo se armoniza maravillosamente con su color. Lo que engaña á los semiperitos es que no admiten más que una sola clase de dibujo, la de Rafael, ó más bien la de sus imitadores David y Ingres, cuando en realidad hay tantos dibujos y coloridos como grandes artistas.

Alberto Durero; se dice á veces, tiene un color duro y seco. No tal; pero es un alemán, un generalizador; sus composicio-



nes son precisas como construcciones lógicas; sus personajes son lógicos como tipos esenciales; por eso su dibujo es tan apoyado y su color tan voluntario. Holbein es de la misma escuela: su dibujo no tiene la gracia florentina ni su colorido el encanto veneciano; pero línea y color tienen en él un poder, una gravedad, una significación interior, que no se encuentran quizá en ningún otro pintor.

En general, puede decirse que en los artistas muy reflexivos, como éstos, el dibujo es particularmente apretado, y el color de un rigor que se impone como la verdad de las matemáticas. En otros, en los poetas de corazón, como Rafael, el Correggio, Andrés del Sarto, la línea tiene más flexibilidad y el color más ternura acariciadora. En los llamados realistas, cuya sensibilidad es más exterior, en Rubens, Velázquez y Rembrandt, por ejemplo, la línea tiene una mancha viva, con rudezas y descansos, y el color, tan pronto estalla en resplandores de sol, como se atenúa en sordinas de bruma. Los medios de expresión de los genios difieren tanto como sus mismas almas.

### IMPRESIONES Y NOTAS

UNA SENTENCIA POR ULTRAJE Á LAS COSTUMBRES.—Si en el teatro se presenta con caracteres agudos la cuestión del desnudo y de la licencia, no reviste menos gravedad el desbordamiento de esa misma licencia, no ya en el libro de entretenimiento, novela ó cuento ilustrado, sino hasta en los mismos libros científicos de propaganda y vulgarización. El simple anuncio de la publicación de uno de ellos ha motivado una sentencia del 30 de Enero del año corriente, cuyos considerandos merecen ser recogidos por la buena doctrina que sientan.

Se trata de una denuncia contra el anuncio de la publicación de un libro en que se exponen los métodos anticoncepcionales, y el tribunal lo condena por las consideraciones siguientes:



«Atendiendo á que, por supresión del riesgo de embarazo, la propaganda anticoncepcional arrastra al libertinaje y al desorden, siendo en eso contraria á las buenas costumbres; considerando que la ley no ha querido atacar solamente el escrito obsceno, la expresión, es decir, la forma, sino que ha querido igualmente atacar los resultados, es decir, el fondo; considerando que los trabajos preparatorios no dejan subsistir ninguna duda en este respecto; considerando que en el Congreso de los Diputados es donde á la palabra *obsceno* se ha añadido la fórmula «ó contrario á las buenas costumbres»; que el proyecto del Gobierno proponía añadir á la palabra *obsceno* la fórmula «ó propio para excitar al desorden»; que en el Senado, el verbo *provocar* ha reemplazado al verbo *excitar*; considerando que, por haberle parecido más general, la Cámara ha preferido la fórmula finalmente adoptada «contrario á las buenas costumbres»; que no es dudoso que es contrario á las buenas costumbres lo que sirve para excitar ó provocar al desorden; que, quebrantando las últimas resistencias de la joven, todavía retenida por el temor de hacerse madre, la propaganda anticoncepcional, cualquiera que sea su forma y sus preceptos, cae bajo el golpe de la ley».

Es tal el desequilibrio intelectual existente en Francia y tales los estragos que está haciendo el libertinaje, principalmente de espíritu, en que allí se vive, que el *Mercure de France*, que publica esta sentencia, la critica con asombro, extrañándose de que se condene la propaganda anticoncepcional, por parecerle la cosa perfectamente lícita. ¡Y así anda de bien parada la estadística de nacimientos legítimos en la gran República europea!

\*  
\* \*

ANÉCDOTAS SOBRE RENÁN.—En el *Samedi* ha recogido Suzy Leparc algunas, de las que entresacamos las siguientes:

—Alguien preguntó á Renán:—¿Existe Dios?—Todavía no, respondió Renán.



—La señora Aubernón tenía la costumbre, cuando un convidado de importancia se disponía á hablar, de tocar una gran campanilla. Un día, Renán la dió á entender con su música que deseaba decirle algo; la señora Aubernon agitó su campanilla; pero entonces, como si hubiera habido equivocación, saltó Renán:—¡Oh, señora, no vale la pena de tocar; quería sólo pedir guisantes!

—Cuando Freycinet, presidente entonces del Consejo de ministros, quiso entrar en la Academia, y fué á pedir su voto á Renán, éste le respondió:—¿Cómo no, señor? ¡Con mucho gusto! A condición, sin embargo, de que el señor presidente de la República no exprese el deseo de entrar en la Academia antes que usted.

—«Para hacer la historia de una religión, ha escrito Renán, es preciso no creer ya en ella; pero hace falta haber creído.»

—Cuando Eugenio Manuel fué aspirante á la Academia, confirió á su digna esposa el cuidado de hacer las visitas necesarias. Aquella excelente mujer abogaba por la caridad, y decía á Renán:—Si no le eligen, morirá.—Renán prometió su voto; pero Mannel no fué elegido, y las visitas de su mujer comenzaron de nuevo.—Dispéñseme usted, señora, le respondió Renán, hubiera jurado que Manuel había muerto.

—Gastón Boissier llega una mañana muy alegre á casa de Renán, su compañero en la Academia Francesa y en el Colegio de Francia.—Tengo que anunciaros, le dice, una novedad que os va á humillar.—¿Cuál?—Mis autógrafos se venden más caros que los vuestros.—No me choca, respondió Renán; pero ¿cómo lo sabéis?—Ayer, en la sala de ventas de la calle de Drouot, se han sacado á subasta dos cartas: una vuestra y otra mía; la vuestra ha sido adjudicada en tres francos y la mía en cinco.—No me decís nada nuevo, declaró Renán, lo sé; pero no hay por qué envanecerse de ello: ¿conocéis la causa del hecho?—No.—Pues es que hay en vuestra carta tres faltas de ortografía. Ahí lo tengo en mi mesa, vuestro autógrafo. Uno de mis amigos, que se encontraba en la venta, es el que, notando las



perlas falsas que servían de ornato á vuestra prosa, ha pujado y se lo ha hecho adjudicar. En seguida me lo ha traído, diciéndome: «Entregaré usted esta carta al Sr. Boissier, pues si se la dejara circular con sus ornamentos gramaticales, podía perjudicar á la Academia francesa.» En todas partes cuecen habas.

\*  
\*  
\*

LA VUELTA DE ESPAÑA EN AUTOMÓVIL.—Tal es el título de un libro en que Pedro Marge nos ofrece las impresiones de su carrera á toda velocidad, de los Pirineos á Gibraltar y á Tánger y vuelta. El auto iba bien provisto de víveres, y sus ocupantes comían y á veces hasta dormían al aire libre, huyendo de la suciedad de las posadas de la Península. Así equipado, Pedro Marge (y nos limitamos á recoger el *compte rendu* del *Mercur*, sin más comentarios que alguna exclamación) visitó Barcelona, ciudad casi moderna (¡!); pero (ojo con este *pero*) cuya catedral, con el claustro contiguo, era soberbio; Zaragoza lo mismo, con una catedral interesante (¿cuál, el Pilar ó la Seo?): Tortosa, Valencia, la Valencia del Cid, patria de las naranjas y del célebre conquistador (¡!); Alicante, Murcia, Córdoba, donde no hay más que casas deshabitadas y legiones de mendigos (pase que en Zaragoza se coman una catedral, pues no es corriente que en una misma población haya dos; pero que se llegue á Córdoba y no se vea la Mezquita... ¡Vaya un turista!); Granada, cuya Alhambra es célebre con razón (muchas gracias); Sevilla, Mérida, Madrid y El Escorial, Toledo, Burgos, y vuelta por San Sebastián é Irún.

Una de las observaciones más curiosas hechas por los viajeros, es la persistencia de la vida árabe: «ciudades enteras, como Benicarló, siguen siendo ciudades sarracenas; el país guarda imborrable la huella de los moros, con hordas de hidalgos famélicos. España, en suma, se sobrevive roída por legiones de malhechores y políticos, y no es más que un admirable museo. Conserva, es verdad, el privilegio de suministrar-



nos mujeres deliciosas, las únicas, acaso, en nuestra Europa atareada, que sepan todavía lo que es el amor.»

\*  
\* \*

LA PALABRA POLIPOTE.—¿Qué es ésto?—dirán los que no estudiaron, ó no se acuerdan de la Retórica.—Pues esta palabra extravagante—nos escribe el erudito catedrático de la Coruña, D. Rafael Pérez Barreiro, un docto desconocido, por no pertenecer á ninguna sociedad de bombos mutuos, y á quien pertenece por completo esta nota—es una triste muestra de hasta dónde puede llegar la rutina y la ignorancia entre los directores oficiales de la cultura de nuestra hermosa lengua. Porque todos cuantos han estudiado y estudian Retórica ó Literatura, desde los tiempos de Gómez Hermosilla (y ya ha llovido desde entonces), han tenido y tienen que aprender que *polipote* se llama la figura (ó elegancia, según Hermosilla) de usar un nombre en diversos casos: por ejemplo, *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace...*

¿De dónde viene esta palabra?—se preguntó el que esto escribe, aficionado á darse cuenta de las cosas: y en vano buscó la etimología de ella en las docenas de Retóricas y Literaturas que hay en España, incluidas las que tienen etimologías de las demás figuras. Pues *polipote*, por analogía con las innumerables palabras científicas que empiezan por *poli* = mucho, por ejemplo, *polisilabo*, debe ser también cosa de mucho, y descompuesto en sus elementos *poli-pote*, ¿qué quiere decir? = mucho pote ó potaje. Y sin duda, algunos autores modernos han hecho la misma observación, porque, sin andarse en más averiguaciones, acentúan *polipote*.

Hube de buscar pacientemente en los primeros autores, y entonces la cosa, aunque inverosímil, resultó clara. Uno de los primeros traductores del neo-clasicismo francés tradujo de este idioma la palabra greco-latina *poly ptotoni* = de muchos casos, de *pto-sis* = caso, que, en francés es *poliptote*: por descui-



do ó errata de imprenta se olvidó la primera *t*, y hasta aquí nada había de particular. Lo incomprensible es la rutina tan completa en que se vienen copiando unos de otros autores sin cuidarse siquiera, cuando ven una palabra tan rara, y que tienen que repetir cien veces, y en el arte de bien hablar, de averiguar si aquello es así ó es una errata.

Verdad es que no es esta sola, desgraciadamente, la sola palabra disparatada que anda oficialmente por esos mundos: otra figura, *paranomasia*, se ha dicho y aún dice en bastantes libros *paronomasia*. Y hasta en la última edición del Diccionario de la Academia, hay una palabra, *grosca*, por ejemplo, que parte los corazones: es, según allí se dice, una serpiente muy venenosa (lagarto); y cansado yo de buscarla en vano en todos los Diccionarios de Historia Natural, acudí al de Autoridades, ó primera edición, á ver si allí había razón de una serpiente de Africa con un nombre que parece tan baturro como si fuera del propio Calatorao.

Y ¿qué dirán mis lectores que encontré, y puede encontrar todo el que tenga la misma curiosidad? Pues consultando la cita que allí se hace, y que me parece es del Marqués de Santillana (hace años, y no tengo la obra á mano), en la edición corregida, creo que por el académico Rossell, resulta que *grosca* es una errata, acaso por *rosca*, dirá alguno: pues no, sino por el nombre científico tan conocido *cerasta* = serpiente de cuernecillo, del gr. lat. *ceras* = cuerno; y ni el corrector se tomó el trabajo de comunicarlo á la Academia, ni en ésta se ocupó nadie en tantos años en compulsar palabra tan rara y tan fácil de corregir. Otras hay que, como no están en el Diccionario de Autoridades, no es posible saber de dónde salieron, pero que seguramente son erratas ó equivocaciones semejantes.

En fin: esto es un botón de muestra, que enseña que el estudio del lenguaje no se reduce á repetir unas cuantas palabras y definiciones como loros, sino que es una ciencia como todas, en la que sólo á fuerza de observación y trabajo se puede saber algo, muy poco, y siempre ignorando mucho más. Esta cien-



cia del idioma, sin embargo, base de todos, y consustancial con la patria, de la que es principal vínculo, ha estado y aun está completamente descuidada y entregada sólo á la rutina. Hoy se va empezando á estudiar algo en ella; pero ¡cuánto no queda que hacer para desechar, por un lado errores añejos, y por otro, etimologías vascuences y extravagancias semejantes, y ponernos siquiera al nivel de lo que se sabe sobre castellano en Alemania!»

\* \* \*

ANÉCDOTAS ELECTORALES.—Son curiosas algunas de las recogidas sobre las últimas enconadas elecciones inglesas, por O. de B. en la *Revue Hebdomadaire*. He aquí un diálogo entre el agente electoral (*canvasser*) de un candidato radical y un buen obrero escocés de una pequeña ciudad imperturbablemente conservadora, islote tory perdido en medio de una región completamente liberal:—Veamos, supongo que esta vez nos dará usted su voto.—Jamás de los jamases: voto tory, como lo han hecho mi padre y mi abuelo.—De modo que usted desea que le pongan contribución á su alimento, que seiscientos pares impongan su capricho á cuarenta millones de hombres libres, que...—No conozco nada de eso, ni me importa; mi padre y mi abuelo eran torys y yo quiero ser tory también.—Pero esa es una razón que no tiene pies ni cabeza. Con ese sistema, si su padre y su abuelo de usted hubieran sido ladrones, ¿qué sería usted?—¿Si yo fuera hijo y nieto de ladrones? ¡Oh! Entonces ¡sería evidentemente liberal!

Una noble dama, cuyo hijo era candidato conservador, sabe que uno de sus colonos de quien se creía segura, había declarado que votaría por el liberal. Persuadida de que han dado ó prometido dinero á aquel buen hombre, y queriendo conocer el nombre del culpable, va en busca de la rentera y la interroga en vano. Por último se decide á emplear el gran recurso.—Daré á usted estas monedas, dijo sacando dos libras, si me dice usted quién ha decidido á su marido á votar contra mi hijo.—Pues



bien, he sido yo, prometiendo comprarle un terno bien caliente para este invierno; yo no sabía cómo podría cumplir mi promesa, pero la generosidad de vuestra señoría me saca del apuro.

En algunas circunscripciones de Irlanda, la lucha fué muy viva entre los nacionalistas ortodoxos, á los que favorecía el clero católico, y los disidentes ó brienitas. Un aldeano se dispone á votar por el candidato brienita, y su mujer le conjura para que cambie de parecer. Agotados sus argumentos sin resultado, le suelta esta enormidad:—El señor cura me ha dicho que si votas por el disidente te cambia en rata.—El marido alza los hombros, y sale para ir á votar. Al cabo de unos pasos da la vuelta, con aire preocupado, y dice á su mujer:—Oye, Biddy, antes de que vuelva, harías bien en matar al gato, por si acaso.

En un mitin, un elector demócrata, poco parecido á Adonis, interrumpió violentamente á un joven lord:—¿Y dónde diablos ha pescado usted su condenado título?, le grita.—¿Y dónde diablos, responde el otro, ha pescado usted su condenado rostro? Sin duda, se lo han dado á usted sus padres, como los míos me han transmitido el título que llevo.

\*  
\* \*

LA POESÍA DE MALLARMÉ.—Alberto Thibaudet, en *La Phalange*, analiza con bastante penetración la labor poética de Mallarmé. El idealismo de Mallarmé—pues no es posible dejar de hablar de idealismo tratándose de este poeta—es un orgullo exagerado de la vida interior. Un poema de Mallarmé se define como una potencia de sugestión. Se trata de evocar poco á poco un objeto para mostrar un estado de alma, ó elegir un objeto y sacar de él un estado de alma. La poesía realiza una síntesis del silencio y de la palabra. Reproducir una emoción, en lugar de describirla; tal es el arte de Mallarmé, ligado en el fondo con el romanticismo lírico y opuesto, por una parte, á la poesía clásica, y por otra, á la parnasiana.



La noción en la poesía clásica tiene su valor propio, mientras que el poeta lírico no nombra las cosas, hace alusión á ellas. El teatro clásico propone caracteres que comprender y no pasiones que compartir. El teatro romántico busca en sus personajes un estado lírico del que seamos partícipes. El lirismo maneja el símbolo mejor que el clasicismo. En Mallarmé, la poesía no sale como un ensueño cristalizado y definitivo, sino como un motivo para soñar y conmover. Pero la palabra misma de que se sirve conserva su sentido cerrado y definitivo, y Mallarmé quiere excluir hasta eso: la palabra no debe tener otro valor que el de una alusión. De ahí el empleo preferido de las palabras negativas, de las *ausencias*.

La poesía no debe pintar, no debe ni aun nombrar directamente su objeto, sino nombrar lo que, al lado de ese objeto, suscite una emoción que se corresponda con él. El poeta designa el objeto á la manera que el jugador de carambolas apunta á la tabla para hacer su juego.

\*  
\* \*

UNA PÁGINA DE EMERSON—*La luz interior*.—La gran dificultad, es que los hombres no tienen suficiente alta idea de sí mismos; no consideran suficientemente lo que sacrifican cuando siguen en rebaño ó proveen á su establecimiento. No saben cuán divino es el hombre. Os oigo decir: tal tiene demasiada alta idea de sí mismo. ¡Ay!, «tal» es un perfecto ignorante. Anda á tientas todavía en las tinieblas exteriores, en la penumbra de sí mismo; no ha percibido su luz interior.

... *Cada hombre debe aprender de diferente modo*. ¡Cuánto se sacrifica á la imitación! Nuestros mejores amigos pueden ser nuestros peores enemigos. Un hombre debería aprender á descubrir y alimentar esta luz que, desde su interior, brilla á través de su espíritu, más que fuera, con todo el esplendor del firmamento. Abandona, no obstante, sin cuidado, sus pensamientos originales, á causa hasta de su originalidad. Tiempo



llegará en que subordine todo conocimiento adquirido á esta sabiduría espontánea, y esperará esta claridad más impacientemente que otros, por la mañana. Pues éste es el principio de todo conocimiento. De aquí la importancia de la educación personal...; toda educación es nula sin ella.

*El hombre debe enseñarse á sí mismo*, pues sólo su creador puede instruirle de lo mejor que hay en él. Esto, nadie lo conoce ni puede conocerlo, antes de que lo haya revelado el interesado. ¿Dónde está el maestro capaz de instruir á Shakespeare? ¿Dónde está el maestro de Franklin, Wáshington, Bacon ó Newton? Todo gran hombre es único. El scipionismo de Scipión, es esta parte de sí mismo que no podía tomar prestada. Por sí mismo es como todo hombre llega á las conclusiones comunes con mayor convicción...

La imitación puede ser bonita, cómica, popular, no es nunca grande.

\*  
\* \*

CUATRO MUJERES EMBARAZADAS.—Hojeando papeles viejos, tropiezo con un recorte de la antigua *Revue Anecdotique*, que transcribe de un diario de Marsella el relato siguiente, de cuya autenticidad responde el periódico marsellés hasta fuera de la Cannebière: «El sábado (un sábado de 1877), un juez de paz de los alrededores abrió su audiencia, y se encontró con que tenía que dirimir una querrela de dos mujeres que se habían injuriado recíprocamente. Comparecía una de ellas, asistida por otros dos como testigos; la otra querellante estaba representada por su marido, que manifestó que su mujer estaba de parto, y siéndola imposible acudir á la citación, pedía una prórroga.

—¡Está bien!—dijo el juez.—Se aplaza por ocho días.

—Dispense el señor juez—replicó la otra querellante.—Dentro de ocho días precisamente es casi seguro que yo me encontraré en el mismo apuro.

—Entonces lo dejaremos para dentro de quince días.



—Imposible, señor juez—dijo una de las testigos.—Dentro de quince días me toca á mí, por mi cuenta.

—¡Vaya! Pues lo dejaremos para dentro de un mes; para entonces ya habréis librado las tres—contestó el juez dando por terminado el acto.

—Pero, señor juez—dice la otra testigo,—es el caso que dentro de un mes me hallaré yo en la misma situación...

—¡Ah, bah!—exclamó el juez sorprendido—Pero, ¿os habéis puesto de acuerdo las cuatro? ¡Vaya! Lo dejaremos para el año que viene, y no se hable más de ello.

\*  
\*\*

MOMMSEN, MENSAJERO DE BISMARCK.—De un artículo de «El Bibliófilo» en la *Rivista di Roma*, entresacamos un fragmento de las Memorias de la actriz Laura Bon, quien se expresa diciendo: «La cuestión romana se ponía cada día más candente... El Rey había recibido en el Palacio Pitti la visita de un mensajero muy secreto del Príncipe de Bismarck. Era un escritor alemán, un historiador erudito que viajaba frecuentemente por Italia y había estado en Florencia varias temporadas: su presencia no podía, pues, excitar sus sospechas. Por medio de un mensajero tan autorizado, que detestaba el gobierno pontifical tanto como admiraba y le agradaba estudiar el gobierno de la antigua Roma, Bismarck daba á conocer al Rey Víctor-Manuel todos sus modos de ver respecto á la solución de la cuestión romana y á la conducta que Italia debía seguir con Francia; y todo esto hecho fuera de las vías diplomáticas regulares, como se usa en ocasiones muy delicadas. El Rey hacía llegar sus respuestas al Príncipe de Bismarck, sin escribir nada nunca, lo mismo que lo hacía el Canciller; pero confiándolo todo á la memoria del inteligente y discreto mensajero.»

Todo hace creer que este mensajero secreto fuese Momm-  
sen. No dejaría de ser interesante para los eruditos la confirmación de esta hipótesis.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*L'uomo*. Storia naturale e preistoria, per Maurizio Hoernes. Fasc. 1-2, 3-4 y 5-6. Torino, 1910.—174, en junto, págs., 6 liras.

*La Società Editrice Libraria*, de Milán, poderosa empresa editorial que está dando á luz muchas obras de gran importancia y no menos coste, así nacionales como extranjeras, ha comenzado hace poco á publicar la traducción italiana del gran tratado de Antropología del profesor de Arqueología en la Universidad de Viena, Maurizio Hoernes. Y, según costumbre de la mentada casa, la edición, llena de buenos grabados é ilustraciones, está hecha de manera que, por el lado material, no merece reparo alguno. En Italia, hoy, existen empresas editoriales como ésta que se esmeran mucho.

La obra, una vez terminada, será amplísima (unas 1.200 páginas en 4.º). Al presente, sólo están publicadas las cuatro primeras entregas del tomo primero y las dos primeras del segundo, las cuales comprenden, por una parte, una introducción histórica, donde el autor, con bastantes datos, expone la suerte que á la Antropología, como ciencia, le ha cabido á través de los tiempos y los distintos influjos que, sobre todo en épocas recientes, han contribuído á su constitución y progreso; por otra parte, un capítulo descriptivo del cuerpo humano (antropología física: cráneo y cerebro, estatura, etc.); y por otra, el capítulo cuarto (págs. 1 á 64 del tomo segundo), en que se estudia *La necesidad de reposo y de seguridad* (el fuego y la cocina, las cavernas, y demás habitaciones primitivas, etc.).

El sumario total de la obra, que va unido á las entregas publicadas, da una síntesis anticipada de todo el contenido de aquélla.



*The law of the air-ship*, by Simeon E. Baldwin.

Con la navegación aérea tienen que cambiar muchísimo las relaciones entre los hombres, las relaciones sociales é históricas, y, por consiguiente, las leyes y Códigos que las regulan, ó sea lo que se suele llamar derecho positivo y escrito. Cuando la navegación aérea llegue á ser un hecho corriente, la mayor parte del derecho legislado, si no todo él (civil, mercantil, penal, administrativo, acaso también el político), y hasta alguna porción del derecho no legislado ó semilegisado (me refiero al internacional), tendrán que sufrir profundas transformaciones.

Ya lo están previendo los juristas, y por eso han comenzado á ver la luz, en los últimos tiempos, bastantes trabajos que se ocupan del asunto. Al número de ellos pertenece este del Dr. Baldwin, profesor de derecho constitucional y de derecho internacional privado en la Universidad de Yale, y director del Bureau de derecho comparado de la *American Bar Association*. Es un breve folleto, tirada aparte de un artículo publicado en el número de Enero de 1910 de *The American Journal of international law*. Contiene, en medio de su brevedad, muchas indicaciones sugestivas sobre lo que pudiéramos decir aspecto legal (no quiero emplear el término «jurídico», por lo equívoco que es) de la navegación aérea.

---

*Donne e Fanciulli*.—*Studii di vita sociale*, per Lino Ferriani, con lettera-prefazione di Magnaud.—Roma, 1911.—Un volumen de XXIV-263 páginas, 3,50 liras.

Con la misma manera de escribir todos sus libros, tan característica de Ferriani, manera mitad literaria, mitad didáctica, y en donde se aunan, por partes casi iguales, y en excelente consorcio, un alto espíritu científico, un buen caudal de datos y conocimientos, un intenso dolor por las injusticias



y lacerias sociales, y un ardiente deseo de contribuir á la extirpación de las mismas, está también escrito *Donne e Fanciulli*, el último que el autor ha dado á la estampa, y el cual constituirá acaso, al decir del propio Ferriani, su testamento de escritor. A la verdad, se tiene ya bien ganado el descanso, pues la lista de las publicaciones que sucesivamente ha ido dando á luz no contiene menos de veinte obras, y por cierto, la mayoría de ellas consagradas al estudio de problemas relacionados con los pobres niños, ya delincuentes, ya abandonados, ya viciosos, y con las mujeres que los martirizan ó dan muerte («infanticidas» y «desnaturalizadas»), ó sea al estudio del mismo tema que sirve de objeto al nuevo libro, último quizá de la serie, como queda dicho.

Tan cuidado tipográficamente, y de lectura tan agradable como sus hermanos mayores, contiene *Donne e Fanciulli*, coleccionados, una porción de trabajos sueltos, que habían antes aparecido, en forma de artículos, en diferentes Revistas.

El título sugestivo de muchos de ellos revela su importancia pedagógica, psicológica y social: *El tabaquismo en los muchachos; Muchachos corrompidos; La vida sexual del muchacho; Los pequeños vagabundos; La curiosidad en los muchachos; La venganza en los muchachos; El concepto de la escuela en el niño; Coeducación; El sentimiento de la solidaridad en el muchacho; El sentimiento de la responsabilidad en el muchacho*. En cuanto á las mujeres, estudia las *Madres educadoras*, en las clases elevadas, en las clases medias, en las clases pobres urbanas y en las clases pobres rurales.

Para quien no lo sepa, diré que Ferriani es un antiguo magistrado, que ejerció casi siempre el oficio de fiscal. El dato es de gran significación, por razones que es ahora imposible exponer. Hoy, Ferriani está ya jubilado, pero sin dejar de trabajar, como antes, en sus investigaciones de psicología infantil, de profilaxis, patología y terapéutica moral de la infancia y la juventud desgraciadas.

P. DORADO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Moros y moriscos en el siglo XVI</i> , por Francisco Cáceres Pla.....	5
<i>Las Cortes de la Revolución</i> , por Carlos Cambronero .....	32
<i>España fuera de España: El asno de Carlo Dottori y El Quijote</i> , por M. A. Garrone. ....	60
<i>Astrid</i> , por Selma Lagerlof.....	74
<i>El Mayoral del Felibrige y Mestre del Gay Saber</i> , Teodoro Lloren- te y Olivares, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.....	101
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	130
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	157
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	199



# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,  
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
513-514. Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15	54 — Eugenia Grandet. . . . .	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil..	4	112 — La Quiebra de César Birotteau. . . . .	3
177 Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly. . . . .	3	62 — Papá Goriot. . . . .	3
315 Amiel.—Diario íntimo..	9	76 — Ursula Mirouet. . . . .	3
327-328 Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.	16	2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla. . . . .	3
178 Anónimo.—¿Académicas?	1	12 — El Dandismo y Jorge Brummel. . . . .	3
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma. . . . .	1	131 — La Hechizada. . . . .	3
183 Araujo.—Goya. . . . .	3	120 — Las Diabólicas. . . . .	3
180 Arenal.—El Delito colectivo. . . . .	1,50	124 — Una historia sin nombre. . . . .	3
182 — El Derecho de gracia.	3	110 — Venganza de una mujer. . . . .	3
181 — El Visitador del preso.	3	495 — Barthelemy - Saint-Hilaire.—Buda y su religión. . . . .	7
323 Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales. . . . .	7	130 Baudelaire.—Los paraísos artificiales. . . . .	3
114 Arnold.—La crítica en la actualidad. . . . .	3	163 Becerro de Bengoa.—Trueba. . . . .	1
172 Asensio.—Fernán Caballero. . . . .	1	174 Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos) . . . . .	1
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	353 Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio. . . . .	10
184 Asser.—Derecho Internacional privado. . . . .	6	311 Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César. . . . .	8
368 Bagehot.—La Constitución inglesa. . . . .	7	380 — La Oposición bajo los Césares. . . . .	7
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia. . . . .	4	169 Bourget.—Hipólito Taine. . . . .	0,50
416 Baldwin.—Elementos de Psicología. . . . .	8	395 Bréal.—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones). . . . .	5
111 Balzac.—César Birotteau	3		



N.º del Catál.º	Pesetas
447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2
505 Bryce. — La República Norteamericana tomo I	7
484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
367 Bunge. — La Educación..	12
185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187 Buylla. — Economía.....	12
36-37 Campe. — Historia de América (dos tomos)..	6
156 Campoamor. — Cánovas.	1
79 — Doloras, cantares y humoradas. ....	3
69 — Ternezas y flores.....	3
317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa (tres tomos). ....	24
393 — Pasado y presente....	7
189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte. .	3
102 Caro. — Costumbres literarias.....	3
140 — El Derecho y la fuerza.	3
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65 — El suicidio y la civilización.....	3
127 — Littré y el Positivismo	3
363 — La filosofía de Goethe	6
293 Castro. — El libro de los galicismos.....	3
361 Champcommunal. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado .....	10
515 Chassay. — Los deberes de la mujer en la familia.	3
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15
64 Coppée. — Un idilio.....	3
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. ....	3
26 — La tema de Juan Tozudo.....	3
93 — Meta Holdeins.....	3
18 — Mis Rovel.....	3
91 — Paula Meré.....	3
394 Colombey. — Historia	

N.º del Catál.º	Pesetas
anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....	2
404 Couperus. — Su Majestad.	3
297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15
59 Daudet. — Cartas de mi molino.....	3
125 — Cuentos y fantasías..	3
13-14 — Jack (dos tomos)...	6
22 — La Evangelista.....	3
38 — El sitio de París.....	3
46 — Novelas del lunes....	3
425 Dollinger. — El Pontificado.....	6
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1
33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....	3
301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..	9
402 Dumas. — Actea.....	2
326 Emerson. — La ley de la vida .....	5
332 — Hombres simbólicos. .	4
413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459 — Los veinte ensayos...	7
340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162 Fernán Flor. — Tamayo..	1
158 — Zorrilla.....	1
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1
92 Ferrán. — Obras completas	3
42 Ferry. — Estudios de Antropología.....	3
329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352 Finot. — Filosofía de la longevidad.....	5
357 Fitzmaurice - Kelly. —	



N.º del Catál.º	Pesetas
Historia de la Literatura española.....	10
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3
390 Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197 Fouillée. — Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> )	12
195 — La ciencia social contemporánea.....	8
194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452 — Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> )	12
333 Fournier. — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199 Framarino dei Malatesta. — Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....	15
509 Fromentin. — La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303 Gabba. — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> )..	15
307 Garnet. — Historia de la Literatura italiana....	9
201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202 — La superstición socialista.....	5
507 — El delito como fenómeno social.....	4
98 Gautier. — Bajo las bombas prusianas.....	3
167 — Enrique Heine.....	1
132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
121 — Nerval y Baudelaire..	3
70 Gay. — Los Salones célebres.....	3
345 George. — Protección y librecambio.....	9
421 — Problemas Sociales..	5
261 Giddings. — Principios de	

N.º del Catál.º	Pesetas
Sociología.....	10
414 — Sociología inductiva.	6
485 Girard. — La Elocuencia ática.....	4
286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
164 Gladstone. — Lord Macaulay.....	1
287 Goethe. — Memorias.....	5
406 Gonblanc. — Historia general de la Literatura.	6
21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7
44 — La Elisa.....	3
61 — La Faustín.....	3
129 — La señora Gervaisais..	3
318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
6 — Querida.....	3
11 — Renata Mauperín....	3
358 — La Du-Barry.....	4
206 González. — Derecho usual	5
282-283 Goodnow. — Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....	14
207 Goschen. — Teoría de los cambios extranjeros...	7
208 Grave. — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462. Green. — Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....	25
209 Gross. — Manual del juez.	12
502 Guizot. — Abelardo y Eloísa.....	7
210 Gumplowicz. — Derecho político filosófico.....	10
211 — Lucha de razas.....	8
330 — Compendio de Sociología	9
212 Guyau. — La educación y la Herencia.....	8
331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471 Hailman. — Historia de la Pedagogía.....	2
290 Hamilton. — Lógica parlamentaria.....	2
213 Hausonville. — La juventud de Lord Byron.	5
324 Heiberg. — Novelas Danesas.....	3
41 Heine. — Memorias.....	3
314 — Alemania.....	6



N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9	jurídicos.....	6
426 Hume.—Historia de la España contemporánea..	8	294 — La Educación.....	7
412 — Historia del Pueblo Español.....	9	305-306 — Vida, memorias y cartas ( <i>dos tomos</i> ).....	14
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4	460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3
316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6	224 Manduca.—El Procedimiento penal.....	5
43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3	504-510 Marshall.—Tratado de Economía política, tomos I y II.....	14
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3	225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> )	22
423 Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9	424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.— La Paz y la guerra...	8
217 Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7	410 Martín.—La Moral en China.....	4
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	3	481 Mattiolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	2,50	173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
322 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6	375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	8
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	298 — Origen y desarrollo de la religión.....	7
221 Laveleye. — Economía política.....	7	366 — Hist. de las religiones.	8
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8	455 — La Mitología comparada.....	7
220 Lange.—Luis Vives....	2,50	160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
454 Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5	152 — Núñez de Arce.....	1
319 Lemcke.—Estética.....	8	284 Meneval.—María Estuardo.....	6
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3	383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8	387-388 — Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....	12
474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7	392 — Ontología.....	10
434 Lewis-Pattée. — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8	427 — Criteriología general.	9
222 Lombroso.—La Escuela criminológico-positivista.....	7	418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
385-386 — Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	15	118 Merimée.—Colomba....	3
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9	133 — Mis perlas.....	3
223 Lubbock. — El empleo de la vida.....	3	450 Merkel.—Derecho penal.	10
99 — La Vida dichosa.....	3	230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	15
438 Macaulay. — Estudios		296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
		440-373 — Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....	18
		398 Mouton. — El deber de castigar.....	4
		170 Molins. — Bretón de los	



N.º del Catal.º	Pesetas
Herreros.....	1
492 Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
295 Murray.—Historia de la Literatura clásicagriega	10
312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
472 Nardi-Greco.—Sociolo- gía jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho In- ternacional público mo- derno.....	6
490 Nisard. — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.....	5
336 — La Genealogía de la moral.....	3
350 — Humano, demasiado humano.....	6
370 — Aurora.....	7
405 — Ultimos opúsculos...	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su som- bra.....	6
Nourrison.—Maquiavelo....	3
355 Novicow.—Los despilfa- rros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca.....	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pre- tendidos beneficios....	1,50
473 Papini.—Lo trágico coti- diano y El piloto ciego.	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón.	1
171 — Campoamor... ..	1
151 — El P. Luis Coloma...	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—Derecho públi- co de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433 Prevost Pa- radol. — La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> )..	16
384 Quinet. — El Espíritu nuevo.....	5
235 Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos.	6

N.º del Catal.º	Pesetas
56-57 — Memorias íntimas ( <i>dos tomos</i> ).....	6
422 Ribbing. — La higiene sexual.....	3
237-238 Ricci. — Tratado de las pruebas ( <i>dos tomos</i> ).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499. — Ricci.— Derecho civil ( <i>diez y nueve tomos</i> ).....	134
285 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas ju- rídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York.	4
453 Rozan.—Locuciones, pro- verbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lám- paras de la arquitectura	7
446-439 — Obras escogidas, ( <i>dos tomos</i> ).....	13
122 Sainte-Beuve. — Retra- tos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio	5
49 — Tres mujeres.....	3
512 Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discí- pulos.....	7
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla Negra	3
240 Savigny.—De la voca- ción de nuestro siglo para la legislación....	3
242-314-372 Schopenhauer. El mundo como volun- tad y como representa- ción ( <i>tres tomos</i> ).....	30
241 — Fundamentos de la mo- ral.....	5
465 — Ensayos sobre Reli- gión, Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
508 Scheel y Mombert.—La explotación de las rique- zas por el Estado y por el Municipio.....	4
401 Sienkiewicz. — Orso. En vano.....	2
430 Sieroszewski. — Yang- Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14



N.º del Catál.º	Pesetas
378 Sombart.— El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX....	3
256 Spencer.— De las leyes en general.....	8
247 — La moral.....	7
253 — El organismo social..	7
254 — El progreso.....	7
257 — Etica de las prisiones.	8
255 — Exceso de legislación.	7
248 — La beneficencia.....	4
246 — La justicia.....	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252 — Las instituciones políticas ( <i>dos tomos</i> )..	12
258-259 — Los datos de la Sociología ( <i>dos tomos</i> )....	
250 — Las instituciones sociales.....	7
343 — Las instituciones profesionales.....	12
351 — Las instituciones industriales.....	4
488-489 Squillace.— Las doctrinas sociológicas ( <i>dos tomos</i> ).....	8
362 Starcke.— La Familia en las diferentes sociedades	10
262 Sthal.— Historia de la filosofía del Derecho..	5
341 Stirner.— El Unico y su propiedad.....	12
376-377 Stourm.— Los Presupuestos ( <i>dos tomos</i> )..	9
475 Strafforello.— Después de la muerte.....	15
449 Stuart-Mill.— Estudio sobre la religión.....	3
291 Sudermann.— El Deseo.	4
263 Sumner-Maine.— El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	3,50
265 — Historia del Derecho..	7
264 — La guerra según el Derecho internacional.	8
266 — Las instituciones primitivas.....	4
267 Supino.— Derecho mercantil.....	7
403 Suttner.— High-Life...	12
96 Taine.— El Arte en Grecia.....	3
101 — El ideal en el Arte...	3

N.º del Catál.º	Pesetas
106 — Florencia.....	3
268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa ( <i>cinco tomos</i> )....	34
74 — La pintura en los Países Bajos.....	3
108 — Milán.....	3
103 — Nápoles.....	3
310 — Notas sobre París....	6
104-105 — Roma ( <i>dos tomos</i> ).	6
107 — Venecia.....	3
334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea ( <i>cinco tomos</i> ).....	36
359 — Los filósofos del siglo XIX.....	6
272 Tarde.— El duelo y el delito político.....	3
273 — La criminalidad comparada.....	3
271 — Las transformaciones del Derecho.....	6
500-506 — Filosofía penal, ( <i>dos tomos</i> ).....	14
339-360 Todd.— El gobierno parlamentario en Inglaterra ( <i>dos tomos</i> ).....	15
400 Tehekhof.— Un Duelo..	1
239 Thorold Rogers.— Sentido económico de la Historia.....	10
134 Tcheng-Ki-Tong.— La China contemporánea..	3
5 Tolstoy.— Dos generaciones.....	3
7 — El ahorcado.....	3
71 — El camino de la vida..	3
63 — El canto del cisne....	3
77 — El dinero y el trabajo.	3
10 — El Príncipe Nekhli..	3
81 — El trabajo.....	3
15 — En el Cáucaso.....	3
115 — Fisiología de la guerra	3
52 — Iván el imbécil.....	3
117 — La escuela.....	3
1 — La sonata á Kreutzer.	3
95 — Lo que debe hacerse..	3
48 — Los Cosacos.....	3
90 — Los hambrientos.....	3
3 — Marido y mujer.....	3
85 — Mi confesión.....	3
113 — Mi infancia.....	3
75 — Placeres viciosos.....	3
94 — ¿Qué hacer?.....	3
89 Turgueneff.— Aguas primaverales.....	3